

HARTZENBUSCH, JUAN EUGENIO (1806 – 1880)

*POESÍAS*

ÍNDICE

La rosa amarilla  
Los mandamientos de España  
El uso de la libertad  
La vuelta del emigrado  
Elegía  
El amante desdeñado  
La muerte  
El alcalde Ronquillo  
Fragmento

ISABEL Y GONZALO

I  
El descubrimiento

II  
La venganza

III  
La separación

A las aguas minerales de Panticosa  
La medianía de ingenio  
La cama de matrimonio  
La vida  
Traducción de Metastasio  
La campana  
Imitación del alemán (de Schiller)  
La infanticida  
Traducción del alemán (de Schiller)  
El cinco de mayo  
Oda traducida de la que escribió en italiano Alejandro Manzoni a la muerte de Napoleón.  
La flor «no me olvides»  
Imitación del poeta alemán Augusto Beugenbach  
Recuerdos del dos de mayo  
España vindicada

A la guerra de África  
Décimas  
A la toma de Tetuán  
A la entrada triunfal del ejército de África  
Romance  
En la inauguración del Instituto español  
La estatua de Felipe IV y el busto de don Pedro Calderón de la Barca hablan del  
Teatro Real en las siguientes décimas  
En la inauguración de la escuela central de agricultura  
Las tres bellezas  
Con motivo de poner S. M. la reina (Q. D. G.) la primera piedra del edificio destinado a  
museos nacionales y biblioteca  
Al salvador en la cruz  
Canción para música  
A Nuestra Señora en la traslación de su imagen de la Fuencisla a su santuario  
Al busto de mi esposa  
Un enfermo a un vaso de agua  
Décimas  
A Juan, su pícara memoria  
La Reina Doña Isabel II en la declaración de su mayoría  
Coplas en castellano antiguo  
Al saber la noticia de la muerte de S.M.  
A la emperatriz de los franceses  
En el nacimiento del Príncipe Imperial de Francia  
Epístola  
La casa de la madre  
Epístola de Don Quijote, en rancio lenguaje caballeresco, aderezada al muy  
respectable público matritense  
Frey Lope Félix de Vega Carpio  
Carta que escribe desde el otro mundo el peor poeta cómico del siglo pasado en  
España, con motivo de representarse hoy la mejor comedia española de su época. Por  
las señas dadas se comprenderá que la carta no puede menos de ser de Don Luciano  
Francisco Comella  
Antón Berrío, poeta de la corte de Juan II de Castilla, al muy excelente scriptor Don  
Manuel Josef Quintana  
Al Excmo. Señor D. Manuel Bretón de los Herreros  
Epístola gratulatoria del Marqués de Villena al Conde de Sant Luis por la erección del  
Teatro Español  
La despedida. A las señoras Doña Bárbara y Doña Teodora Lamadrid.  
Epitafio para la Rafaelita Tirado  
A Jacinta  
A la Señora Doña Athenais Iruleta de Pastor, en la noche de su desposorio  
Para el álbum de Julia  
En el álbum de Eladia  
Para el álbum de Pepita González Acevedo  
Versos para un álbum

Lope de Vega  
A Calderón  
El pintor ciego  
A la prematura muerte del virtuoso joven y eminente artista don Leonardo Alenza  
A una romántica  
Soneto  
A la Batalla de Waterloo  
El viaje al Pindo  
Ellas y ellos  
La composición para el Liceo  
A los reformadores del sombrero  
El peor, el último olvido  
La vida del hombre  
En un álbum  
Epigrama  
Para dos perdices dos  
La dicha  
Epigrama  
Epigrama

#### LA ROSA AMARILLA

Amarilla volviose  
la rosa blanca,  
por envidia que tuvo  
de la encarnada.

Teman las niñas  
convertirse de blancas  
en amarillas.

#### LOS MANDAMIENTOS DE ESPAÑA

Dicen que locos y niños  
hablan siempre la verdad:  
la lengua de un niño loco  
debe ser la más veraz.

Un niño demente había,  
que en medio de achaque tal,  
iba, sin embargo, dócil  
a la escuela del lugar.

El maestro, que observó  
que era el loco algo capaz,  
quiso que de la doctrina  
supiese lo principal.

-¿Cuáles son, le preguntaba  
un día para probar,  
los mandamientos de Dios  
que rigen la cristiandad?

-A los hombres, dijo el chico,  
diez impuso en general,  
y después a las naciones  
otros en particular.

Dios manda que España tenga  
trono firme y libertad,  
montes, caminos, marina...  
y el peñón de Gibraltar.

## EL USO DE LA LIBERTAD

«¡Viva la libertad!» Así gritaban  
juntos con recia voz por largo rato,  
al verse libres de su duro encierro,  
una marmota, un gato,  
un colorín y un perro,  
que antes en un cortijo suspiraban,  
víctimas del poder y los caprichos  
de un Labrador aficionado a bichos.  
-¿Qué se hace, compañeros?,  
preguntó el colorín, pues es costumbre  
de bestias a la vez y caballeros  
que el promotor de las cuestiones sea  
la cabeza más ruin de la asamblea.  
Yo, prosiguió diciendo muy ufano,  
puesto que terminó la servidumbre,  
y en ella me enseñaban vanos sonos,

quiero desde hoy con ellos al tirano  
silbar, y confundirle a maldiciones.  
-Yo, dijo la marmota,  
buscaré un agujero  
para dormir en él un año entero.  
-Aquí, el gato exclamó, según se nota,  
por los collados hay y los ejidos  
multitud de conejos y de nidos:  
ya que se me presenta buena traza,  
contrabandista me hago de la caza.  
-Yo, prorrumpió sagaz el perdiguero,  
como que libre y suelto bien me lamo,  
voy libremente a ver si encuentro un amo.

¡De tan indigno modo  
Empleó la cuadrilla emancipada  
la libertad dulcísima anhelada!  
Para las almas nobles ella es todo;  
para egoístas, nada.

## LA VUELTA DEL EMIGRADO

### *Elegía*

Yo os vi desarraigar, olmos lozanos,  
Del nativo plantel; yo vi los fosos  
Abrir en larga hilera, donde vida  
Nueva os dio la común pródiga madre;  
Yo os vi las ramas extender nacientes,  
Y de tierno follaje revestiros.  
Niño yo entonces, vuestro liso tronco  
Ceñía con la mano; ya ni os puedo  
Con ambas abarcar. Ruda corteza  
Los caracteres deformó, que un día  
En vosotros grabé, cual en mi rostro  
La mano de la edad y la desgracia  
Trocaron ¡ay! en repugnante ceño  
Los dulces rasgos de la infancia hermosa.

En otro tiempo para mí de dicha  
Me visteis de la cítara sonante  
Pulsar las cuerdas por la vez primera,  
Y ufano celebrar el fausto día  
En que la patria respiró. Sobre este

Duro peñasco destrocé furioso  
La libre lira, cuando hueste inmensa  
Descendió de la cumbre de Pirene,  
Para arrasar el venerando templo  
Que a la alma libertad alzara España.  
¿Cuál es el árbol de vosotros, donde  
Di reclinado lágrimas ardientes  
De la patria infeliz a la ruina  
Al decir adiós? ¡Cielos! ¡qué miro!  
¿No era aquél? Sí. ¡De la segur despojo  
Fuiste al fin!... ¡Como tantos inocentes  
Que bárbara inmoló la tiranía!  
Pero tú, más feliz, árbol querido,  
Vuelves a renacer en ese bello  
Vástago que a tu pie brota pujante,  
Y las vidas ¡ay, Dios! que en el sepulcro  
La mano sumergió del despotismo,  
Para siempre jamás en él se hundieron.

Pero estas melancólicas memorias  
Abandonemos ya. La patria vuelve  
De nuevo a respirar el aura pura  
De libertad; y a saludaros torno,  
Árboles, otra vez. No ya, cual antes,  
Mancebo, de venturas coronado,  
No. Huérfano me veis, sin bienes, seca  
Del padecer la fuente de mi vida.  
corta será su duración; mas si oye  
La Parca ruegos de quien no la teme,  
Cuando tendido a vuestra sombra entone  
Con falleciente voz, en llanto ahogada  
Los números que en días más serenos  
Vosotros me inspirasteis, vibre el golpe  
Crüel entonces; y la vida mía,  
Donde canté la libertad, acabe.

29 de Mayo de 1834

#### EL AMANTE DESDEÑADO

Desierta observo la feliz ventana  
Descanso de los brazos de mi esquivia;  
Ni su mágica voz se oye lejana,  
Ni suena su laúd, ni fugitiva

Su sombra vaga en el opuesto muro,  
En cuyo lienzo con la noche obscuro  
Vierte la luz que arroja  
La estancia refulgente  
Su claridad amarillenta y roja,  
Mírola yo impaciente;  
Y haciéndome traición la fantasía  
Se me figura percibir abierta  
De un mundo de placer y de alegría  
La esplendorosa puerta;  
Y espera el corazón a cada instante  
Que del hermoso Edén que ve delante  
Mensajero aparezca de ventura  
Un ángel de bondad y de hermosura.

¡Ay del amante que suspira en vano,  
¡Ay del que busca amor y halla desvío!  
Naufraga y a un bajel tiende la mano,  
Y se la hiere marinero impío;  
Y en ciego desvarío,  
Mientras vigor alcanza  
Sigue la senda cándida espumosa  
(Fiel símbolo de frágil esperanza)  
Que en la rizada superficie undosa  
Tras sí bullendo deja  
La quilla envuelta en cobre  
De la nave que rápida se aleja.  
Lucha el mísero y vence la pujanza  
Del piélago salobre,  
Que brama de que el hombre le resista;  
Lucha hasta que se esconden a su vista  
Sobre el hirviente azul la espuma blanca,  
Tras el hirviente azul la obscura punta  
Del mástil elevado.  
Exhala el nadador desesperado  
Un ay entonces que el dolor le arranca,  
Cierra los ojos y los brazos junta,  
Y entrega al mar con despechado arrojo  
Su cárdeno cadáver por despojo,  
Que se sepulta como piedra inerte;  
Porque la acción robándole a la muerte,  
Con la esperanza, en su veloz huída,  
De aquel hombre que fue salió la vida.

Heme al pie de la reja sabedora  
Del congojoso afán del pecho mío,

Que una sierpe abrigó que le devora.  
Heme aquí, donde pierdo  
Los ayes que en liviano desacuerdo  
Del triste corazón al aire envió.  
Sedientos de gozar mis ojos vagan  
Por la región fantástica risueña  
Donde ilusiones pérfidas me halagan,  
Donde feliz el ánima se sueña;  
Y la espalda entre tanto  
Vuelvo a la realidad, embebecido  
En el goce ideal del bien fingido:  
Porque es en este mar de acerbo llanto  
Privilegio el mayor de los mortales  
Poder entre el delirio y el olvido  
Soñar placeres padeciendo males.

Y males son los que la noche anuncia  
Lóbrega y temerosa;  
Males la voz del huracán pronuncia  
Tronando estrepitosa;  
Y el rayo serpeando por la esfera,  
Escribe en letras de color sangriento  
La sentencia fatídica severa.  
Fuego despiden que requema el viento  
El macizo sillar y la ancha losa,  
Cual si volcán sepulto  
De Madrid bajo el sólido cimiento  
Tenaz abriese con empuje oculto  
Paso a la llama que su seno encierra,  
Taladrando las capas de la tierra.  
De la nube que vela el firmamento  
Desprendiéndose rara, el suelo azota  
Gruesa, pesada gota,  
Cuyo golpe levanta  
Del polvo humedecido  
Repugnante vapor, hálito ardiente;  
Con voz lúgubre canta  
El agorero pájaro en su nido;  
Del benéfico sueño abandonado,  
Con el cuchillo de la fiebre herido,  
Lanza infeliz doliente  
Sobre potro de pluma  
Penetrante gemido prolongado;  
Vil pesadilla abruma  
La mente de la púdica doncella,  
Germen fatal desenvolviendo en ella;



Y de su labio, del coral envidia,  
Voz que huye, con afán articulada,  
Descubre las quimeras con que lidia,  
Y amedrenta a su madre desvelada.  
Gime cada morada,  
Que bajo cada techo  
Sufre en sueños fantástica tortura  
Quien no se agita en doloroso lecho:  
Y al gemir allegándose el zumbido  
Del aire que murmura,  
Y la voz del cuidadoso centinela,  
De las nocturnas aves el graznido,  
Y al ronco trueno que la sangre hiela  
El son de religiosa campanilla  
Y el susurro de rezo misterioso,  
Que se oyen y se dobla la rodilla,  
Por sí temblando el corazón piadoso,  
Naturaleza en confusión tan fuerte  
Manda al hombre temer próximo daño;  
Y yo en delirio extraño,  
Provocando a la suerte  
A que con brazo de rigor me oprima,  
Quieto en la orilla estoy de la honda sima  
Que socava a mis pies el desengaño.

- - -

Sobrado conozco, bellísima ingrata,  
Que no hay en tu pecho amor para mí;  
Si empero piadosa te hallara mi pena,  
Tornárase gozo mi triste gemir.

No aspiro a que empañe tus claros luceros  
De llanto amoroso rocío feliz,  
Ni pido a tu labio que trémulo se abra,  
Y lánguido diga dulcísimo sí.

De insecto pequeño, que es átomo vivo,  
La estrecha pupila no alcanza a medir  
La curva gigante que ciñe los orbes,  
Y caben en ella mil mundos y mil.

Tú numen de amores, tú sol de hermosura  
Si quiero a tu esfera la vista subir,  
Hundido en el polvo del suelo me miro,  
Y tú te me escondes detrás del cenit.

Mas si es tu belleza de estirpe divina,

¿Por qué sus blasones desmientes así?  
Con rostro de cielo, con alma de fiera,  
Mirarte es amarte, y amarte sufrir.

Al ídolo salta la sangre que arroja  
De víctima herida la humilde cerviz;  
Y al ídolo en vano su turbia mirada  
La res inocente levanta al morir.

Así cada día con frente serena  
Los ayes escuchas, que vuelan a ti,  
De aquél que postrado te muestra la llaga  
Que hicieron tus ojos con dardo sutil.

La queja del triste regala tu oído,  
Porque es de tu triunfo bastardo clarín:  
También el balido de inerme cordero  
Deleita a la tigre que asalta un redil.

De lloro y suspiros al alma impusiste  
Acerbo tributo que ya te rendí:  
¿No habrá una sonrisa, no habrá una mirada  
Que a tantos rigores dé plácido fin?

¡Ah, sí! yo confío; mi amor me asegura.  
Perdóname ¡oh bella! si no conocí  
Qué máscara adusta de fiero desvío  
Sagaz ocultaba legítimo ardid.

Quisiste que en rudo crisol de desdenes,  
Mi fe sus quilates hiciera lucir:  
Vencida la prueba, la harás de tu seno  
Joyel con que adornes su puro marfil.

Quizá de mi gloria ya toco el instante.-  
Su voz se ha escuchado, sus pasos oí.  
Balsámica el aura me avisa que llega,  
Y el alma a los ojos se quiere salir.

¡Oh! ven a esa reja; ven ya, mi señora,  
Y dulce tu labio de fino carmín,  
Vertiendo en mi pecho raudales de gozo,  
Le dé la esperanza de un plácido sí.

- - -

Cortó la voz al desdeñado amante  
Otra voz de suavísimo sonido,

Lisonja sospechosa del oído,  
Caricia de enemigo mofador.

Palabras de pasión brotando ardientes  
Oyó el tímido siervo a su tirana,  
Y creyó que al dintel de la ventana  
Llegar no la dejaba su rubor.

«Tú eres mi único bien,» ella decía;  
«Tuyo es mi pecho que leal te adora;  
Cesa de darme nombre de señora,  
Que ya de tu querer esclava soy.»  
«Premio debido a la constancia firme,  
Sabré en halagos desquitar desdenes;  
Contigo ya mi pensamiento tienes,  
Y en esta mano el corazón te doy.»

Y viéronse dos sombras en el muro,  
Frente de la ventana luminosa;  
Y asido de la mano de su hermosa,  
Un doncel a la reja se asomó.  
Un amargo gemido a los amantes  
Pudo turbar en tan feliz momento;  
Mas le apagó con su zumbido el viento,  
Y la noche ocultaba al que gimió.

## LA MUERTE

Miradle: sobre púrpura sentado,  
La copa del placer bebiendo está.  
Oid: -en su cantar regocijado  
Ay de dolor discorde sonará.

- - -

«El hombre, del mundo rey,  
Siervo de la muerte vive,  
Dicta a la tierra la ley,  
De la nada la recibe.»

«Gloria y oprobio eslabona,  
pero en desigual razón:  
Seguros sus hierros son,  
Disputada su corona.»

«No halla el hombre criatura

Que a su cetro no resista:  
Dios le da la investidura,  
Y él el poder se conquista.»

«Osado en su frente a herir  
Insecto mísero viene,  
Que armas para herirle tiene,  
Y alas también para huir;»

«Y ante las aras se ve  
De la muerte sin defensa  
El ínclito ser que piensa  
Con una cadena al pie.»

«Y la segur del destino  
Le postra al golpe fatal,  
Cual troncha cañas de lino  
Granizada o vendaval.»

«Es resistir a la parca  
Es huirla insensatez:  
Con sola una mano abarca  
Del Orbe la redondez.»

«El hombre en tal situación,  
Para encubrir su flaqueza,  
Con risible sutileza  
Forjó la resignación.»

«Y quiso hacerse creer,  
Sofista consigo mismo,  
Que era virtud y heroísmo  
Lo que es falta de poder.»

«¿Por qué ese título falso  
De rey, hombre, se te da,  
Si eres un reo que va  
De la cárcel al cadalso,»

«Cuya muerte a proporción  
Se retarda o se acelera  
Según dura la carrera,  
Según aguija el sayón?»

«¡Ay! para haber de arrastrar  
Tan efímera existencia,

Esclavo de una sentencia  
Que no se puede evitar,»

«Yo, en el caso de elegir,  
Hubiera dicho: «Primero  
Quedarme en la nada quiero,  
Que nacer para morir.»

- - -

Así el hombre delira y se atormenta  
Luchando con idea tan cruel:  
Insecto que de flores se alimenta,  
Y labra acíbar en lugar de miel.

Tímido caminante en noche oscura,  
Se asusta del benéfico pilar  
Que próximo descanso le asegura  
Tras largo y afanoso caminar.

Cáliz la vida con el fondo abierto  
Que al licor deja sin cesar huir,  
Y único punto al hombre descubierto  
La muerte en el nublado porvenir,

¿Por qué dar a esa copa y a esa meta  
Furtivas ojeadas de terror?  
Mirarlas sí; mas con la vista quieta,  
Y naciera del hábito el valor.

Despavorido huyó la vez primera  
Que vio el salvaje el bélico corcel,  
Y osado luego a la temida fiera  
Clavó el arpón, y se vistió su piel.

Si al término de todos los caminos  
Hay un despeñadero que rodar,  
¿Por qué en la hondura amontonar espinos?  
Plumas donde caer conviene echar.

¿Y qué es morir? ¿Qué es eso que desvela  
Tanto al hombre que eterno quiere ser?  
Hallar al fin la eternidad que anhela,  
y un vestido prestado devolver.

No es el hombre la caja quebradiza,  
Forma perecedera si gentil,  
Que la mano del tiempo pulveriza

Y restituye a su principio vil;

Allí dentro un espíritu se encierra  
Noble, puro, de origen celestial:  
Aquello es hombre, lo demás es tierra,  
Y aquello no perece, es inmortal.

Sediento el hombre de ventura vive,  
Y apenas en la vida la entrevé:  
¿Será posible que la mano esquive  
Que de los cielos posesión le dé?

Breve es la vida. -¡Brevedad dichosa,  
Que los días acorta de ilusión,  
Y nos lleva en carrera presurosa  
De la verdad a la feliz región!

¿Qué pide la virtud en la bonanza?  
¿Qué anhela en la desgracia la virtud?  
El piélago cruzar de la esperanza,  
Sirviéndole de barca el ataúd.

El malvado que gima y se amedrente  
De rendir a la muerte la cerviz,  
Huélguese en la miseria de viviente,  
Temeroso de ser más infeliz;

Pero es al cabo por decreto eterno  
Desastroso el vivir del criminal;  
Y si en la muerte asústale el infierno,  
Su vida es otro infierno temporal.

Mezcla el hombre de espíritu y de lodo,  
Ya excepcionado de la ley común,  
¿Por qué, si el alma sobrevive a todo,  
Más privilegios pretender aún?

Esos orbes vivíficos de lumbre  
Que al mundo animan y le dan color,  
Florones de la diáfana techumbre  
O joyas del vestido del Señor,

Esta del hombre equívoca morada,  
Cementerio con galas de jardín,  
Todo al voraz abismo de la nada  
Corre, y en él encontrará su fin.

Y en medio del magnífico vacío  
Que llenará la eterna majestad,  
El hombre girará con señorío,  
Satélite de un sol divinidad.

Plazo es la vida que emplear debemos  
En adquirir felicidad mayor,  
Felicidad que adivinar podemos  
En los goces que dan virtud y amor;

Y consumir en quejas vanamente  
Los días de este plazo de merced,  
Es, en vez de limpiar escasa fuente,  
Cegar su vena y perecer de sed.

Muerte, centro de todo, ley temida  
Mucho rigiendo, al abolirse más,  
Porque el día fatal de tu caída  
Contigo al universo arrastrarás;

Ángel eres que al alma aprisionada  
Libertas de prolija esclavitud,  
Y ya del roce con el cuerpo ajada  
La vuelves a su hermosa juventud.

¡Muerte! si tú me guías a los brazos  
De los seres que amé, de aquellos dos,  
que de mí se llevaron dos pedazos  
En el amargo postrimer adiós;

Si al padre caro, si a la esposa amante,  
Ya para siempre me uniré por ti;  
Si a la madre he de ver que tierno infante  
Primero la lloré que conocí;

Ven, que tú eres la dicha, errado el nombre,  
Tú haces la vida dulce de dejar,  
Y tú puerto seguro das al hombre  
Que errante boga por inquieto mar.

EL ALCALDE RONQUILLO

*Fragmento*

(Muerte del Obispo de Zamora.)

Poco antes que en el Duero se sepulte,  
Cruza Pisuerga plácida campiña,  
Donde la rica mies, la rica viña  
Derraman sus tesoros a la par.  
Descuella un monte allí; sobre su cumbre  
Un gigantesco torreón se eleva,  
Monstruo que con las víctimas se ceba  
Que lo da la venganza a devorar.

Agrio son de cadenas y cerrojos,  
Amenazas de bárbaros sayones,  
Súplicas, alaridos, maldiciones  
Llenan aquella lúgubre mansión.  
Fortaleza la llama quien lejano  
Su mole ve sin registrar su centro;  
Llámala infierno quien suspira dentro,  
Cárcel la ley, su afrenta la razón.

Allí un anciano en miserable estancia,  
Más bien que calabozo sepultura,  
Sufre de sus pesares la tortura  
Con el pie de la muerte en el umbral.  
Pero en aquella frente consagrada  
Señales duran de lo que era un día;  
Centellea en su frente todavía  
La llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido  
Violento late el corazón de Acuña;  
Cuando su mano el pectoral empuña,  
Fue un acero tal vez lo que buscó.  
¡Padilla! sin cesar suena en su labio,  
Y un ay le sigue, y el prelado llora;  
Y es el audaz prelado que en Zamora  
¡Santiago y libertad! apellidó.

-«¿Por qué, Señor,» arrodillado dice  
Delante de un ebúrneo crucifijo;  
«Por qué, Señor, tu cólera maldijo  
La jornada infeliz de Villalar?  
¿Era pendón de iniquidad acaso  
La bandera del noble comunero?  
Por defender el injuriado fuero,



¿No es lícito la espada desnudar?»

«Si entronizado el codicioso belga  
Saqueaba el palacio y la cabaña,  
Y desangrando a la infeliz España,  
Ríos de oro enviaba a su nación;  
Si reía en espléndido banquete,  
Sirviéndole de música el gemido  
De un pueblo que por él empobrecido  
Moribundo imploraba compasión;»

«Si al pedirle justicia el triste padre,  
Padre a quien deshonoró vil cortesano,  
Decía el extranjero al castellano:  
Cómprame la venganza y la tendrás;  
¿Debió Castilla tolerar la afrenta?  
¿No debió armarse para entrar en liza,  
Y gritar a la chusma advenediza:  
No reinarás sobre mi suelo más?»

¿Condenaste, Dios mío, por mi culpa  
La empresa que si no te fuera grata,  
porque soltando el báculo de plata,  
Del profano bastón el puño así?  
No, que Samuel, ministro de las aras,  
También en sangre se bañó la diestra,  
Joyada de tu templo hizo palestra,  
Moisés armó los brazos de Leví.»

«Lo veo, sí; nuestra fatal caída  
Quisiste que enseñara a las naciones  
En dos tremendas útiles lecciones  
Lo que merecen, lo que deben ser.

Quéjese el pueblo que agobiado llora,  
Sólo de sí, pues que tolera el yugo;  
Mas sepa, si combate a su verdugo,  
Que sin unión es fuerza perecer.»

«Pecieron por eso en el cadalso  
Los hijos de la gloria y de la guerra:  
Sus casas, igualadas con la tierra,  
Yacen cubiertas de ignominia y sal.  
¿Por qué me ha perdonado la cuchilla?  
¿Por qué esta cárcel mi vivir esconde?»-  
Una voz pavorosa le responde:

«Porque te espera muerte de dogal.»

Ábrese con estrépito la puerta,  
Y precedido de villana tropa,  
Vestido un hombre de funesta ropa  
Resuelto avanza en la prisión el pie.  
Vara sutil de magistrado lleva,  
Que en él parece látigo sangriento:  
Ningún rasgo de humano sentimiento  
En su frente fanática se ve.

Sanguinaria la boca, sanguinarios  
Los torvos ojos de iracunda hiena,  
Con desplegar el labio ya condena,  
Con su mirada martiriza ya.  
Mudo, pasmado el infeliz Acuña,  
La decisión espera de su suerte:  
No le acobarda la imprevista muerte;  
Pero le aterra ver al que la da.

En nombre de Don Carlos os lo mando,»  
Grita a los suyos el feroz alcalde;  
Pero dicta sus órdenes en balde;  
Tiembla el esbirro, párase el sayón.  
« Obedeced,» el bárbaro repite;  
Los satélites claman: «¡Sacrilégio!»  
Y acatando el sagrado privilegio,  
Se lanzan en tropel de la prisión.

«No teme el vengador de la justicia,»  
Dice el cruel, «del hombre ni del cielo;  
Ese dogal tirado por el suelo  
No quedará sin víctima esta vez.»  
«¡Ronquillo!» fue a exclamar el sacerdote;  
Pero apagó su voz el duro lazo,  
Que estrechó con la planta y, con el brazo  
Aquel verdugo en hábito de juez.

Por los tránsitos luego de la cárcel  
Su trofeo arrastró, dejando en ellos  
Con la sangre de Acuña y los cabellos  
Señalado el camino que llevó.  
Y a un corredor llegando, guarnecido  
De dorado arabesco pasamano,  
A ver el espectáculo inhumano  
Testigos el sacrílego llamó.

Y llegaron, y dijo: «Comuneros,  
Que desdorar quisisteis la corona,  
La clemencia de Carlos os perdona:  
De Simancas salid; pero ¡mirad!»  
Y el cordel ominoso atando a un hierro,  
Lanzó al aire el cadáver palpitando...-  
Cayó la turba mísera temblando  
Pasmada de terror y de piedad.

Alzose un alarido que llenaba  
Del ancho patio el ámbito vacío;  
Sucedió al penetrante vocerío  
Misterioso susurro de oración.  
Oscilaban pendientes entre tanto  
Del corredor los míseros despojos,  
Y el llanto que asomaba en muchos ojos  
Se volvía en secreto al corazón.

Pero el cáñamo vil con un crujido  
Turbó el piadoso fúnebre homenaje,  
Y anunció desde el alto barandaje  
Nuevos horrores que mirar después.  
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...  
Sonó un golpe violento... y de repente  
De sangre salpicósele la frente,  
Y vio el roto cadáver a sus pies.

«Esconda,» dijo, «su ignominia luego  
La sepultura que a pedirme vino.  
Comuneros, sabéis vuestro destino:  
¡Sed fieles al invicto emperador!»  
Y salió del castillo a lento paso  
Con un lienzo enjugándose la cara,  
Y agitando en el aire aquella vara  
Que sembraba el espanto y el horror.

## ISABEL Y GONZALO

(Leyenda)

I

*El descubrimiento*

Niebla densa y fría  
Que sube del Tajo,  
Cubriendo a la noche  
La luz de sus astros,  
Envuelve a Toledo  
En húmedo manto.  
Reina por las calles,  
Reina en el palacio  
Profundo silencio,  
Gustoso descanso.  
Ni el ave agorera  
Con lúgubre canto  
Prontos funerales  
Intima al anciano,  
Ni agudo ladrido  
Despierta al avaro  
Que nuevos tesoros  
Apila soñando.  
Ni suena campana,  
Ni escúchanse pasos;  
La villa parece  
Sarcófago vasto,  
Donde confundidos  
Godos y romanos,  
A sus sucesores  
Están aguardando,  
Sólo entre la sombra  
Descúbrese un claro  
De luz moribunda  
Resplandor escaso;  
Sólo en el alcázar  
Del rey castellano,  
Y en rico aposento  
De techo dorado,  
Un hombre no goza  
Del sueño de tantos.  
Enrique el segundo,  
Enrique el bastardo,  
Que vida y corona  
Quitole a su hermano,  
Solícito espera  
La aurora velando.  
No porque le acosen  
Recuerdos amargos  
Del crimen que vieron

Montiel y su campo:  
Temblaba algún día  
De verse las manos;  
Mas ya se envanece  
Del golpe villano:  
Truecan de conciencia  
Reyes adulados.  
Del lecho mullido  
Le tienen lejano  
Sospechas que abriga  
De cierto vasallo,  
Que en prenda vedada  
Sus miras acaso  
Por desdicha suya  
Puso temerario.  
Paséase inquieto,  
Y asómase cauto,  
En una ventana  
La vista clavando.  
Ventana es aquella  
Que fue muchos años  
Hito de los ojos  
De los toledanos,  
Colgada de flores,  
Vestida de ramos,  
Verdes esperanzas  
Que allí se secaron.  
Jamás los suspiros  
Y amantes regalos  
Aquella ventana  
Abierta encontraron;  
O nunca a lo menos  
El bello milagro,  
De mil albedríos  
Amable tirano,  
Señales visibles  
De aprecio ni pago  
Dio a los homenajes  
Que le tributaron.  
«Tienes, Isabela,  
Corazón de mármol,»  
Cantábanle luego  
Sus enamorados.  
Hoy ya no se culpa,  
Sabido el arcano,  
Su dura esquiveza,

Su honesto recato.  
De rey y vasalla,  
De ilícito lazo,  
La triste Isabela  
Nació para el claustro,  
Y ya el sacro velo  
Le están preparando.  
Vino para darle  
Su primer abrazo  
Enrique a Toledo:  
Vendióselo caro.  
Por toda una vida  
De días de esclavo,  
Sin goces el alma,  
Y el cuerpo penando,  
La dio un apellido  
Regio, pero vano.  
Cierto que con ella  
No anduvo bizarro  
El más generoso  
De los soberanos:  
¡Fiad en virtudes  
De razón de estado!  
La víctima hermosa  
Del triste holocausto  
El cuello sumiso  
Tendía llorando:  
Enrique por eso  
Vigila azorado  
De su hija la casa  
Frontera a palacio:  
Aquellos luceros  
Deshechos en llanto  
«Amor nos nubla»  
Dijeron incautos.  
Burlan las tinieblas  
El celo del Argos,  
Y abierto el postigo,  
La luz con sus rayos  
El espionaje  
Revela callando.  
Sale del alcázar  
El rey embozado,  
Celoso dos veces,  
Padre y soberano;  
Y al tocar los muros

Que le dan cuidado,  
Pisadas percibe,  
Llaves y candados,  
Puerta cautelosa  
Que se abre despacio,  
Y seda que cruje  
Rozada con paño,  
Y dos voces oye  
Decirse muy bajo  
En son de cariño,  
En eco de halago:  
«Adiós, Isabela;  
Adiós, mi Gonzalo.»  
El rey queda inmóvil,  
La espada en la mano.

## II

### *La venganza*

«Cumplid la piadosa ley,  
Noramala para vos:  
Sacerdote, hablad de Dios,  
y no me nombréis al rey.»

«¿No queda bien satisfecho  
Su enojo con mi cabeza,  
Si no postra la entereza  
De este generoso pecho?»

«Pues a ese mezquino afán  
Yo mi pundonor igualo;  
No triunfará de Gonzalo,  
Que soy Núñez y Guzmán.»

«Tengo vuestra absolución  
De lo que a Dios ofendí;  
Pero fiel vasallo fui:  
No pido a Enrique perdón.»

«Crédito a mi labio dad,  
Y tened por cosa cierta  
Que no se miente a la puerta  
De la obscura eternidad.»

«Sólo supe que Isabel  
Sangre de Enrique tenía  
Cuando era ya esposa mía:  
Culpe a sus misterios él.»

«Que si al más alto lugar  
Sabe amor alzar el vuelo,  
Timbre oculto con un velo  
Mal se puede respetar.»

«Pero decís que al Señor  
Un corazón usurpé.-  
Jamás Isabel su fe  
Consagró a su Redentor.»

«Si encarcelada vivir  
La mandó precepto injusto,  
El silencio del disgusto  
No es promesa de cumplir.»

«Dios su corazón formó,  
Y pues que no le hizo suyo,  
Sin temeridad arguyo  
Que a mí me le destinó.»

«Porque sólo hacer dichosa  
Mi vida Isabel pudiera,  
y falta al Señor no hiciera  
Entre tantas una esposa.»

«Y me dice la ventura  
Que en sus brazos he gozado,  
Que pude, sin ser culpado,  
Ser dueño de su hermosura.»

«Pues bien no se halla real  
Donde la virtud no asiste,  
Y es inquieto, amargo y triste  
Todo placer criminal.»

«El negro cadalso así  
Veré con serena cara,  
Contemplando en él un ara  
De martirio para mí.»

«Y si aunque erguida, me ven



Pálida un tanto la frente,  
Es que al paso que inocente,  
Soy querido y amo bien.»

«Y no puede sin temor  
La tumba ver un amante,  
Pues le señala el instante  
De renunciar al amor.»

«Esto, padre, repetid  
Al monarca de Castilla,  
Y que empuñe la cuchilla  
Luego al verdugo decid.»

- - -

Enmudecido y absorto  
De admiración y piedad,  
Dejó la fúnebre estancia  
El ministro del altar;

Y detrás del cortinaje  
Descubrió, con pasmo igual,  
A un rey trocado en espía  
Menguando su majestad,

Monarca en la vestidura,  
Y reo en el ademán.  
Con violencia respiraba,  
Como en su sordo bramar

Hórrida explosión anuncia  
El hervoroso volcán.  
En esto llegó un anciano  
En hábito monacal,

Y entregole un azafate  
Cubierto de un tafetán.  
Un pliego y unos cabellos  
Venían allí no más,

Súplicas de una infelice,  
Despojos de una beldad.  
Volvióse Enrique de espaldas  
Para poder ocultar

La conmoción que del pecho  
Se le asomaba a la faz,

De recia interior batalla  
Inequívoca señal.

Llegose luego a una mesa  
Donde víanse a la par  
Cadenas y escapularios,  
Licores, frutas y pan,

Cirios de amarilla cera,  
Una segur y un dogal,  
y al pie del Crucificado,  
Dios de mansedumbre y paz,

Hecho cetro de la muerte  
Un pergamino fatal.  
Desarrollole el monarca,  
Y en él con celeridad

Dos palabras escribió  
Vencido el enojo ya.  
Perdón era la primera,  
La segunda, libertad.

### III

#### *La separación*

De dos vírgenes tiernas  
Apoyada en los hombros,  
Trémulas las rodillas,  
Desencajado el rostro,  
Respirando congojas  
Y hablando por sollozos,  
Isabel lentamente  
Se arrastra al locutorio,  
Donde la está Gonzalo  
Esperando anheloso.  
Detiéndose la triste  
Para alentar un poco,  
Desembargar la lengua  
Y serenar los ojos:  
Mostrar abatimiento  
Parécela desdoro  
De la consorte fina  
Que con ánimo heroico,

En vida se sepulta  
Por dársela a un esposo.  
Para que a su semblante  
Suban matices rojos,  
Sangre le pide al pecho  
Dilacerado y roto;  
Y para ver al hombre  
Que el tiempo más dichoso  
Su ídolo fue adorado,  
Su bien único y solo,  
De la virtud y el cielo  
Confía en el socorro.  
Compónese la toca,  
Desdobla el cuerpo airoso,  
Del traje penitente  
Repara el abandono,  
Fija en una medalla  
Ósculos mil devotos,  
Y a vista de su amante  
Ofrécese de pronto,  
Cual ángel cuya planta  
Huella el poder del Orco.  
Largo tiempo es del labio  
El ministerio ocioso;  
Que al través de las rejas  
Que al mundo ponen coto,  
Los dos enamorados  
Se dicen sin estorbo  
En las miradas mucho,  
En los suspiros todo.  
Dando al fin a la lengua  
Súbito desahogo,  
Isabel a Gonzalo  
Háblale de este modo:

«Al cerrar por mí mano las barreras  
Que de ti me separan y del mundo,  
Quise que nunca mi dolor profundo  
Con tu vista vinieras a aumentar.»  
«Hoy te agradezco que mi ley quebrantes,  
Plácida recreándome la idea  
De que Gonzalo la constancia vea  
Con que mi pena sé sobrellevar.»

«Entre temer la culpa y expiarla,  
Paso los días y la muerte espero;

Pero a este precio tu vivir adquiero:  
Dulce por ti se torna mi dolor.»  
«Cuando recuerdo que mi amor bizarro  
Conserva a España su mejor caudillo,  
Corro al altar y ante el Señor me humillo,  
Y bendigo su mano de rigor.»

«A vida sin placeres condenada  
Desde que a ver la luz abrí los ojos,  
Vegetando entre muros y cerrojos,  
Fui como planta que sin sol creció.»  
«Las trovas que cantaron a mi reja  
Galanes mil en amoroso ruego,  
Yo las oía como escucha el ciego  
El bramido del mar que nunca vio.»

«Por ti mi corazón aletargado,  
Llanura estéril, arenal desierto,  
Se vio de flores de placer cubierto,  
Y amaneció la dicha para mí.»  
«Aquellas horas de dulzura llenas,  
Un beso tuyo, tu menor halago,  
Yo, Gonzalo querido, no los pago  
Ni con un siglo que suspire aquí.»

«Mil años de penar en el infierno  
Fueran de tanto bien premio mezquino...  
Perdona mi locura, Juez divino;  
Compadece a una mísera mortal.»  
«Habla al esposo la infeliz esposa,  
Y se despierta su cariño blando;  
Hablo al que todavía estoy amando,  
Porque me vence mi pasión fatal.»

«¡Ah! no lo permitáis, Dios poderoso,  
Ni tú lo creas, mi Guzmán querido.  
Nunca sobre tu amor caerá mi olvido,  
Pero a ponerle freno aprenderé.»  
«Mas entre tanto que angustiada lloro,  
Quizá en otra mujer pérfido adores.  
No profanes jamás nuestros amores;  
Prométeme, Guzmán, eterna fe.»

«¿Me miras y del manto te despojas?  
¡De Alcántara la cruz muestra tu pecho!  
¡Y yo, Dios mío, de su fe sospecho,

Cuando se acoge como yo al altar!»  
«Centro ahora común de nuestras alma,  
Dios, que desde su trono nos inspira,  
Nuestro cariño mirará sin ira  
Que a su seno amoroso va a parar.»

«Y la esposa podrá de dos esposos  
Implorar al Eterno por el hombre  
Que para gloria de su santo nombre  
Lidiará de Granada en el confín.»  
«Y al escuchar las ínclitas hazañas  
Con que triunfe Guzmán del agareno,  
Confundiré sin crimen en mi seno  
Mano y origen, instrumento y fin.»

«Que de mi amor con dura penitencia  
La parte terrenal acrisolada,  
Yo amaré tus virtudes y tu espada  
Como destellos del poder de Dios:»  
«Y tras vida de paz sin amargura  
Tranquilos a la huesa bajaremos,  
Y en el cielo por fin nos uniremos  
Por edades sin término los dos.»

## A LAS AGUAS MINERALES DE PANTICOSA

Aún más subir! ¿A dónde  
Mis pasos lleva la encumbrada vía?  
¿Dónde el valle se esconde,  
Término y fin de la esperanza mía?  
¿Dónde brota la fuente  
Que hace al cadáver renacer viviente?

El alma se contrista  
Del sendero en la bárbara aspereza;  
La acobardada vista  
Con agrias peñas por do quier tropieza,  
Y un monte y otro monte  
La encarcelan en mísero horizonte.

Descubre el Pirineo  
Altas cimas de hielo coronadas:  
Yo ¡triste! no las veo;  
Que cautivar no puede mis miradas

Entre las rocas yermas  
Sino el cristal de las bullentes termas.

Estrepitoso zumba  
Caldarés en la quiebra donde osado  
De golpe se derrumba,  
Y de riscos enormes contrastado,  
Embravecido ruge,  
Y alza sus olas con doblado empuje.

Mas yo aparto los ojos  
Del río y de los fúlgidos cambiantes  
Aúreos, de plata y rojos  
Que pinta en las espumas vacilantes  
La luz del claro cielo:  
Son otras linfas las que ver anhelo.

Más allá de la puente,  
Ya el importuno estruendo se aminora  
Del rápido torrente,  
Y al fin el eco mudo lo devora,  
Como el orgullo calla  
Cuando traslinda la funérea valla.

Nada el silencio augusto  
Conturba allí de la pendiente senda;  
No hay plácido ni adusto  
Pájaro cuya voz el aire hienda:  
Sólo en el hueco seno  
Braman, tal vez, el huracán y el trueno.

Falta en aquella altura  
Aliento al ave que volando sube;  
Sólo cruzar segura  
Puede la esfera la ondulante nube,  
Que da con forma extraña  
Pomposo pabellón a la montaña.

Ya se irgue aquí lozano  
El roble fuerte, el pinalbar derecho,  
Y al pie del avellano  
Convida el césped con florido lecho,  
Donde a la fresca sombra,  
Despierta sueño la fragante alfombra.

Allí yace escondida

De Plandigón la deliciosa vega,  
De rocas circuída,  
Cuya empinada cumbre al cielo llega:  
La nieve que las viste  
Cuarenta siglos ha que al sol resiste.

Guste mi labio ardiente,  
Guste pronto el licor maravilloso  
Que aplaque dulcemente  
La congoja del pecho fatigoso,  
Carcoma de mi vida.  
¡Oh! dadme la benéfica bebida.

Quité al fin de la boca  
El vaso, limpio de sangrienta mancha.  
¡Oh! ya esperar me toca,  
Ya confiado el corazón se ensancha,  
Sin miedo de que quiebre  
Mis venas ya la devorante fiebre.

¡Qué insólita alegría  
Por mi espíritu débil se derrama!  
Pujante lozanía  
Mis desmayados órganos inflama,  
Y en vivas ansias arde  
De hacer el pecho de su fuerza alarde.

Y suelto me encaramo  
De los peñascos por la frente inhiesta,  
Donde con silbos llamo  
Al ganado que paca en la floresta,  
O el manantial sorprendo  
Que se desgaja de la cumbre huyendo.

O bien en el estanque,  
De mil arroyos con la ofrenda rico,  
Doy al batel arranque,  
Y cuando el remo a gobernar me aplico,  
Cada vez que le hundo,  
Círculos abro, imágenes confundo.

Y elévase la mente,  
Y la bóveda azul atravesando,  
Miro al OMNIPOTENTE  
Con el dedo en los montes señalando  
Su giro a los raudales,

Piscina milagrosa de los males.

Y alabo el santo nombre  
Del justo Juez que al imponer la pena  
De su soberbia al hombre,  
De dádivas espléndido le llena,  
Con que robusto y fuerte  
Retarde la victoria de la muerte.

¿Por qué ignotos canales,  
Señor, esas corrientes encaminas?  
¿Qué ricos minerales  
O qué gases vivíficos combinas  
Allá en el antro rudo  
Que vista humana penetrar no pudo?

¿Cuál es la lumbre que hace  
Que hiervan los copiosos surtidores?  
¿De qué, gran Dios, su diferencia nace  
De temple y de sabores?  
El orbe me contesta:  
«Un HÁGASE mi fábrica le cuesta.»

Asilo solitario  
Que la proscrita paz halló en España,  
Dichoso santuario  
Que el fiero Marte perdonó en su saña,  
Tú cuyas auras quietas  
No turbó el son de bélicas trompetas;

Cuando de ti me aleje,  
Sufre que en esta losa de granito  
Reconocido, deje  
Mi oscuro nombre por mi mano escrito,  
En muestra de que debo  
A tu favor el existir de nuevo.

¡Así cuando sonara  
De mi postrer anhélito la hora,  
Pía mano llegara  
A mis labios en copa bienhechora  
Tu licor dulce tibio,  
Mágico elixir de salud y alivio!

Entonces en sus brazos  
Risueña la esperanza me acogiera,



Y los mortales lazos  
Sin sentirlo mi espíritu rompiera,  
Y de dolor exento,  
Vivido hubiera hasta el fatal momento.

Madrid, 1840.

## LA MEDIANÍA DE INGENIO

Mediocribus esse poetis  
non Di, non homines, non concessere  
columnæ.  
–Horacio.

Simbólica verdad mal disfrazada,  
Grito de la razón a la osadía,  
Sueño que su impotencia, que su nada  
Revelas a mi estéril fantasía:  
Ya dejo la carrera comenzada;  
Ya inútil reconozco mi porfía,  
Y a pesar del sonrojo que padezco,  
La lección provechosa te agradezco.

Duerme el avaro y con el oro sueña  
Que afanoso en sus arcas amontona;  
Duerme el que sigue la marcial enseña,  
Y ve en sus sienes la triunfal corona;  
Duerme el amante, y la beldad risueña  
Con su cariño fiel le galardona;  
Dormí yo con mi altivo pensamiento,  
Pero soñé mi oprobio y mi tormento.

En medio me encontré de una llanura  
Piélago inmóvil de sutil arena;  
Suelo entre cuya incómoda soltura  
Rodeábase al pie tenaz cadena:  
Cubría el horizonte noche oscura;  
Mas brillaba el cenit con luz serena;  
Luz que, afrentando la del sol ausente,  
Nacía de otro sol más refulgente.

Del centro levantábase del llano  
Altísima pirámide, y su cumbre

Era escabel de un genio soberano  
Cercado en torno de celeste lumbre.  
Coronas varias de laurel lozano  
Tendía a la infinita muchedumbre,  
Que anhelosa llegaba a cada instante  
Al pie de la pirámide gigante.

Llamados de la plácida sonrisa  
Del numen seductor y de su acento,  
Que aun en el alma débil y remisa  
Despertaba ambición y atrevimiento;  
Rivales todos en ahínco y prisa,  
Ansiaban escalar el alto asiento,  
Sin reparar en los pendientes lados,  
De gradas y asidero despojados.

Bajo la planta vi de algún dichoso  
Que el mármol ablandaba su dureza,  
Labrándole escalones obsequioso,  
Tras él deshechos con igual presteza.  
Ceñir vi al genio con laurel glorioso  
Del mortal predilecto la cabeza,  
Y exclamé: «Cuando todo me resista,  
Mayor será la prez de mi conquista.»

En las juntas de la piedra entonces  
Hiné las manos con pueril arrojó:  
Para otros cera, mas conmigo bronce,  
Mi sangre al punto las tiñó de rojo;  
Cada cual de los ásperos esconces  
De mí quedaba con algún despojo,  
Hasta que al medio ya de la subida  
La voluntad se declaró vencida.

Rodé precipitado de la altura  
Donde me alzó para mi mal mi anhelo,  
Y encontré momentánea sepultura  
Dentro del polvo del movable suelo:  
Con mofa universal mi desventura  
Solemnizó la multitud sin duelo,  
Y al dolor del orgullo escarmentado  
Desperté sobre el lecho acelerado.

Rayos de mustia lámpara oscilantes  
Hirieron en el muro las facciones  
De los ingenios como el sol brillantes,

Que envidian a mi patria mil naciones.  
Vi los ojos de LOPE y de CERVANTES  
Moverse en encontradas direcciones,  
Y por sus labios extenderse lenta  
Sonrisa amarga de piedad que afrenta.

Sí, con postizas alas es en vano  
Querer alzar hasta el Olimpo el vuelo;  
Decreto irrevocable, aunque tirano,  
Se burla del afán y del desvelo:  
Do quier que toca la azarosa mano  
Que el genio no inspiró, derrama hielo,  
Y hasta el aliento del bastardo vate  
Aja las flores y su tronco abate.

Vislumbrar entre gasa incitadora  
Purpúrea faz con ojos de centella,  
Y acercarse a la imagen que enamora,  
Y huir y el velo redoblar la bella,  
Y seguirla con planta voladora,  
Y hallarse siempre separado de ella:  
Tal suplicio padece el desdichado  
Que a Febo culto da sin ser llamado.

La verdad siente, adora la hermosura,  
Y la quiere cantar; mas cuando canta,  
Con su voz la verdad se desfigura,  
Con sus acentos la belleza espanta:  
El pensamiento que pintar procura  
Trueca naturaleza en su garganta,  
O irritada con él diestra divina  
Le fuerza a hablar por áspera bocina.

Puso el genio a sus hijos en la frente  
Brilladora señal de vivo fuego,  
Y abriéndoles su alcázar eminente,  
Lo cerró a la violencia como al ruego.  
«Si hay,» díjoles el numen, «quien intente  
Mis umbrales hollar osado y ciego,  
Sin que de allí le arrojen vuestros brazos,  
Caerá sobre él mi pórtico en pedazos.»

Cedamos a la ley que nos condena;  
Callar es el deber del labio rudo;  
Con el destino la razón lo ordena:  
Muera la envidia en el respeto mudo.

Abandone la cítara sin pena  
Quien la pulsó de inspiración desnudo,  
Y huyendo competencias desiguales,  
Destrócela a los pies de sus rivales.

Cantad, poetas: vuestras harpas de oro  
Con su mágico son llenen la esfera;  
Mi voz de mil y mil seguida en coro,  
Romperá en vuestro aplauso la primera.  
Fruto es del tiempo que perdido lloro  
La admiración que merecéis sincera.  
Recibid el tributo que os ofrece  
Quien os escucha y goza... y enmudece.

### LA CAMA DE MATRIMONIO

Adónde va el carpintero  
Con tanta madera al hombro?  
-Tengo que hacer un tablado  
De cama de matrimonio.  
-¿.Quién se casa? -Florentina.  
-Tú eres entonces el novio.  
Mil enhorabuenas, Pedro.  
-Mil gracias, amigo Alfonso.

-¿Cómo te has hecho ese traje?  
-Madre mía, no sé cómo.  
Feo salió para boda;  
Para mortaja es el propio.  
-Rásgale, niña, o deshazle.  
-No, madre, ya no le toco.  
Mala me siento hace días:  
Puede que me sirva pronto.

-¿Qué trabajas, Pedro amigo,  
Tan afanado y lloroso?  
-Labro una cama sin pies,  
La postrera que usan todos.  
-¿Quién ha muerto? -Florentina.  
Por ella trabajo y lloro.  
¡En ataúd se ha trocado  
La cama de matrimonio!

18 de mayo de 1854.

## LA VIDA

*Traducción de Metastasio*

Por qué la vida nos parece bella?  
¿Qué placer nos ofrece mientras dura,  
Si no hay edad ni condición en ella  
Que dolor no se vuelva y amargura?  
Niños, un ademán nos intimida;  
Juguete somos en la edad florida  
De la fortuna y del amor insano;  
Y al fin cubiertos de cabello cano,  
Abrumados gemimos  
Al peso de los años que vivimos.  
Ya el ansia de adquirir nos atormenta,  
Ya el temor de perder nos pone susto:  
Lid continua y violenta  
Entre sí tienen siempre los malvados,  
Y perdurable lid también sustenta  
Contra la envidia y la falacia el justo.  
Fantasmas engendrados  
Por loca fantasía,  
Sueño, delirio son nuestros cuidados;  
Y cuando al cabo con vergüenza un día  
Se desengaña nuestra mente ciega,  
Entonces es cuando la muerte llega.

## LA CAMPANA

*Imitación del alemán (de Schiller)*

“Vivos voco, mortuos plango, fulgura frango.”

Afianzado en el suelo fuertemente  
Ya el molde está de recocida greda;  
Hoy fabricada la campana queda:  
Obreros, acudid a la labor.  
Sudor que brote ardiente  
Inunde nuestra frente;  
Que si el cielo nos presta su favor,  
La obra será renombre del autor.

- - -

A la grave tarea que emprendemos  
Razonamiento sólido conviene:  
Gustoso y fácil el trabajo corre  
Cuando sesuda plática se tiene.  
Los efectos aquí consideremos  
De un leve impulso a la materia dado:  
De racional el título se borre  
Al que nunca en sus obras ha pensado.  
Joya es la reflexión ilustre y rica,  
Y dióse al hombre la razón a cuenta  
De que su pecho con ahínco sienta  
Cuanto su mano crea y vivifica.

- - -

Para que el horno actividad recobre,  
Trozos echad en él de seco pino,  
Y oprimida la llama, su camino  
Búsquese por la cóncava canal.  
Luego que hierva el cobre,  
Con él se junte y obre  
Estaño que desate el material  
En rápida corriente de metal.

- - -

Esa honda taza que la humana diestra  
Forma en el hoyo manejando el fuego,  
En alta torre suspendida luego  
Pregón será de la memoria nuestra.  
Vencedora del tiempo más remoto  
Y hablando a raza y raza sucesiva,  
Plañirá con el triste compasiva,  
Pía rogando con el fiel devoto.  
El bien y el mal que en variedad fecundo  
Lance sobre el mortal destino sabio,  
Herido el bronce del redondo labio  
Lo anunciará con majestad al mundo.

- - -

Blancas ampollas elevarse he visto;  
En buen hora: la masa se derrite.  
La sal de la ceniza precipite  
Ahora la completa solución.  
Fuerza es dejar el misto  
De espuma desprovisto:  
Purificada así la fundición,  
Claro el vaso ha de dar y lleno el son.

- - -

Él con el toque de festivo estruendo

Solemniza del niño la venida,  
Que a ciegas entra en la vital carrera,  
Quieto en la cuna plácida durmiendo.  
En el seno del tiempo confundida  
Su suerte venidera,  
Mísera o placentera,  
Yace para el infante;  
Pero el amor y maternal cuidado  
Colman de dicha su dorada aurora.  
En tanto, como flecha voladora,  
Van huyendo los años adelante.  
Ya esquivo y arrogante  
El imberbe doncel huye del lado  
De la niña gentil cuando él nacida  
Y al borrascoso golfo de la vida  
Lanzándose impaciente,  
Con el báculo se arma del viajero,  
Vaga de tierra en tierra diferente,  
Y al techo paternal vuelve extranjero.  
En juventud allí resplandeciente,  
Y a un ángel igualándose de bella,  
Luego a sus ojos brilla  
La cándida doncella,  
Púrpura rebosando su mejilla.  
Insólito deseo  
El pecho entonces del mancebo asalta:  
Ya entre la soledad busca el paseo,  
Ya de los ojos llanto se le salta,  
Ya fugitivo del coloquio rudo  
De antiguos compañeros, que le enoja,  
Desde lejos le sigue con vergüenza  
El paso a la beldad: sólo un saludo  
Mil placeres le inspira;  
Y de sus galas el vergel despoja  
Para adornar la recogida trenza  
Del caro bien por cuyo amor suspira.  
En aquel anhelar tierno, incesante,  
Con aquella esperanza dulce y pura,  
Ve los cielos abiertos el amante,  
Y anégase en abismos de ventura.  
¡Ay! ¿Por que han de pasar tan de ligero  
Los bellos días del amor primero?

- - -

Esos cañones negrear miramos:  
Pértiga larga hasta la masa cale;  
Que si de vidrio revestida sale,

No habrá para fundir dificultad.  
Sus, compañeros, vamos,  
Y pruebas obtengamos  
De que hicieron pacífica hermandad  
Los metales de opuesta calidad.

- - -

Sí, que del justo enlace  
De rigidez al par y de ternura,  
De fuerza y de blandura,  
La armonía cabal se engendra y nace.  
Mire quien votos perdurables hace  
Si con su corazón cuadra el que elige;  
Que la grata ilusión momentos dura,  
Y el pesar del error eterno aflige.  
Asienta bien sobre el cabello hermoso  
De la virgen modesta  
La corona nupcial que la engalana,  
Cuando con golpe y son estrepitoso  
Convoca la campana  
De alegre boda a la brillante fiesta:  
Mas día tan feliz y placentero  
Del abril de la vida es el postrero;  
Que al devolver los cónyuges al ara  
Velo y venda sutiles,  
Con ellos de su frente se separa  
La ilusión de los goces juveniles.  
Rinde al cariño la pasión tributo;  
Marchítase la flor, madura el fruto.  
Desde allí entra el varón en lid constante:  
Verásele afanado y anhelante  
Pretender, conseguir; veréis que osado  
Con cien y cien obstáculos embiste  
Para que su tesón el bien conquiste.  
Entonces de abundancia rodeado  
Se encontrará, que por do quier le llega:  
Su troj rebosa de preciosos dones;  
Crecen sus posesiones,  
Y la morada que heredó se agranda,  
En cuyo íntimo círculo despliega  
Su celo cuidadosa  
La vigilante madre, casta esposa.  
Ella en el reino aquel prudente manda;  
Reprime al hijo y a la niña instruye:  
Nunca para su mano laboriosa,  
Cuyo ordenado tino  
En rico aumento del caudal refluye.



De esa mano, que lo hace en remolino  
Al torno girador zumbador sonoro,  
Brotando el hilo y al huso se devana:  
Ella el arca olorosa llena de oro,  
Ella los paños de escogida lana,  
Ella la tela de nevado lino  
Custodia en el armario, que luciente  
Mantiene la limpieza;  
Ella une el esplendor a la riqueza,  
Y al ocio junto a sí jamás consiente.

El padre en esto, sonriendo ufano  
Desde alto mirador sobre la casa,  
Que deja registrar tendido llano,  
De sus bienes el número repasa.  
El árbol corpulento  
Ve de crecidas pomos agobiado;  
Su granero contempla apuntalado,  
Y en densas olas al batir del viento  
Moviendo las espigas el sembrado.  
Y atrevese a exclamar con vanagloria:  
«Tan firme como el mismo fundamento  
Que sostiene la mole de la tierra,  
Fuerte contra el poder de la desgracia  
Me hace el tesoro que mi techo encierra.  
¡Oh esperanza ilusoria!  
¿Cuál poder eficacia  
Contra el destino tiene?  
No hay lazo que sus vuelos encadene,  
Y antes de prevenir con el amago,  
Se nos presenta el mal con el estrago.

- - -

Bien se parte la escoria recogida:  
Ya principiar la fundición se puede;  
Mas antes que la masa libre ruede,  
Récese una plegaria con fervor.  
Dad al metal salida.  
¡Dios un estrago impida!-  
Río humeante, negro de color,  
Se abisma en el canal abrasador.

Es el fuego potencia bienhechora  
Mientras la guía el hombre y bien la emplea,  
Que a su fuerza divina auxiliadora  
Deudor entonces es de cuanto crea;  
Pero plaga se vuelve destructora

Cuando una vez de sus cadenas franca,  
Por la senda que elige libre arranca,  
Y avanza con fiereza,  
Salvaje de cruel naturaleza.  
¡Ay si sacude el freno, y ya no hallando  
Quien resista sus ímpetus violentos,  
En apiñada población derrama  
Incendio asolador inmensa llama!  
Guardan los elementos  
Rencor a los humanos monumentos.  
La misma nube cuyo riego blando  
Los perdidos verdores  
Devuelve a la pradera que fecunda,  
Rayos también arroja furibunda.-  
¿Escucháis en la torre los clamores  
Lentos y graves que a temor provocan?  
No hay duda: a fuego tocan.  
Sangriento el horizonte resplandece,  
Y ese rojo fulgor no es que amanece.  
Tumultuoso ruido  
La calle arriba cunde,  
Y de humo coronada  
Se alza con estallido,  
Y de una casa en otra se difunde,  
Como el viento veloz, la llamarada,  
Que en el aire encendiendo  
Sofocador bochorno,  
Tuesta la faz cual bocanada de horno.  
Las largas vigas crujen,  
Los postes van cayendo,  
Saltan postigos, quiébranse cristales,  
Llora el niño, la madre anda aturdida,  
Y entre las ruinas azorados mugen  
Mansas reses, perdidos animales.  
Todo es buscar, probar, hallar huída,  
Y a todos presta luz en su carrera  
La noche convertida  
En día claro por la ardiente hoguera.  
Corre a porfía en tanto larga hilera  
De mano en mano el cubo, y recio chorro  
En empinada comba  
Lanza agitando el émbolo, la bomba.  
Mas viene el huracán embravecido:  
El incendio recibe su socorro  
Con bárbaro bramido,  
Y ya más inhumano

Cae sobre el depósito indefenso  
Donde en gavilla aún se guarda el grano,  
Donde se hacina resecado pienso;  
Y cebado en aristas y maderas,  
Gigante se encarama a las esferas,  
Como en altivo alarde  
De querer mientras arde  
No dejar en el globo en que hace riza  
Sino montes de escombros y ceniza.  
El hombre en esto, ya sin esperanza,  
Se rinde al golpe que a parar no alcanza,  
Y atónito cruzándose de brazos,  
Ve sus obras yacer hechas pedazos.

Desiertos y abrasados paredones  
Quedan allí, desolador vacío,  
Juguete ya del aquilón bravío.  
Sin puertas y sin marco los balcones,  
Bocas de cueva son de aspecto extraño,  
Y el horror en su hueco señorea,  
Mientras allá en la altura se recrea  
Tropel de nubes en mirar el daño.

Vuelve el hombre los ojos  
Por la postrera vez a los despojos  
Del esplendor pasado,  
Y el bastón coge luego de viandante  
Sonriendo tranquilo y resignado.  
Consuelo dulce su valor inflama.  
El fuego devorante  
Le privó de su próspera fortuna;  
Mas cuenta, y ve que de las vidas que ama  
No le faltó ninguna.

- - -

El líquido en la tierra se ha sumido;  
El molde se llenó dichosamente:  
¡Ojalá a nuestra vista se presente  
Obra que premie el arte y el afán!  
¿Si el bronce se ha perdido?  
¿Si el molde ha perecido?  
Nuestras fatigas esperanza dan;  
Mas ¡ay! ¡si desatraídas estarán!

- - -

Al seno tenebroso  
De la próspera tierra confiamos  
La labor cuyo logro deseamos.

Así con fe sencilla  
Confía el campesino laborioso  
Al surco la semilla,  
Y humilde espera en la bondad celeste  
Que germen copiosísimo le preste.  
Semilla más preciosa todavía  
Entre luto y lamentos se le fía  
A la madre común de lo viviente;  
Pero también el sembrador espera  
Que del sepulcro salga floreciente  
A vida más feliz y duradera.

- - -

Son pausado  
Funeral  
Se ha escuchado  
En la torre parroquial.  
Y nos dice el son severo,  
Que un mortal  
Hace el viaje lastimero  
Que es el último y final.

- - -

¡Ay que es la esposa de memoria grata!  
¡Ay que es la tierna madre, a quien celoso  
El rey de los sepulcros arrebató  
Del lado del esposo,  
Del cerco de los hijos amoroso,  
Frutos lozanos de su casto seno,  
Que miraba crecer en su regazo,  
Su amante corazón de gozo lleno!  
Roto ya queda el delicioso lazo  
Que las dichas domésticas unía.  
La esposa habita la región sombría;  
Falta al hogar su diligente brazo  
Siempre al trabajo presto,  
Su cuidado, su aliño;  
Falta la madre, y huérfano su puesto,  
Lo usurpará una extraña sin cariño.

- - -

En tanto que se cuaja en sus prisiones  
El vertido metal, no se trabaje,  
Y libre como el ave en el ramaje,  
Satisfaga su gusto cada cual.  
Si al toque de oraciones,  
Libre de obligaciones  
Ve los astros lucir el oficial,  
Sigue el maestro con tarea igual.

- - -

Cruza con ágil pie la selva espesa  
Gozoso ya el peón, bien cual ausente  
Que al patrio techo próximo se siente.  
Abandona el ganado la dehesa,  
Y en son discordes juntan  
El cordero su tímido balido,  
Y el áspero mugido  
La lucía vaca de espaciosa frente,  
Caminando al establo que barruntan.  
A duras penas llega  
Atestado de mies a la alquería  
Bamboleando el carro; y en los haces  
Una corona empínase y despliega  
Colores diferentes y vivaces,  
Fausta señal de que empezó la siega.  
El pueblo agricultor con alegría  
Se agolpa al baile y al placer se entrega.  
La ciudad mientras tanto se sosiega,  
Según desembaraza  
El gentío las calles y la plaza,  
Formando en amigable compañía  
Las familias el corro de costumbre,  
Ya en torno de la luz, ya de la lumbre,  
Cierra la puerta de la villa el guarda,  
Y ella cruje al partir del recio muro.  
La tierra se encapota en negro manto;  
Pero el hombre de bien duerme seguro.  
No la sombra nocturna lo acobarda  
Como al vil criminal, ni con espanto  
Pesadilla horrorosa le desvela;  
No: de reposo regalado y puro  
Disfruta la virtud: un centinela,  
La previsora LEY, su sueño vela.

¡ Preciosa emanación del Ser Divino,  
Salud de los mortales, orden santo!  
Mi labio te bendiga.  
La stirpe humana que a la tierra vino  
En completa igualdad, por ti se liga  
Con vínculo feliz, que sin quebranto  
Guarda a todos su bien. Tú solo fuiste  
Quien allá en la niñez de las edades  
Los cimientos echó de las ciudades;  
Tú al salvaje le hiciste  
Dejar la vida montaraz y triste;

Tú en la grosera prístina cabaña  
Penetraste a verter el dulce encanto  
Que a las costumbres cultas acompaña;  
Tú creaste ese ardor de precio tanto,  
Ese AMOR DE LA PATRIA sacrosanto.

Por ti mil brazos en alegre alianza  
Reconcentran su fuerza y ardimiento,  
Y a un punto dirigida su pujanza,  
Cobra la industria rauda movimiento.  
Maestro y oficial en confianza  
De que les da la libertad su escudo,  
Redoblan el ardor de sus afanes;  
Y cada cual contento  
Con el lugar que conquistarse pudo,  
Fieros desprecian con desdén sañudo  
La mofa de los ricos haraganes.  
Es la fuente del bien del ciudadano.  
Es su honor el trabajo y su ornamento.  
¡Gloria a la majestad del soberano!  
¡Gloria al útil sudor del artesano!

- - -

Paz y quietud benigna,  
Unión consoladora,  
Sed de estos muros siempre  
Benéfica custodia.  
Nunca amanezca el día  
En que enemigas hordas  
Perturben el reposo  
De que este valle goza.  
Nunca ese cielo puro  
Que plácida colora  
La tarde con matices  
De leve tinta roja,  
Refleje con la hoguera  
Terrible y espantosa  
De un pueblo que devasta  
La guerra matadora.

- - -

Esa fábrica endeble y pasajera,  
Fuerza es, pues ya sirvió, que se destroce;  
Y ojos y corazón nos alboroce  
Obra que salga limpia de lunar.  
Recio el martillo hiera:  
Salte la chapa entera.  
La campana veréis resucitar,

Cayendo su cubierta circular.

- - -

Sabe con segura mano,  
Sabe en momento oportuno  
Romper el maestro el molde  
Cuya estructura dispuso;  
Mas ¡ay si el líquido ardiente  
Quebranta indómito el yugo,  
Y en vivo raudal de llama  
Discurre al antojo suyo!  
Con el bramido del trueno,  
Con ciego y bárbaro impulso,  
Estalla, y la angosta cárcel  
Quiebra en pedazos menudos;  
Y cual si fuese una boca  
De los abismos profundos,  
Estragos tan sólo deja  
En el lugar donde estuvo.  
Que fuerza a quien no dirige  
La inteligencia su rumbo,  
No en creaciones, en ruinas  
Emplea su empuje rudo,  
Cual pueblo que se subleva,  
En cuyo feroz tumulto  
Desgracias hay para todos  
Y bienes para ninguno

Horrible es en las ciudades  
Donde, hacinado y oculto,  
Sedicioso combustible  
Largamente se mantuvo,  
Verlo de repente arder,  
Y alzarse un pueblo iracundo,  
Rompiendo en propia defensa  
Hierros de dominio injusto.  
Entonces la rebelión,  
Dando feroces aullidos,  
Del tiro de la campana  
Se suspende por los puños,  
Y el pacífico instrumento,  
Órgano grave del culto,  
Da profanado la señal  
Del atropello y disturbio.  
La LIBERTAD, la IGUALDAD  
Se proclama en grito agudo;  
Y el tranquilo ciudadano

Cierra el taller y el estudio,  
Y échase encima las armas,  
Zozobroso y mal seguro.  
Los pórticos y las calles  
Se llenan de inmenso vulgo,  
Libres vagando por ellas  
Los asesinos en grupos.  
Revístense las mujeres  
De la fiereza del bruto,  
Y al terror de la matanza  
Unen la befa, el insulto,  
Y con dientes de pantera  
Despedazan sin escrúpulo  
El corazón palpitante.  
Del contrario aún no difunto.  
Desaparece el respeto;  
Nada es ya sacro ni augusto:  
El bueno cede el lugar  
Al malvado inverecundo;  
Y los vicios y los males,  
Entronizándose juntos,  
Envanecidos pasean  
La carroza de su triunfo.  
Peligroso es inquietar  
El sueño al león sañudo;  
Terrible es el corvo diente  
Del tigre ágil y robusto:  
Mas no hay peligro más grande  
Ni de terror más profundo,  
Que el frenesí de los hombres  
Poblador de los sepulcros.  
¡Mal haya quien en las manos  
Al ciego la luz le puso!  
A él no le alumbra, y con ella  
Se puede abrasar el mundo.

- - -

¡Ah! nos oyó la celestial grandeza.  
Ved salir de la rústica envoltura,  
Como dorada estrella que fulgura,  
Terso y luciente el vaso atronador.  
Del borde a la cabeza  
Relumbra con viveza,  
Y el escudo estampado con primor  
Deja contento al hábil escultor.

- - -

Acudid en tropel, compañeros,



Y según la costumbre cristiana,  
Bauticemos aquí la campana,  
Que *Concordia* por nombre tendrá.  
Para amarnos al mundo vinimos,  
Y es la unión la ventura del hombre:  
Con su voz la campana y su nombre  
De esa unión pregonera será.

- - -

Que ese es el futuro empleo,  
Ese es el fin para el cual  
El artífice su autor  
La ha querido fabricar.  
Levantada sobre el valle  
De la vida terrenal,  
En medio del éter puro  
Suspensa debe quedar;  
Y vecina de las nubes  
Que engendran la tempestad,  
Y rayando en los confines  
De la región sideral,  
Habrá de ser desde allí  
Una voz divina más  
Que alterne con las estrellas,  
Que en su giro regular  
La gloria de Dios pregonan  
Y leyes al año dan.  
Sólo pensamientos graves  
Inspire a la humanidad,  
Cuando con sonoro acento  
Mueva el labio de metal.  
Sirva al tiempo y al destino  
De lengua para contar  
La rapidez de las horas  
Y el curso del bien y el mal,  
Siguiendo siempre, aunque ajena  
De sentir gozo y piedad,  
Las mudanzas que en la vida  
Se suceden sin cesar.  
El propio sonido suyo,  
Cuyo harmónico raudal  
Pujante el espacio llena  
Y se oye y pasa fugaz,  
Imagen es que nos dice  
Que así presuroso va  
Todo en la tierra a perderse  
En la inmensa eternidad.

- - -

Ahora, con el cable retorcido,  
Salga del foso ya,  
Y ascienda a las regiones del sonido,  
Al aire celestial.  
Tirad, alzád, subid. Ya se ha movido:  
Ya suspendida está.-  
¡Resuene, oh patria, su primer tañido  
Con la gozosa nueva de la *Paz!*

## LA INFANTICIDA

*Traducción del alemán* (de Schiller)

Qué escucho? Sordamente clamorea  
Una y otra campana, y su camino  
Corrió la flecha del reló. Pues, ea,  
Cúmplase mi destino;  
Vamos con el favor del Juez divino:  
Llevadme, precursores de la muerte,  
Donde el vil criminal su sangre vierte.  
Mundo cruel, que con fatal encanto  
Las almas envenenas,  
Y horas me diste de ventura llenas,  
Recibe mis cariños y mi llanto  
Cuando fuera de ti la planta llevo.  
Ya, mundo corruptor, nada te debo.

Adiós quedad, contentos de la vida,  
Cambiados hoy en podredumbre negra;  
Adiós, gozosa edad, edad florida,  
Cuya embriaguez el corazón alegra.  
Sueños tejidos de oro,  
Ilusiones de bien, hijas del cielo,  
Quedad en este suelo  
Donde perdidas al nacer os lloro.  
¡Ay! vuestro verde vástago se trunca  
Para que no dé flor ni brote nunca.

En otro tiempo fue la gala mía  
De la inocencia el cándido vestido  
Que a la pluma del cisne afrentaría:  
Realzaba la túnica preciosa  
Cinta gentil de colorada rosa,

Y mi rubio cabello entretrejado  
Con rosas a la par, luengo pendía.  
Vítima del infierno en este día,  
De blanquecino traje se me viste;  
Pero en lugar ¡ay, triste!  
De flores en mi sien, sobre ella veo  
Negra banda y capuz, señal de reo.

Lloradme las que libres de flaqueza  
No habéis vuestro decoro mancillado,  
Y a quienes da su aroma regalado  
El lirio celestial de la pureza.  
Si os cupo en suerte el brío que domina  
La blanda agitación del pecho hirviente,  
Luisa nació mujer, y no heroína.  
Yo sentí, cual mujer, humanamente,  
Y el sentimiento ni martirio empieza.  
Por el brazo de un pérfido cercada,  
Quedose mi virtud aletargada.

Tal vez de otra beldad gira ya en torno  
El corazón de sierpe que me olvida,  
Y al lado de la mesa de su adorno  
En plática de amor su ingenio apura  
Cuando abren para mí la sepultura.  
Con los rizos quizá de su querida  
Liviano juguetea,  
Y el ósculo recoge y saborea  
Con que ella le convida,  
Cuando en el tajo mi garganta rota,  
La sangre en alto desde el tronco brota.

¡Permita Dios, Hermán, que donde quiera  
Te persiga mi coro funerario,  
Y en tus oídos temerosa hiera  
La rebramante voz del campanario!  
Cuando del labio de la dama tuya  
Entre susurro misterioso y tierno  
Torrente para ti de gozo fluya,  
Una saeta parta del infierno,  
Que de improviso deje atravesada  
La imagen del deleite sonrosada.

Tanto dolor de quien por ti vivía,  
¿No fue para ti nada, ¡oh fermentido!  
Nada el oprobio que por ti sufría?

¿Nada para tu pecho empedernido  
Lo que al león y al tigre ablandaría,  
El ser en mis entrañas escondido?  
Huyes ¡ah! Tu bajel rápido boga;  
Y en tanto que le miro, y que la pena  
Mis ojos nubla, mi gemir ahoga,  
Tú en la margen del Sena  
Contra víctima nueva, en torpe amaño,  
Diriges el suspiro del engaño.

En el regazo maternal yacía  
Reposando feliz el tierno infante,  
Y al capullo entreabierto semejante,  
Su labio encantador se sonreía.  
Con placer congojoso descubría  
En cada rasgo yo de aquel semblante  
La faz que un tiempo mis delicias era;  
Y a la vez me asaltaban a porfía,  
Ya del cariño la piedad primera,  
Ya desesperación bárbara y fiera.

«Mujer, ¿qué es de mi padre?» me gritaba  
Muda su tierna voz, muda y de trueno.  
«Mujer, ¿qué es de tu esposo?» retumbaba  
Cada rincón de mi angustiado seno.  
¡Ay, huérfano inocente!  
Será en vano buscar al inclemente  
que tal vez otros hijos acaricia:  
Tú con harta justicia  
Maldecirás la dicha delincuente  
De la mujer y el hombre  
Que te legaron de bastardo el nombre.

En el inmenso mundo  
Solitaria tu madre se veía  
Con su dolor profundo,  
Y abrasadora sed la consumía  
Cada vez que, abrazándote, gustaba  
Goces que el deshonor acibaraba.  
Del ya pasado tiempo de alegría  
Cada vagido tuyo despertaba  
El recuerdo cruel y despechado,  
Y puñal aguzado  
Para la triste Luisa  
Era, hijo mío, tu infantil sonrisa.

Suplicio si evitaba tu presencia,  
Suplicio igual teniéndote presente  
Los abrazos que daba tu inocencia,  
Fatal recuerdo del perdido ausente,  
Me ligaban el cuello cual dogales  
De furias infernales.  
Tronando me aturdí  
Voz como si se alzara de la huesa,  
Que siempre del aleve la promesa,  
Que siempre su perjurio repetía;  
Y en la red de Satán así sin tino,  
Se convirtió la madre en asesino.

Permita Dios, Hermán, que donde huyeres,  
Te acose infatigable sombra airada,  
Que te despierte con su mano helada  
En el dulce soñar de los placeres.  
De las estrellas en la luz radiante  
Mires centelleando la mirada  
Del hijo agonizante;  
Y cuando rindas el postrer aliento,  
Salga a encontrarte pálido y sangriento,  
Y azote que en su diestra te amenace,  
Lejos del paraíso te rechace.

Contéplale a mis pies inanimado,  
Y a mí que, inmóvil, yerta  
Y el juicio conturbado,  
Correr miraba por la herida abierta  
De su sangre el torrente,  
Que se llevó mi vida juntamente.  
Mas ¡ay! de la justicia el enviado  
Ya pulsa con estrépito mi puerta.  
Golpe más duro aún mi pecho siente  
Que el golpe que ha sonado.  
Corro: la fría muerte apague luego  
Este afán que me abrasa como fuego.

Es un Dios de piedad el de los fieles;  
Yo, Hermán, soy pecadora y te perdono:  
Quiero al morir sacrificar mi encono,  
Y en holocausto ofrezco tus papeles.  
Brotad de los tizones,  
Llamas, brotad. ¡Albricias!  
Arde la oferta de su fe traidora,  
Y ¡oh! ¡cómo de los pérfidos renglones,

Henchidos de lisonjas y caricias,  
El fuego se apodera y los devora!  
Prendas de gozo ayer, hoy de quebranto,  
¿Qué hubo que para mí valiera tanto?

Tiembla de tu belleza seductora;  
Tiembla, mujer, del que adorarte jura:  
Lazo de mi virtud fue mi hermosura,  
Y en el cadalso la maldigo ahora.  
¿Qué miro? ¡Cielos! ¡El verdugo llora!  
Ceñidme ya, y acabe mi martirio;  
Ceñidme con presteza  
Un lienzo alrededor de la cabeza.  
Para tronchar un lirio,  
¿Te ha de faltar denuedo?  
No mudes de color: hiere sin miedo.

## EL CINCO DE MAYO

### *Oda a la muerte de Napoleón*

Oda traducida de la que escribió en italiano Alejandro Manzoni a la muerte de Napoleón.

Murió. -Cual yerto quédase,  
Dado el postrer latido,  
Del alma excelsa huérfano,  
El cuerpo sin sentido,  
Tal con la nueva atónito  
El universo está.

La hora contemplan última  
Del hombre del destino,  
Y dudan que en el cárdeno  
Polvo de su camino  
Pie de mortal imprímase,  
Que le semeje ya.

Le vi en el trono fúlgido  
Y fue mi lengua muda;  
Cayó, se alzó, y postráronle  
Por fin en lid sañuda;  
Y al recio grito múltiple  
Voz no añadí jamás.

Virgen de injuria pérfida  
Y encomio lisonjero,  
Mi Musa, cuando súbito  
Se oculta el gran lucero,  
Rinde a la tumba un cántico,  
No efímero quizás.

Del Alpe a las Pirámides,  
Del Rhin al Guadarrama,  
Lanzó tras el relámpago  
Él la celeste llama:  
Hirió de Scila el Tánaïs,  
Y de uno al otro mar.

Si esto fue gloria, júzguelo  
Futura edad; la nuestra  
Humíllese al Altísimo,  
Que dilatada muestra  
De su potente espíritu  
Quiso en el hombre dar.

El zozobroso júbilo  
Que un gran designio cría,  
Los indomables ímpetus  
De quien reinar ansía,  
Y obtiene lo que fuérale  
Vedado imaginar.

Todo lo tuvo: obstáculos  
Grandes y grande gloria,  
Y proscripción y alcázares,  
La fuga y la victoria;  
Se vio dos veces ídolo,  
Dos pereció su altar.

Dos siglos combatíanse  
Cuando su voz oyeron,  
Y a él como a ley fatídica  
Sumisos acudieron:  
Callar les hizo, y árbitro  
Sentose entre los dos.

Y de honda envidia y lástima  
Objeto en su caída,  
Cerrada en breve círculo  
Desperdió su vida,

Odio y amor sin límite  
De sí dejando en pos.

Envuelve y hunde al náufrago  
Ola que, alzándole antes,  
Dejaba que en el piélagos  
Con ojos anhelantes  
Buscara en vano el mísero  
Tierra distante de él.

Así abismaba al héroe  
Tanto recuerdo amargo:  
Él de historiarse impúsose  
Mil veces el encargo,  
Y mil cayole inválida  
La mano en el papel.

Mil veces, ¡ay! al tético  
Fin de inactivo día,  
Bajas las ígneas órbitas,  
Brazos con pecho unía,  
Y le asaltó en imágenes  
El esplendente ayer.

Y vio las tiendas móviles,  
Y armas la luz volviendo,  
Y el galopar belígero  
Valles henchir de estruendo,  
Las imperiosas órdenes  
Y el pronto obedecer.

Quizás, ¡ay! de la pérdida  
Rendido al desconsuelo,  
Desesperó; mas pródiga  
Mano llegó del cielo,  
Y a la región vivífica  
Piadosa le llevó.

Donde floridos tránsitos  
Ofrece la esperanza  
Al campo en que magnífico  
Premio sin fin se alcanza,  
Y noche muda tórnase  
La gloria que pasó.

Bella, inmortal, benéfica



Fe, por do quier triunfante,  
De un nuevo triunfo alégrate:  
Cerviz más arrogante  
Al deshonor del Gólgota  
Nunca se doblegó.

Libra los restos flébiles  
Tú de injurioso acento:  
Dios que alza y postra, dándonos  
Tribulación y aliento,  
Ya solitario el túmulo,  
Al lado vigiló.

#### LA FLOR «NO ME OLVIDES»

*Imitación del poeta alemán Augusto Beugenbach*

Por la orilla de un torrente  
Dos esposos paseaban  
El día que se juraron  
Cariño eterno en las aras.

En silencio pudibundo,  
La amorosa desposada  
El dulce desasosiego  
Del pecho disimulaba.

Una flor azul celeste  
Vio flotar sobre las aguas,  
Y con un tierno suspiro  
Dijo entre sí estas palabras:

«¡Flor infeliz! de una vida  
Que ser no pudiera larga,  
Bien temprano te despojan  
Esas olas inhumanas.»

No pronunció en voz tan débil  
Esta exclamación aciaga,  
Que no la oyera el que vive  
Anhelante de agradarla;

Y sin tomar más consejo  
Que aquél que su amor le daba,

Tras la mata que fluctúa  
En el torrente se lanza.

Pero ¡ay! que las recias olas  
Al triste mancebo arrastran,  
Y en un momento le llevan  
Muy lejos de su adorada,

Que de susto y de congoja  
Vacila al mover las plantas.  
Ya en la desigual pelea  
Fuerzas al náufrago faltan,

Cuando cerca de la margen  
En un remanso se para,  
Donde la flor se detiene  
Y parece que le aguarda.

Hace un esfuerzo y la coge,  
Y arrójasela a su amada;  
Y ella, creyéndole salvo,  
Los tiernos brazos le alarga.

¡En vano! que el agua quieta.  
Profunda sima ocultaba,  
Que tira a su centro al joven  
Cual si cadenas le echara;

Y al hundirse en el abismo  
Que rugiendo se lo traga,  
El desdichado exclamó:  
«Querida esposa del alma:

Para siempre de tu lado  
El destino me separa;  
No me olvides; ten memoria  
Del que tanto te adoraba.»

Este trágico suceso,  
Divulgado por la fama,  
Dar hizo a la florecilla,  
Origen de la desgracia,  
El nombre de no me olvides,  
Y no me olvides se llama.

## RECUERDOS DEL DOS DE MAYO

En 1839.

Allí, donde tiene asiento  
Sobre estériles arenas  
El tardío monumento,  
Viejo ya por el cimiento,  
Por la cima juvenil,  
Allí fue donde inhumanos  
Los que dieron a la Europa  
Nuevas leyes y tiranos,  
Contra inermes ciudadanos  
Asestaron el fusil.

Sangre allí por mano aleve  
Derramada, formó arroyos,  
Y encerraron anchos hoyos  
Sacerdotes con la plebe  
Confundidos a la par.  
¿No escucháis esa campana  
Que se mece en lento giro?  
Cada son recuerda un tiro  
Que una vida castellana  
Dejó al mundo que llorar.

Fementidos extranjeros  
Que aguzaban solapados  
Contra España los aceros,  
Falsamente encaminados  
A talar otra región,  
Desnudáronse aquel día,  
Que enlutó su verde a mayo,  
Del disfraz que los cubría,  
Y del trono de Pelayo  
Profanaron el blasón.

Generoso y no prudente,  
Tuvo el hijo de los Cides  
A sus plantas la serpiente,  
Y por no temer su diente,  
Cariñoso la halagó:  
Y a su salvo la traidora  
Derramó en el seno amigo  
La ponzoña matadora.

¡Cruda herida que aún se llora,  
Porque el tiempo la encontró!

Sin defensa abandonado  
Viose entonces el Ibero:  
Su monarca deslumbrado,  
Por escrúpulos de aliado  
Se olvidó de que era rey.  
Nos mandaron las legiones  
Del isleño codicioso,  
Con la voz de sus cañones,  
Abatir nuestros pendones,  
Renegar de patria y ley.

Y al insulto ardiendo en saña,  
Fulminó su rayo España  
Y en refriegas pertinaces  
Disipáronse las haces  
Que juntó el gran adalid:  
Y a las puertas de Vitoria  
Completose al fin la gloria  
Que los cielos prometieron  
A los tristes que murieron  
En el Prado de Madrid.

Nobles mártires, que ahora  
Nueva guerra por Castilla  
Veis cundir asoladora,  
Que os conturba en vuestra silla  
Levantada sobre el sol:  
Vuestro fin labró la fama  
Del guerrero esclarecido  
Que por grande el mundo aclama;  
Grande, sí, porque vencido  
Tarde fue del español.

Su grandeza, donde a una  
Con empeño trabajaron  
La ambición y la fortuna,  
Fue un altar que consagraron  
Brazos mil a su interés.  
Si del corso estremecieron  
Las miradas fulminantes  
A los pueblos que le vieron,  
Fue porque hombros de gigantes  
Sustentábanle los pies.

Esa audacia desmedida  
Que te alzaba hasta el imperio  
Devastando un hemisferio,  
Preparaba tu caída,  
Destructor Napoleón:  
Que a cometas refulgentes,  
Como tú, pero fatales,  
Los decretos celestiales,  
Protectores de inocentes,  
Dan fugaz aparición.

Tú en el último destierro  
Solitario te subías  
A la cúspide de un cerro;  
Tú mil veces dirigías  
Las miradas hacia el mar:  
Y con hórrida congoja  
Convertirse acaso viste  
De azulada el agua en roja,  
Y la sangre conociste  
Que mandaste derramar.

Asentaron en las olas  
Mil cadáveres las plantas,  
Y con voces españolas  
Resonaron sus gargantas  
Que el cuchillo atravesó.  
Y envidaste aquel instante,  
Precursor de horrible fallo,  
Al peón que, palpitante,  
Bajo el pie de tu caballo  
El espíritu rindió.

Tu memoria maldijeron:  
Que entre todas las naciones  
Donde huellas imprimieron  
Tus aciagos batallones  
Por su mal y mal común,  
Fue la España en quien semilla  
Prodigaste más copiosa  
De discordia y de rencilla,  
Y tu sombra rencorosa  
De sus creces cuida aún.

Codiciosos tus paisanos,

Como tú de nuestra ruína,  
Fomentaron entre hermanos  
Lucha bárbara intestina  
Que enflaquezca su valor:  
Que aprendieron con vergüenza,  
Combatiendo contra España,  
Que como ella no se venza,  
No le es dado a gente extraña  
Producir su vencedor.

## ESPAÑA VINDICADA

Al fin de las regiones europeas  
Donde acaba la tierra de Occidente,  
Y mares y montañas gigantes  
Apartan del antiguo continente  
Vasto, fecundo suelo  
Allí hay una nación agreste y ruda,  
Que de saber y de virtud desnuda,  
Mengua es del siglo, escándalo del cielo.»  
Esta nación, a quien así acrimina  
Voz lejana y vecina  
Que al universo engaña,  
Ésta, ¿lo creeréis? ésta es España.

Fue grande, fue temida, fue señora:  
Doblaban otro tiempo la rodilla  
Los pueblos del ocaso y de la aurora  
Delante de la enseña vencedora  
De León y Castilla.  
Viose después de su poder la silla  
Por crudos adversarios contrastada:  
Retembló su cimiento al recio embate;  
Vaciló en medio del mortal combate  
La regia majestad allí sentada,  
Perdiendo en riesgo tanto  
Ricos girones del purpúreo manto;  
Pero a despecho del común encono,  
Salvó su fe, su dignidad, su trono.  
Émulos que conservan todavía  
De pasadas afrentas la memoria,  
Hoy nos calumnian con mayor porfía,  
Cuando es mayor la castellana gloria.

Se alza en el suelo cántabro pujante  
Grito de guerra que los aires hiende,  
Y fuego abrasador en un instante  
Por la infeliz Península se extiende.  
Ven cundir el estrago las naciones  
Que hacen de humanidad pomposo alarde;  
Y en lugar de extinguir el odio que arde,  
Hostigan a los fieros campeones.  
Así despedazarse dos leones  
Ve un cazador en la africana arena;  
Y lejos de que llegue y los amanse,  
De intento deja que la lid los canse,  
Para echarles a entrambos la cadena.

Nos vieron zozobrar y desviaron  
Del náufrago bajel su firme quilla;  
Pero las bravas olas se aplacaron,  
Y nuestro brazo nos llevó a la orilla.  
Ya las iras cesaron;  
Ya no se oye el horrísono estampido  
Del mortífero bronce,  
Por el eco cien veces repetido  
Entre el ay del que muere y el herido,  
Gira sobre su gonce  
La férrea puerta del cancel de Jano;  
Movida por la mano  
De la PAZ, de la PAZ, que rodeada  
De benéficos númenes en tropa,  
Viene a cerrar el ominoso templo;  
Y la grande nación tan ultrajada,  
Hoy se presenta a la confusa Europa  
De heroísmo y virtud ínclito ejemplo.

Pudo español contra español la diestra  
Levantar iracundo,  
Y regar en el choque furibundo  
Con la fraterna sangre la palestra;  
Pudo servir de un hombre a las pasiones  
Que doró artero con falaz vislumbre,  
Y ceder al impulso que de lejos  
Movía infatigable en sus manejos  
El genio de la negra servidumbre,  
Sediento del dolor de las naciones;  
Mas nunca pudo desterrar del alma  
El generoso, innato sentimiento  
Que la sangre y la PATRIA nos inspira.

Así en la lid, al huracán violento  
Sucediendo la calma,  
Cada guerrero a su contrario mira,  
Y al ver en él su hermano,  
Suelta el acero, tiéndele la mano,  
Con el grito de UNIÓN resuena el viento,  
Y huye, al oírle, trémulo el tirano.

¡Honor, excelsa prez, a los valientes  
Que el blasón coronaron de su gloria  
Con un timbre mayor que la victoria!  
Madres, esposas, vírgenes dolientes,  
Que con humilde voto  
La piedad implorabais del Eterno  
Por las prendas ausentes;  
De júbilo llenad el pecho tierno,  
Que el cetro usurpador está ya roto.  
Festivo canto vuestro labio entone,  
Y la mano aperciba  
Triunfante lauro y amigable oliva,  
Con que su sien el adalid corone.  
Venid ahora a vernos,  
Y aprended, ¡oh políticos sagaces!  
En un rasgo no más a conocernos.  
Vosotros prolongabais la pelea:  
Obra de nuestra mano son las paces.  
Olvidar disensiones pertinaces,  
Para algún corazón difícil sea;  
No para el español: cuéstarte sólo  
Tan magnánima prueba de heroísmo  
Las redes quebrantar que le arma el dolo,  
Y por guía admitir su instinto mismo.

No es la patria del Cid y de Padilla  
Esa que pinta vuestro labio injusto:  
Respeto os deba su blasón augusto,  
Que no tolera su león mancilla.  
Ese pueblo fanático y grosero,  
Juguete del iluso sacerdote,  
Y armado siempre de cobarde acero,  
Y alegre con la hoguera y el azote,  
No le busquéis en el confín hispano:  
Buscadle allá donde feroz levanta  
Brazo de hierro déspota inhumano,  
Y con el suelo, donde siervo nace,  
Se vende al hombre reducido a planta.



Vuestro saber que envanecer os hace,  
Lo admira España, y sin envidia os deja  
Que, deslumbrados con su brillo falso,  
Sobre el ara de Dios paséis la reja,  
Y arrastréis los monarcas al cadalso.  
Domeñar el Océano profundo,  
La fe llevar a incógnitas regiones,  
Lanzar al moro, conquistar un mundo,  
Alzarnos libres para darnos leyes,  
Vencer Napoleones,  
Sacar de cautiverio nuestros reyes:  
Estas solas hazañas  
En los hijos buscad de las Españas.  
Fiel a la mano augusta que le rige,  
Valiente el español y generoso,  
Si tal vez al error se precipita,  
Pronto de la razón la senda elige;  
Y para ser dichoso  
Cuando su pecho a la virtud le incita,  
Olvidaros tan sólo necesita.

## A LA GUERRA DE ÁFRICA

Décimas

Leídas en el teatro del circo en la noche del 25 de enero de 1860.

Vinieron los sarracenos,  
y nos molieron a palos;  
Que Dios ayuda a los malos,  
Cuando son MÁS que los buenos.»  
Así dice, por lo menos,  
Una copla, urdida mal;  
Pues, en examen formal,  
Nos ofrece su remate  
Un blasfemo disparate  
Y una mentira historial.

Para más negro desdoro  
Del Rey, galán de la Cava,  
Con mayor hueste contaba  
Que el ejército del moro.  
De pasmo y vergüenza el lloro  
Fue que España derramó

Cuando el árabe pisó  
La corona indo-germana,  
Y lidiando una semana,  
Por siete siglos reinó.

España, a su gloria fiel,  
Al África necesita  
Ir a pagar la visita  
Que se entró aquí de tropel.  
Esa Mauritania infiel,  
Antes, de los godos era;  
Y pues la fe verdadera  
Ya la bañó con su luz,  
Adore otra vez la cruz  
En la española bandera.

¡Ni en las almenas de un fuerte  
Mirar le dejaba el sol  
El rifeño al español,  
Sin fulminarle la muerte!  
Ceuta, cambiada la suerte,  
Respirará sin afán.  
De allí vino el musulmán;  
De allí partirá el cristiano:  
Su triunfo, tarde o temprano,  
Los que vivan lo verán.

¿No dicen los corifeos  
De una calumnia insolente,  
Que el África propiamente  
Principia en los Pirineos?  
Los africanos trofeos  
Que amontona cada día  
La española valentía,  
Ver dejan ya bien de bulto  
Que ha de ser la voz de insulto  
¡La conquista en profecía!

¡Sea a nuestros héroes dada  
Gloria en la empresa a que van,  
Y pronto brille en Tetuán  
Nuestra enseña de Granada!  
Deja la española espada  
Los campos de sangre llenos;  
No alzan ya los agarenos  
Cabezas fieles en palos:

¡No les ayuda el ser malos,  
Aun siendo MÁS que los buenos!

#### A LA TOMA DE TETUÁN

7 de febrero de 1860.

Da el estampido el cañón...  
Madrid se levanta apriesa...  
-¡Ruge, lamiendo su presa,  
El castellano león!  
Ya es Tetuán de los que son  
Los MENOS en la campaña:  
Póstrase el moro en su saña,  
Y triunfa la cruz arriba.  
¡Dé todo español un VIVA  
Al ejército de España!

#### A LA ENTRADA TRIUNFAL DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA

11 de mayo de 1860.

Esos son los que envió  
España a vengar su afrenta;  
Esos los que en lid sangrienta  
La victoria coronó.  
No vuelven todos, ¡ay! no.-  
Madre, que al cielo bendices;  
Hijas y esposas felices,  
Que veis a vuestros valientes,  
Besad las tostadas frentes,  
Besad más las cicatrices.

Granizo y plomo ha llovido  
Sobre esas fuertes falanges,  
Y el voraz monstruo del Ganges  
Por el moro ha combatido.

¿Cuál es el héroe tenido  
Por mayor que los demás?  
¿Dónde va el que deja atrás  
La gloria y valor de Aquiles?

Los héroes aquí son miles:  
Lo son todos a cual más.

¡Honor se dé y alta prez  
A los bravos campeones,  
Que, ya triunfando en Bullones,  
Hicieron temblar a Fez!  
En tierra extraña esta vez,  
Nietos yacen de Guzmán:  
Provoque otra el musulmán  
Vuestros invictos aceros,  
Y los muertos compañeros  
De tumba mejorarán.

Les pesa la arena impía  
Que huellan árabes potros,  
Y al despediros vosotros  
Tembló su osamenta fría.  
Tal vez ya saben el día  
Que han de ver nuestro pendón,  
Y dicen en ronco son  
Que yerbas agita y ramos:  
«Hoy para después tomamos  
De esta tierra posesión.»

## ROMANCE

(Para el romancero de la guerra de África)

Lluvia de menudos plomos  
Y espesa lluvia de hielo,  
Sobre las alas caían  
Del ave reina del viento.  
Dejara el águila el nido  
que labró en monte soberbio,  
Cruzando el mar en defensa  
De sus hijos en destierro.  
Vencedora en el combate  
Y herida por defenderlos,  
Fuerzas le pide al reposo  
Para ir a lidiar de nuevo.  
Enemigos aquilones  
Plumas le arrancan al vuelo:  
Ruedan por los campos unas,

Otras en el mar cayeron;  
Y bajo el risco eminente  
Que la abriga en tosco hueco,  
Penachos en sangre tintos  
Alfombran en torno el suelo.  
Su graznido, aun desde allí,  
Le infunde al milano miedo;  
Con el dolor de la llaga  
Recrece en ella el esfuerzo,  
Y pronto al África vuelve  
A desafiar a un tiempo  
La barbarie de los hombres,  
Las inclemencias del cielo.

Así, por difícil vía,  
Con mar borrascosa en medio,  
Vienen y al África tornan  
Los españoles guerreros.  
Llama la patria al herido,  
Y al sano la guerra luego;  
Compañera de su viaje,  
Los va la muerte siguiendo;  
Cobra en la batalla, y cobra  
Tributo en bajel y en puerto:  
¡Valieran los triunfos poco  
Si se ganaran con menos!

Oid el clamor salvaje  
De la hueste de Marruecos:  
Ya sus espingardas truenan,  
Ya sus caballos partieron.  
Gime el valle al estallar  
El volcán del cañoneo;  
Cimbréanse en los collados  
Los árboles corpulentos;  
Los claros de cada fila  
Se ven de repente llenos;  
Por el cristiano caído  
Pone otro soldado el pecho;  
Furioso turbión de balas  
Fulminan los agarenos;  
Vidas acaban, y vidas  
Entre la gloria sin duelo.

Rocas parten las bombardas,  
Obra de andaluz maestro:

¡Qué harán, descreído Cam,  
Con las carnes de tus nietos!  
¡Ahogáis al dolor el grito  
Con el de la lucha horrendo!  
¡Fuertes paleáis, y fuertes  
Dais el suspiro postrero!  
El Dios, cuyo altar ahí  
Pisaron vuestros abuelos,  
Las almas piadoso mire  
Que dejan con ira el cuerpo.

Cadáver hay africano,  
Cuyos labios entreabiertos  
Guardan con sonrisa fea  
De brutal júbilo el sello.  
Contaba el mísero iluso,  
Soñó, deliró muriendo,  
Con el soez paraíso  
De su Profeta embustero.

En tanto, en la hueste nuestra  
Mano hábil y ardiente celo  
Prestan reparo al destrozo  
Que hacen el plomo y el hierro,  
Tras las filas apretadas,  
Muro palpitante, denso,  
De entre los pies del que lidia  
Sacan al herido en peso.  
De rodillas Esculapio  
Fibras ata y une huesos;  
Desnuda tierra, harta de agua,  
Tiene el doliente por lecho.

No era para España el Moro  
Contrario bastante fiero;  
Cruel en África el hombre,  
Lo son más los elementos.  
«¡Victoria!» claman gozosos  
Los héroes de Tajo y Ebro.  
Contra la voz de alegría  
Protesta envidioso el trueno.

Desátanse recias nubes  
En copiosos aguaceros,  
Que de las tiendas golpean  
Con furia el tupido lienzo.

Fuera, penetrante frío;  
Dolores y ahogo dentro;  
Torrentes de lluvia arriba,  
Y abajo balsas de cieno.  
Soldado que en la batalla  
Sacó lacerado un miembro,  
Con todos paga el fiarlos  
Al insalubre terreno.  
Dan sus efluvios al aire  
Desconocidos venenos;  
Los cristianos los respiran,  
Y al par la muerte con ellos.

Víctimas, que aún de la espada  
No fuisteis cabal trofeo,  
Salid en hombros amigos  
De ese infausto campamento:  
Ceuta, el mar, Málaga ofrecen  
Aura que aspirar sin riesgo.  
¿Quién de ese mal los estragos  
No vio ya bajo su techo?  
¿Quién hay que por él no llore  
Madre, hijo, consorte o deudo?  
El monstruo horrible del Ganges,  
De humana sangre sediento,  
Con mayor ansia apetece  
La sangre del europeo.

Ya un cordón interminable  
De hombres y acémilas veo,  
Que por la playa arenosa  
Caminan con paso lento.  
Tristes compañeros guardan  
A sus tristes compañeros:  
Cien tumbas de prisa abiertas  
Mostrarán por dónde fueron.  
Henchidos los hospitales,  
Ceuta hace hospital el templo:  
Cruzan el piélagu quillas  
Con dolientes cargamentos.

¡Valor! ¡Valor! Ved los altos  
Chapiteles malagueños;  
Esperad: es la esperanza  
La mitad ya del remedio.  
Vítors y bendiciones

En ruidoso clamoreo,  
Las andas humildes cercan  
De los triunfantes enfermos;  
Y el soldado que angustioso  
Doblaba el lánguido cuello,  
Revive y se alza al oír  
La voz del amor del pueblo.

Tiernos brazos femeniles,  
Que hábito recata honesto,  
Posan en huecos vellones  
Al desvalido viajero.  
La ciencia y la caridad  
Auxilio le dan y aliento;  
Blando aire la madre patria  
Le hace con el manto regio,  
Y afable y majestüosa  
Las estancias recorriendo,  
Reparte la Religión  
Las palmas del sufrimiento.

Casta virgen: tú, que pasas  
La noche y el día entero  
Vigilante cuidadosa  
Del que ve el sepulcro abierto,  
Dime: de tantos dolientes  
Que hallaron en ti consuelo,  
¿Quién sufre más? ¿En quién es  
Más grande el merecimiento?  
¿Dónde está el héroe cristiano,  
De resignación modelo,

Que el valor santo del mártir  
Añade al marcial denuedo?  
Nómbrale, pues, ora ocupe  
Grado ilustre o pobre puesto:  
Siempre es alta la virtud.  
Honor merece y respeto,  
Lo mismo en noble adalid  
Que en combatiente plebeyo,  
Y que en ti y en los ministros  
De la ciencia y del Eterno,  
Que impávidos arrostráis  
Las epidemias y el hierro.

LA HERMANA DE LA CARIDAD



Yo de rodillas pedí  
El hábito en que me miras,  
Previendo ya que sus iras  
La peste probara en mí.  
A buscarla vine aquí:  
Riesgo mi vida corrió,  
Pero en nada engrandeció  
Eso mi sagrado ser;  
Cumpliendo estaba un deber,  
Y ese me le impuse yo.

El ministro del altar,  
Con impulso igual al mío,  
Fue por su libre albedrío  
Con los que van a lidiar;  
Como él, el sabio en curar  
Al campo marchó también:  
Coronas condignas den  
A su virtud y valor;  
Más hay corona mayor:  
Guardada para otra sien.

El capitán valeroso  
Que alcanza insigne victoria,  
Voluntario de la gloria  
Siguió su estandarte hermoso:  
Laurel ciña esplendoroso  
De gratitud nacional,  
Y con aplauso inmortal  
Su nombre entre todos ande,  
Aún hay corona más grande  
Guardada en este hospital.

Mira allí, entre aquellas dos,  
Que son la ciencia y la fe,  
Aquel joven que se ve  
Pronto a dar el alma a Dios,  
No fue de la gloria en pos  
Por ver un lauro en sus sienes:  
Pasaba, pobre de bienes,  
Los verdes años fugaces;  
Dijo España: « Falta me haces;»  
Y él respondió: « Aquí me tienes.»

Le hirieron hijos de Agar  
Con rabia y feroz delirio;

Por Dios padeció martirio,  
Y Él le viene a coronar.  
Óyete el nombre invocar  
Del que es de justicia sol...  
¡Mira en divino arbol  
Su rostro mortal bañado!...

EL POETA

¿Quién es ese hombre?  
LA HERMANA DE LA CARIDAD  
¡Un soldado  
Del ejército español!

Uclés 3 de marzo de 1860.

### EN LA INAUGURACIÓN DEL INSTITUTO ESPAÑOL

Cual es la criatura  
De tantas como encierra  
La doble inmensidad de mar y tierra;  
Cuál es el triste ser a quien natura  
Los dones de su amor de suerte tasa,  
Que de madrastra rigurosa y dura  
Con él parece codiciar el nombre?-  
Pródiga para todos, sólo escasa,  
Sólo injusta y cruel es para EL HOMBRE.

Le negó la firmísima pupila  
Del ave que a su antojo,  
Cerniéndose en la atmósfera tranquila,  
Examina del sol el disco rojo:  
No le armó con la planta  
Del fugitivo ciervo  
Que al viento se adelanta;  
No con la garra del león, ni dióle  
Del coloso selvático la mole:  
De nombre rey, por su impotencia siervo,  
De riesgos donde quiera  
Y enemigos sin número cercado;  
Al verle de pujanza desarmado  
Con que su ruina el infeliz estorbe,  
Mejor imaginársele pudiera  
Nacido más para manjar de fiera  
Que para dueño y árbitro del orbe.

Él es, empero, su señor. Su mano,  
Si tan débil por sí, tan desvalida,  
Con otra y otra y ciento y mil unida  
Se reviste de impulso soberano,  
Y desata el indómito torrente  
De fuerza a cuyo empuje,  
Redoblado y creciente,  
Junta la creación resiste en vano.  
Por el hombre vencido, el tigre ruge,  
Y dócil a la rienda y acicate  
Se mueve el alazán; el hombre abate  
Y ahonda el recio pino,

Y tremolando en él tirantes lonas,  
Sobre el inquieto campo cristalino  
Lanza flotante puente  
Que une entre sí las apartadas zonas:  
El trueno aterrador copia a la nube,  
Y a la tierra el volcán; en sus entrañas  
Negro polvo escondiendo,  
Lo incendia; estalla, y con bramido horrendo  
Desquicia la explosión y al cielo sube,  
Cual brizna leve de menudas cañas,  
Deshechas en ceniza las montañas.

Con la preciosa herencia  
De la anterior generación uniendo  
Su caudal todas de poder y ciencia,  
Veloz el hombre sin cesar camina  
Por ardua senda que su mano allana,  
Sediento de arribar al alto punto  
Límite del saber y dicha humana,  
Barrera entre el Eterno y su trasunto,  
Solio que al del empíreo se avecina;  
Y aquel mísero ser a quien mezquina  
Dotar nos pareció naturaleza,  
Formándole de intento  
Símbolo derisorio de flaqueza;  
Ese mismo, tan débil cuando SOLO,  
Erguida la cabeza,  
Domina EN SOCIEDAD de polo a polo;  
Y alza su omnipotente pensamiento  
Ya tan audaz el vuelo de sus alas,  
Que osa en el aire suspender escalas,  
Y amenaza asaltar el firmamento.

Así los rayos fúlgidos de Apolo,  
Que en la diáfana bóveda perdidos  
Esparcen solamente  
Blando calor, aliento del viviente,  
En el foco oprimidos  
Del espejo de Arquímedes ardiente,  
Se truecan en centella destructora,  
Que árboles, piedras y metal devora.  
Ved cuál de Siracusa  
Se agolpa en las almenas  
Muchedumbre que al mar mira confusa.

Tiembla el guerrero, su consorte llora.  
« Los bajeles,» exclaman «son aquéllos  
De Roma, de la bárbara invasora:  
Suspendidas se ven de sus entenas,  
Y prontas a cebarse en nuestros cuellos  
La vara, y la segur, y las cadenas.»-  
Un hombre el rayo de la ciencia vibra,  
Y de tiranos a su patria libra.  
Ved cómo el brazo tiende  
Con el escudo fulminante armado,  
Cuya llama voraz el aire enciende.

Paradas en su vuelo arrebatado  
Caen en polvo las marinas aves;  
Las olas hierven; las soberbias naves  
Nadante hoguera son. Hórrida grita  
Por entre el humo suena,  
Y en temerosos ecos se difunde.  
Si el romano en el mar se precipita,  
Síguele el fuego allí: la escuadra se hunde;  
Siracusa la frente alza serena  
Y adora al hombre que su ruina evita,  
Y en recia voz que el júbilo levanta,  
Su libertad y su victoria canta.

Pero triunfos sangrientos y crueles  
No son de ambicionar. Sendas de gloria  
Varias el hombre ante los ojos mira:  
Ramos en sus vergeles  
La madre de las Musas, la Memoria,  
Ramos guarda de plácidos laureles  
Para el compás, y la paleta, y lira.  
Adoradores fieles  
Somos del genio que el saber inspira,

Y a coronas pacíficas aspira  
Nuestro común afán. También recata  
La sociedad en su agitado seno  
Monstruos que al respirar vierten veneno,  
Que contamina y mata.

Crimen, error y tedio forman liga  
Contra el ínclito ser que siente y piensa:  
Torre aquí se levante de defensa  
Donde su diente vil no nos persiga.  
Aquí sus luces el saber derrame,  
Su asilo mire aquí la desventura,  
Despliegue sus encantos la hermosura,  
El ingenio se inflame,  
Y ardiendo de virtud en llama pura,  
Palpite el corazón, admire y ame.

¡Grande empresa en verdad! A darle cima  
No será nuestra fuerza poderosa;  
Pero español aliento nos anima,  
Y el mágico mirar de tanta hermosa.  
¿Quién en ignoble ociosidad reposa;  
Quién al saber no da vigilia inmensa,  
Por lograr de unos labios hechiceros,  
Escondida entre aplausos lisonjeros,  
Una tierna sonrisa en recompensa?

Obra final del Hacedor divino,  
Culto de numen la mujer merece:  
Por ella nuestra vida se embellece,  
Y enseñarnos tal vez es su destino.  
Al lanzarnos nosotros por la vía  
Que allá a la cumbre guía  
Donde bañado en resplandor descuella  
De HUMANIDAD Y CIENCIA el doble templo  
Ya en él la planta sella,  
Coronada la sien, AUGUSTA BELLA,  
Que con la voz nos llama y el ejemplo.  
De virtudes y genios reverente  
Cerco la ciñe en torno,  
Que cien guirnaldas a la regia frente  
Solícitos ofrecen por adorno,  
Colocando a sus plantas en trofeo  
Las insignias de Apeles y de Orfeo.  
Constante bienhechora  
De la grande nación que en ella adora,

También del INSTITUTO es esperanza,  
Cuando al nacer alcanza  
Que le tienda su mano protectora.

Crezca, pues, a su sombra guarecida,  
Esta que planta débil abre el suelo,  
Y riéguela el sudor de nuestro celo;  
Que día llegará que se alce erguida,  
Y en tronco agigantado convertida,  
Superior a las nubes se remonte,  
Embarazando con su verde pompa  
El ámbito del cóncavo horizonte.  
Brío mayor a la constancia nuestra  
Los obstáculos den; no haya fatiga  
De arredrarnos capaz, hasta que rompa  
Las auras con los ecos de su trompa  
Justa la fama, y diga  
Que la labor de nuestra firme diestra  
Rinde a la sociedad precioso fruto,  
Y es digno de su nombre el INSTITUTO.

1840.

La estatua de Felipe IV y el busto de don Pedro Calderón de la Barca  
hablan del Teatro Real en las siguientes décimas

#### FELIPE IV

Álzase detrás de mí  
Palacio que ilustra al dueño,  
Donde mi alcázar pequeño  
Se alzó mientras yo viví.  
Un templo delante vi  
A musa extranjera hacer:  
Quién es codicio saber,  
Y, en estatua, como vivo,  
Del despacho fugitivo,  
En busca voy del placer.

Ignoro qué ingenios son  
Los que esa fachada muestra...  
Mas no; que arriba, a mi diestra,  
Descúbrese Calderón.

Dime tú, insigne varón,  
Que en el curvo ático estás,  
¿Qué drama, qué musa más  
Nuevos en Madrid admiro,  
Que allá en nuestro Buen Retiro  
No penetraron jamás?

## CALDERÓN

Apurar, señor, pretendo,  
Ya que preguntáis así,  
Lo que supe desde aquí,  
Sólo callando y oyendo.  
Y en verdad que no comprendo  
Cómo entre duda afanosa,  
Nueva y peregrina cosa  
La ópera se os figuró,  
Después de escribiros yo  
La púrpura de la rosa.

Fábula cantada fue  
Aquella célebre fiesta;  
Fábula cantada es ésta,  
Con arte mayor a fe.  
Yo en mi romance canté;  
Mas hoy de Oriente al Ocaso  
Proclama el Dios del Parnaso,  
En toda su monarquía,  
Lengua de la melodía  
La dulce lengua del Tasso.

Pero aunque lo diga el sol,  
Y aunque yo me oponga solo,  
Sostengo que el buen Apolo  
No ha estudiado el español.  
Más claro que su arrebol  
Haré ver que excede acaso  
El habla de Garcilaso  
A todas en variedad,  
En fuerza y en majestad...  
Pero esto no viene al caso.

Ved un teatro, señor,  
Donde el músico poema  
Su poder junta y extrema

Y magnífico esplendor.  
Aquí uno y otro cantor,  
Coronados de laurel,  
Símbolo glorioso y fiel  
De triunfos bien adquiridos,  
Hechizarán los oídos  
De la corte de Isabel.

Coliseo de ancho foro  
Y magnífica platea,  
Do quier deslumbra y recrea  
Con luz, mármol, seda y oro.  
Será de Madrid decoro  
Y digno del nombre Real.  
Tendrá nuestra capital,  
Más grande ya, rica y bella,  
Un teatro único en ella,  
Y en el mundo principal.

#### FELIPE IV

Con singular alegría  
Tu relación escuché:  
Por lo que a la escena honré,  
Honra me dan todavía.  
La española bizarría  
Celebro, de levantar  
Un templo donde hospedar  
La musa extraña primero:  
Bien sé yo que al forastero  
Se debe el mejor lugar.

Mas, cuidado, que si pasa  
A dominio el hospedaje,  
Quizá en daño y en ultraje  
Cederá de los de casa.  
Aún de cólera me abrasa  
La queja poco leal  
De aquel Téllez infernal  
Que dijo con necio engaño:  
«Madrid halaga al extraño,  
Y al hijo le trata mal.»

#### CALDERÓN



No temáis, señor, así;  
A todo alcanza la mano  
Donde el cetro castellano  
Resplandece frente a mí.  
Por algo me han puesto aquí:  
El sol amanece ya,  
Que artes, ciencias, cuanto da  
Timbres a España y valor,  
Con su rayo bienhechor  
Vívido fecundará.

1850.

#### EN LA INAUGURACIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE AGRICULTURA

Al rico y al pordiosero,  
A la hermosa y al galán,  
Sustento y abrigo dan  
Labrador y ganadero.  
Del redil y del granero  
El tesoro bienhechor  
Esparce en su alrededor  
Raudal de vida fecundo:  
Son providencia del mundo  
Ganadero y labrador.

¿Por qué mirar con desdén  
Al que arte profesa tal?  
-Por ser estimado mal  
Quien vende barato el bien.  
-Pero tus quejas detén,  
Clase abatida hasta aquí:  
De haberte olvidado así  
Nuestra patria se avergüenza,  
Y hoy con ventaja comienza  
La justicia para ti.

Hoy del polvo te alzarás  
En que tu humildad yacía;  
Mas también desde este día  
De ti España exige más.  
Con la ciencia adornarás  
Tus usos de antigua fecha;

Mire el que siembra y barbecha  
Que está ya bien demostrado  
Que juntos libro y arado  
Multiplican la cosecha.

Prueba ofrecerá segura,  
Que tanta verdad abone,  
La campiña ésta, en que pone  
Su trono la Agricultura.  
Cual rompe la nube oscura  
Vívido el rayo del sol,  
Matizando su arrebol  
Ardua cima y honda cuenca,  
Radiará de La Flamenca  
Bien para el suelo español.

En él la divina mano,  
Que hoy se nos retira escasa,  
La copa vertió sin tasa  
De su favor soberano.  
Clima feliz, rubio grano,  
Frutos con dulce sazón,  
Reses de fardo y timón,  
Reses de aprisco y de guerra,  
Dote de la hispana tierra  
Fueron siempre y aún lo son.

Hágase un día valer  
Esta abundancia sin par:  
Tener y no aprovechar  
Equivale a no tener.  
Bebió del Guadiana ayer  
La oveja, cuyo vellón  
Hoy en distante región  
Hace rico al hábil dueño:  
¡Logre el pastor extremeño  
Lo que ha logrado el sajón!

Ostenta con ufanía  
Su célebre vino el Rhin:  
Es fuerza que tenga fin  
Esa injusta nombradía.  
Las cepas de Andalucía  
Rinden jugo superior:  
Adelgazad su vigor,  
Traiga sin riesgo el placer;

Echadle un poco a perder,  
Se le tendrá por mejor.

Más trabajo os costará  
Del bruto amansar la casta,  
Que espanto, al bajar el asta,  
Al león de África da.  
Víctimas reciba ya  
Más pingües el matadero,  
Y el yugo del carretero  
Más altas cervices ate:  
No es de sentir, si combate,  
Que no peligre el torero.

Principios ciertos y claros  
Vais a difundir, señores;  
Pero a luchar con errores  
Necesitáis prepararos.  
Por ignorantes reparos  
No os dejéis alucinar;  
Formad en particular  
Empeño de convertir  
Al que no deja vivir  
Ni arboleda ni tallar.

Por librar de merma el trigo  
Echa el incauto en las llamas  
El álamo, cuyas ramas  
Dieron al gorrión abrigo.  
Mas al voraz enemigo  
Verá en su techo anidar.  
Sobra en España lugar  
Para selva y para mies:  
Yermarla de árboles es  
Agua a las fuentes robar.

Sin ellas mueren los prados,  
Que dan al ganado vida,  
Y es la labranza perdida:  
No hay labranza sin ganados.  
A cabañas y sembrados,  
Al colmenar y al vergel  
Llevad con examen fiel  
Cuanta mejora es precisa.  
Marcha hoy el saber aprisa:  
Marchad a la par con él.

En su estado natural  
Produce el espino adusto  
Mezquina baya sin gusto,  
Que ni aun la pica el zorzal.  
Injertadle con peral,  
Y el fruto mejor tendréis.  
Alumnos, esto hallaréis,  
Si a la rústica experiencia  
Vástagos nobles de ciencia  
Con tino aplicar sabéis.

Y la patria os deberá  
Su más preciado tesoro.  
Que busque el minero el oro:  
Con el oro os buscará.  
Y cuando vuelvan acá  
Los que hoy nuestro suelo ven,  
Y justa alabanza den  
Al claro cielo de España,  
Clamen con sorpresa extraña:  
«Su campo es cielo también.»

Y cuando quiera el viajero  
Saber quién pudo tornar  
Granja hermosa el tomillar,  
La ciénaga abrevadero,  
Un nombre dirá el vivero,  
Otro el taller de la miel,  
Otro el guía del corcel  
Recio, gallardo y veloz;  
Y España en sola una voz  
El de la augusta ISABEL.

Leída en La Flamenca, el día 28 de septiembre de 1856.

### LAS TRES BELLEZAS

VERSOS PARA LA PRIMERA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS A LA VIRTUD,  
CELEBRADA EN MADRID.

Dijo en el Pindo un pastor  
A las hermosas de allí  
«Bellezas, venid a mí:

Quiero cantar la mayor.»

Tres solas fueron al juez  
Por la vega ancha florida:  
La competencia del Ida  
Principió segunda vez.

Llegársele, ya intranquilo,  
Vio el pastor a la primera:  
Tesoro de encantos era,  
Viviente Venus de Milo.

Naturaleza, empeñada  
En su más difícil obra,  
Cien gracias le dio de sobra,  
La del pudor no sobrada.

Ella, el ligero cendal  
De los hombros derribando,  
«Soy (dijo con eco blando)  
La Belleza corporal.»

«De amor, al verte, se inunda  
(Repuso el juez) valle y monte:  
Ven, y a mi derecha ponte;  
Llega la beldad segunda.»

Con laurel se coronaba,  
Y un sol en su frente ardía:  
La primera seducía,  
La segunda arrebatava.

«Hija del Numen Ismenio  
(Prorrumpió), su lauro doy.  
Cántame sola: yo soy  
La Belleza del ingenio.»

Sintió el pastor dentro en sí  
Fuego inspirador.-«¡Oh! ven.  
Ponte a mi diestra. Mas ¿quién  
Viene al certamen tras ti?»

Con tímido paso lento  
Caminaba la postrera,  
Corno si allí la trajera  
Resistido mandamiento,

Y no avezada a salir  
Nunca de su pobre hogar,  
Quisiera el valle cruzar,  
Excusando el competir.

La envolvían hasta el suelo  
Pliegues de un manto de lino:  
Rasgos de rostro divino  
Dejaba entrever el velo;

Y de su andar al rumor,  
Entre las auras movidas,  
Harpa y flores escondidas  
Música daban y olor,

Que la razón natural  
Creía, sin más aviso,  
Fragancia de Paraíso  
Y ecos de harpa celestial.

«Tú eres la beldad sin tilde  
(Clamó el pastor); alza el manto.»  
Bajos los ojos en tanto,  
Callaba la hermosa humilde.

Tras un momento de calma,  
Dijo en los aires expresa  
La voz de un arcángel: «Esa  
Es la Belleza del alma.

»Con viva solicitud  
Conságrale ofrenda pura:  
No hay en el mundo hermosura  
Más grande que la virtud.»

Asió el pastor anhelante  
Del velo a la hermosa en vano:  
Con él se quedó en la mano,  
Con blanca niebla delante.

Y en las célicas regiones  
La voz añadió: «Mortal,  
De la Belleza moral  
Se juzga por las acciones.»

Y la niebla se aclaró,  
Y, en el fondo de un vergel,  
España, la de Isabel,  
Al zagal apareció.

Con su corazón a solas,  
Que ardor patriótico inflama,  
Vio pasar en panorama  
Cien virtudes españolas.

El silencio en que han yacido  
Su alto valor constituye:  
Son el Guadiana, que fluye  
Bajo la tierra sin ruido.

El heroísmo tal vez  
Más digno de admiración  
Queda oculto en un rincón  
Sin testigos y sin juez.

Mas viva en tiniebla densa  
Quien el bien haciendo vive:  
Lo sabe quien lo recibe,  
Y Dios que lo recompensa.

Vio el pastor en su lugar  
Lo que hoy nuestros ojos ven.  
Ya quiere España también  
La virtud recompensar.

Allí del falaz Apolo  
Arroja el cantor la lira:  
Ya mente y labios le inspira  
Puro sentimiento solo.

Él quiso dar un laurel  
Y hay ciento aquí prevenidos:  
Oigamos con sus oídos,  
Viendo y sintiendo con él.

La virtud se ofendería  
Si en épica voz se oyera:  
Su gala es ser verdadera,  
Y el rubor su poesía.

Contemplad ¡cuán a deshora

Esa doncella trabaja,  
Entre luz trémula y baja  
Y el rosicler de la aurora!

-¿Cuándo al reposo te entregas,  
Josefa? Va a amanecer.»  
-«¡Ay! tengo que mantener  
Mi madre y mi hermana ciegas.»

-«Amalia, dame tu mano;  
Tu amor con tu mano pido.»  
-«Son de mi padre impedido,  
Mi anciana madre y mi hermano.»

-«En este claustro hallarán  
Fin tus anhelos, María.»  
-«Mi ama se quedaría,  
Si yo la dejo, sin pan.

«Inseparables las dos,  
De aquel propósito cedo:  
Sierva del mundo me quedo  
por el servicio de Dios.»

-«Niño, por fin te curé;  
Mas tienes que abandonar  
Tu ejercicio militar.»  
«Mi madre pierde mi pre.»

-Mirad esa, a quien dejó  
La razón sin un destello,  
Feroz agarrarse al cuello  
De aquélla de quien nació.

Persigue con furia igual  
A su hermana otra demente.  
«¡Afuera! grita la gente.  
Los locos a su hospital.»

-¡Mi hija! ¡Mi hermana! Yo  
La tendré lejos de mí,  
Después de mi muerte sí,  
Durante mi vida no.

«Sólo las fuerzas apoca  
De mi larga resistencia



La lucha con la indigencia,  
No el reluchar con la loca.»

Mas ¿qué desgraciado clama?  
Cuatro anegándose están:  
Triunfantes bramando van  
El Tajuña y el Jarama.

«Ya la ropa me descño.  
¡Ánimo! no hay que temer.»  
¡Acudid a esa mujer  
Que tiene en brazos un niño!

¡Envía, Dios que lo ves,  
Libertador oportuno!  
Para los dos hubo uno;  
Para hijo y madre hubo tres.

De tu solio a manos llenas  
Vierte, Señor, bendiciones  
Sobre tantos corazones  
Con sangre santa en las venas.

No ha muerto aún, ya se ha visto  
Con gozosa maravilla;  
No ha muerto aún la semilla  
Que echó en el Gólgota Cristo.

Poniendo a los vicios dique,  
Premiando el ejemplo bueno,  
Se hará que en el buen terreno  
Más la virtud fructifique.

Sociedad, que al bien caminas,  
Cuando así le galardonas,  
Valen mucho esas coronas  
Que cubren otras de espinas.

Regia mano las ciñó  
Y adquieren más precio ya.  
¡Feliz quien el premio da!  
¡Bendito quien le ganó!

CON MOTIVO DE PONER S. M. LA REINA (Q. D. G.) LA PRIMERA PIEDRA

## DEL EDIFICIO DESTINADO A MUSEOS NACIONALES Y BIBLIOTECA

No hay magnífico señor,  
Ni humilde trabajador,  
Que a veces no necesite  
De un amigo que le quite  
Duda, pena o mal humor.

No hay sabio tan engreído,  
Que de atender se desdeñe  
A quien, por él escogido,  
En cualquier tiempo le enseñe  
De balde, y solo, y sin ruido.

No hay pecador pertinaz,  
Que se rebele al consejo  
De quien, hablándole en paz,  
Le mire sin entrecejo,  
Inalterable la faz.

Este amigo, útil y fiel,  
Que instruye, refiere y pinta,  
Vestido gasta de piel,  
Es mudo, y habla en papel,  
Y señas hace de tinta.

Hay alguno que, traidor,  
En cáliz engañador  
Ofrece mortal veneno;  
Pero entre ellos, uno bueno  
Es el amigo mejor.

Éste, que gusta de dar  
Lección, y que no nos cueste,  
Es el libro: hay un lugar  
En que prefiere habitar,  
Y una biblioteca es éste.

Después que el hierro colgó,  
Ya ganada en recia lid  
La corona que heredó,  
Una Biblioteca dio  
Felipe quinto a Madrid.

Hoy Madrid, harto distinto  
Del que Felipe veía,

No cabe ya en su recinto,  
Ni en sí aquella librería  
Que fue de Felipe quinto.

Pantoja en la Trinidad  
Clama que tiene sin luz  
Sus cuadros, y es la verdad:  
Halle por la Cruz piedad  
Juan Pantoja de la Cruz.

La gran ISABEL deseos  
Tenidos por devaneos  
Hoy en realidades trueca:  
Nacen aquí dos Museos,  
Renace una Biblioteca.

Tu nombre, Señora, lleve,  
Cruzando el espacio leve,  
La Fama por todas partes:  
¡Bien haya quien a las Artes  
Da el templo que se les debe!

¡Bien haya la gran nación,  
Que sabe en digna ocasión  
Cambiar con alta cordura  
Tesoro sin duración  
Por otro que siempre dura!

Lo que por tantos es hecho  
Con largueza meritoria,  
Concede a todos derecho  
A la parte del provecho  
Y a la parte de la gloria.

En las grandes condiciones  
De la humana sociedad,  
Para adquirir sus blasones,  
La gloria es necesidad,  
Es vida de las naciones.

Y las glorias nacionales  
Piden la magnificencia  
De alcázares, en los cuales  
Tengan el Arte y la Ciencia  
Sus pródidos arsenales.

A la fuente perenal  
Un pueblo acude a beber,  
Y no agota el manantial:  
Fuente hay que presta saber,  
Sin merma de su caudal.

Ya por los anchos salones  
Del edificio futuro  
Me llevan mis ilusiones:  
Damas en él y varones  
Aquí y allá me figuro.

Los unos en marcha lenta  
Viendo van y conversando;  
El observador se sienta,  
Y un joven allí copiando  
Colora un lienzo que alienta.

¿Quién sabe si ese mancebo,  
De exterior grave y sencillo,  
Vendrá en dichoso relevo  
A ser segundo Murillo,  
Ribera o Velázquez nuevo?

¿Quién sabe si de esos dos,  
Que el uno del otro en pos,  
Lugar buscan oportuno,  
Voz de Clío será el uno  
Y el otro lengua de Dios?

Fija en un disco la lente  
Aquél, y descubre sabio  
Luz que las sombras ahuyente,  
Con que a la verdad latente  
Fatal error hizo agravio.

Aquél, que de golpe cierra  
Su libro y de allí se va,  
Nuevo Arquímedes quizá,  
Quiere en peso alzar la tierra,  
Y dio con el punto ya.

¡Oh tú, en cuyo paralelo  
No puede ponerse nombre!  
¡Oh tú, bendito del Cielo,  
Que supiste asir al vuelo

El son de la voz del hombre!

Tú inmóvil y permanente  
La hiciste de fugitiva,  
Y del tiempo en la corriente,  
Columna blanca valiente,  
¡Se alza entre naufragios viva!

Por ti el pensamiento vario  
De una y mil generaciones  
Encontró depositario;  
Por ti formó de sus dones  
La Ciencia inmortal erario.

Por el libro nuestra edad  
Con diadema se engalana  
Que labró la antigüedad;  
Y un libro será mañana  
La ley de la humanidad.

Nunca sin alto loor  
Y gratitud infinita  
Se nombre al Genio inventor,  
Que al dar la palabra escrita,  
Hizo al mundo el bien mayor.

Con ella un pueblo educado  
Aquí... ¡Oh falaces quimeras!  
¡Oh ilusión! Sólo he quedado  
En un arenal cercado  
De mástiles y banderas.

Prematuro es el contento  
Del corazón anhelante:  
Principio tiene el asiento  
Del palacio del talento...  
Miro el fin... ¡ay! ¡cuán distante!

La flaca voz enfermiza,  
Que este día solemniza,  
Muda en el otro será;  
Mas donde esté mi ceniza,  
Saltos de gozo dará.

Madrid 5 de mayo de 1866.

## AL SALVADOR EN LA CRUZ

(Canción para música)

Quien dio la vida al ciego,  
Quien dio la voz al mudo,  
Quien vida nueva pudo  
A Lázaro infundir,

Hoy pende de un madero,  
Y espira escarnecido  
Del pueblo fermentado  
Que viene a redimir.

Quebrántase la roca;  
Sin luz se queda el cielo;  
Retiembla, roto el velo,  
El arca del Señor;

Y al ver los querubines  
La cruz que los aterra,  
Dirigen a la tierra  
Miradas de furor.

-«La sangre que han vertido  
Los clavos y la lanza,  
Pidiendo está venganza:  
Dejádnosla tomar.

»Descienda nuestro rayo,  
Y que haga furibundo  
Cenizas ese mundo  
Rebelde sin cesar.»-

En tanto que al Eterno,  
Inmóvil en su trono,  
Acusa de abandono  
La hueste de Miguel,

Bendicen el arcano  
De amor ardiente lleno  
Los justos en el seno  
Del padre de Israel.

Que ya de su ventura  
Llegó por fin el día,  
Y al Hijo de María  
Unidos volarán;

Dejando el Paraíso  
La víctima inocente  
Abierto al descendiente  
Del ya feliz Adán.

- - -

Pero si hoy en patíbulo espira,  
Juez vendrá severísimo luego,  
Más terrible entre nubes de fuego  
Que en su cima le vio Sinaí.

¡Ay entonces del que haya perdido  
De la gracia el divino tesoro!-  
Yo, Señor, tus piedades imploro;  
Yo pequé: ¡desgraciado de mí!

#### A NUESTRA SEÑORA EN LA TRASLACIÓN DE SU IMAGEN DE LA FUENCISLA A SU SANTUARIO

Salve, Reina poderosa  
De los hombres y del cielo,  
Templo de oro, blanca rosa,  
Fuente viva de consuelo  
Para el triste pecador.  
Salve, tú que a la serpiente  
Que rindió nuestra flaqueza  
Quebrantástele la frente;  
Salve, espejo de pureza,  
Virgen madre del Señor.

Como el sol que el orbe dora,  
Sin descanso tú repartes  
Del ocaso hasta la aurora  
Tu piedad en todas partes  
Con desvelo maternal.  
Y a tus pies hoy reunido  
Todo el pueblo segoviano,  
Las mercedes que ha debido  
Al Eterno por tu mano  
Agradécete leal.

Cuando airado el Juez tremendo  
En la tierra nos aísla  
Con los males combatiendo  
¡Madre nuestra de Fuencisla!  
Nuestros ayes van a ti.  
Que es tu seno de ternura  
Rico vaso que recoge  
Nuestro llanto y le depura;  
Y así Dios el ruego acoge  
Que ofendíerale sin ti.

Levantó su voz la guerra  
Por los ámbitos de España,  
Y amagó dejar la tierra  
Plaga horrible con su saña  
En total devastación.

Suspirando, al templo sacro  
A implorar tu gracia fuimos,  
Y a tu augusto simulacro  
Con el luto le vestimos  
Que llevaba el corazón.

Y al Altísimo aplacaron  
Tas plegarias, Virgen pía,  
Y las tumbas se cerraron  
Que la peste cada día  
Ensanchaba más tenaz.  
Y cesó la lucha horrenda,  
Más terrible que la peste,  
Y los gritos de contienda  
Resarció el favor celeste  
Con los himnos a la paz.

Muda ya la fiera trompa  
Que sonaba con espanto,  
Da Segovia en esta pompa  
Y en la gala de tu manto  
Grato indicio de su fe.  
Signo es doble, Madre nuestra,  
De salud por ti alcanzada,  
Y a la par también demuestra  
Que de España desterrada  
La discordia al fin se ve.



Brillen, pues, los rayos puros  
Del clarísimo lucero,  
Que al salir de nuestros muros  
Testifica al mundo entero  
Tu dichosa traslación;  
Y hagan hoy sus tornasoles,  
Por influjo soberano,  
Desde aquí a los españoles  
Ser un pueblo todo hermano,  
Más familia que nación.

Y esta España, cuyo aliento  
Se dignó el saber profundo  
Elegir por instrumento  
Que rindiera medio mundo  
A la cruz del Salvador;  
Logre ser ¡oh Virgen pura!  
Por lo fiel que te venera,  
La nación de más ventura,  
Ya que ha sido la primera  
En virtudes y valor.

#### AL BUSTO DE MI ESPOSA

Imagen de mi adorada  
Consuelo de mi dolor,  
Única prenda salvada  
Del naufragio de mi amor,

¿Por qué clavados están  
Siempre mis ojos en ti,  
Si jamás en ti verán  
A la hermosa que perdí?

¿Dónde el fuego de sus ojos  
Me ha conservado el cincel;  
¿Dónde los matices rojos  
De su labio de clavel?

Mas ¿pudo quedar cautiva  
En piedra, tela o metal  
Su belleza fugitiva,  
Su mirada angelical?

Naturaleza, al formarte,  
Ídolo del alma mía,  
Quiso luchar con el arte  
Que en imitarla porfía;

Y dijo con altivez  
Después que en ti se miró:  
«Que venga el hombre esta vez  
A copiar lo que hice yo.»

Triunfabas, naturaleza,  
Y triunfas en mi memoria;  
Pero ¡con qué ligereza  
Renunciaste la victoria!

Polvo ya la criatura  
Donde brilló tu poder,  
No tiene esa piedra dura  
Competencias que temer.

Diestro, escritor, anduviste;  
Disculpa mi loco error:  
No hay en la boca del triste  
Sino acentos de rigor.

¿Qué dejaras por hacer  
Al que rige las esferas,  
Si tú una piedra pudieras  
Trocar en una mujer?

Debiera yo comprenderte,  
Y en ese mármol fatal  
Ver el triste material  
De las urnas de la muerte.

Memorias de destrucción  
Graba en él la humanidad:  
¡Era fatídico el don,  
Escultor, de tu amistad!

Yerta me representaste  
La faz del bien de mi vida:  
¡Pronto la vi convertida  
En el mármol que labraste!

Como él encontré de frío

Su labio cárdeno y mudo,  
La única vez que no pudo  
Responder al labio mío.

¡Cuántas veces, dulce dueño,  
Turbó con su huella ardiente  
La dulzura de tu sueño  
El beso que di en tu frente!

Mas no te pudo arrancar  
De aquel letargo profundo:  
De él sólo has de despertar  
Al ay de muerte del mundo.

¡Qué condición miserable!  
¡Cuánta es del hombre la mengua!  
¡Tener un ángel que le hable,  
Y no comprender su lengua!

Aquella noche postrera,  
Bien mío, de tu vivir,  
Tú me hablabas placentera  
De un dichoso porvenir.

En tu semblante lucía  
Profética inspiración:  
Era tu hablar de alegría,  
Y era lúgubre su son.

¡Cerca de la dicha estabas!  
¡No fue el presagio falaz!  
Poco después habitabas  
Las regiones de la paz.

Como antorcha moribunda  
Tal vez aviva su fuego,  
Y el aire de luz inunda,  
Y en sombrase abisma luego;

Así aureola brillante  
De esperanza y juventud  
Te ciñó por un instante,  
Palpando ya el ataúd.

Fugaz relámpago aquél  
De dicha para los dos:

Todo fue ternura en él,  
porque era el último adiós.

Así nos viene a halagar  
Con su plácido arrebol,  
Y se hace más bello el sol  
Al sepultarse en el mar.

Leía en tu languidez  
La muerte su triunfo vil,  
Viendo tu rosada tez  
Vuelta en pálido marfil.

Bella y fuerte de improviso,  
Venturas te prometías...  
-Era que abrir te veías  
Las puertas del Paraíso.

Tal te miro en ilusión,  
Que en mi despecho me arredra,  
Muchas veces en la piedra  
Que te retrata en borrón.

Que allá en las horas de calma  
Vestidas de obscuridad,  
En que misterios al alma  
Revela la eternidad;

Si tu imagen se estremece  
Cuando el viento ronco zumba,  
Que levantas me parece  
La cabeza de la tumba.

Luz que de purpúrea tinta  
Se reviste, porque pasa  
Por pliegues de roja gasa,  
Tu bulto cándido pinta;

Y sus rayos se despuntan  
En el cristal, que es el velo,  
De tu semblanza de hielo,  
Y resbalan y se juntan;

Y ornan la impasible sien  
Con diadema esplendorosa,  
Cual la que tu frente hermosa

Lleva junto al Sumo Bien.

La piedra entonces se mueve,  
Se reaniman tus luceros:  
Ya coral en vez de nieve  
Son tus labios hechiceros:

Y eres tú, la misma, aquélla  
Que yo delirante amé,  
La que mi vida, mi estrella,  
Mi cielo en la tierra fue.

Tú, mi angélica MARÍA,  
Tan bella como te vi,  
Tan llena de amor, el día  
Que diste el modesto sí.

De tus labios el consuelo  
Nace entre sonrisa pura,  
Tu frente exhala ventura,  
Derraman tus ojos cielo.

Buscando tus brazos voy,  
Ciego a la luz con que brillas:  
Adórote de rodillas,  
Y vienes a donde estoy.

Tu ósculo me hace sentir  
Tu inefable ser divino,  
Y de su encierro mezquino  
Tras ti el alma quiere huir.

Con tu diestra la detienes,  
Y batiendo blancas alas,  
Vuelas ¡ay! y me señalas  
La mansión de donde vienes.  
Y en tu rápido volar  
Despidiéndote de mí  
Te paras a pronunciar  
Un espera y un allí.

Y en el espacio azulado  
Luego mis ojos no ven  
Más que un iris empapado  
En fragancias del Edén.

Disipada la visión,  
Cobras la forma glacial,  
Mas dejas al corazón  
Esperanza celestial.

Que el hombre que a poseer  
Llegó entre delicias mil  
Un puro angélico ser  
En un cuerpo femenil,

En el valle del dolor  
Querer sólo puede ya  
Unirse pronto a su amor  
En el cielo donde está.

#### UN ENFERMO A UN VASO DE AGUA

Un vaso de agua. -¡Oh placer!  
¡Qué ardiente sed satisfago!  
Quiero, bebido este trago,  
Pararme a sentir y a ver.  
Fiel el vaso al parecer,  
Del don que ofrece se engríe;  
Y tú, donde el bien sonrío  
Al mustio labio anhelante,  
Purísimo eres diamante  
Que el dedo de Dios deslíe.

Si tu caudal fuera escaso;  
Si el ser yo tu posesor  
Me costara tu valor,  
¿Con qué pagara este vaso?  
Mas tú te brindas al paso  
En aire, en muros, en suelo;  
Y el hombre, libre de anhelo,  
Olvida, en la posesión,  
Que un vaso de agua es un don  
Preciosísimo del cielo.

Milagrosa obras en mí,  
Desde que tu néctar libo:  
Con otro aliento revivo,  
Regenerado por ti.  
De lucha en que me rendí,

Me levanto vencedor;  
En mi espíritu y humor  
Paz de oración blanda cae:  
¡Bien haya sed que me trae  
Un bien que me hace mejor!

Ciencia, que en clara doctrina  
Los componentes me prestas,  
Mientras tú los manifiestas,  
Yo adoro al que los combina.  
A luz para mí divina,  
Quiere mi credulidad  
Ver hasta la saciedad,  
Agua, en tu naturaleza,  
Las gracias de la pureza,  
La imagen de la verdad.

Como siempre algún dolor  
Ha de ir al placer unido,  
Lanzo de pronto un quejido  
En mi júbilo mayor.  
Después que con tal favor  
Vida me vienes a dar,  
Tú, que corres sin cesar,  
¡Dulce fuente, néctar mío!  
¿Te ha de viciar turbio el río,  
Salobre y amargo el mar?

«Alta ley cumplo, inmutable  
(Me respondes): limpio llego  
Al río, y allí me entrego,  
De mí en todo irresponsable.  
Ni manos tengo ni cable,  
Ni de pararme intención,  
Ni pérdida de sazón  
Mi sosiego sobresalta;  
Pureza nunca me falta  
Para mi dulce misión.»

Purezas, que la merced  
Mayor del cielo formáis,  
Yen el hombre suscitáis  
Viva, devorante sed,  
Castas, cautas, retened  
El don de más celsitud;  
Rechazad solicitud,

Que su lealtad no acrisola:  
Sed habéis de apagar sola  
De labios de la virtud.

1875.

## A JUAN, SU PÍCARA MEMORIA

ELLA

Con luz harto macilenta  
El día se te presenta  
De ti anhelado y temido.  
Septiembre, seis, ha venido:  
Cumple hoy, Juan, los setenta.

No abundan por acá mucho  
Compañeros de tu edad:  
Pasado, más que machucho,  
Te veo, y oír te escucho  
Tranquilo la novedad.

Pero aunque hagas poco caso  
De un anuncio de esta suerte,  
Torpe ya tu cuerpo y laso,  
Mal en tu trémulo paso,  
Mal se ve para moverte.

Renqueando por las calles,  
Si a conocidos que te halles  
Saludas cuando los ves,  
Por más que entre ti batalles,  
Dices luego: «Ése, ¿quién es?»

Con flema, tal vez escasa,  
Temes respondan quizá:  
«Ya todo a usted se le pasa:  
¡Si es don Fulano, que en casa  
Estuvo anteayer, papá!»

Su poquillo te contrista,  
No como satisfactoria,  
La tal respuesta imprevista,  
Que dice cuál es tu vista,



Y cuál también tu memoria.

Das en errores extraños  
A tiempos, como esta vez,  
Del tuyo son estos daños,  
Del tuyo son desengaños.  
Mal sin cura es la vejez.

No eres ya el chico del día  
Tantos de abril (abril era),  
Cuando por la vez primera  
Diste la mano a María  
Para subir la escalera.

ÉL

No los goces me recuerdes  
De remotos años verdes;  
Libro fueron que rasgué.  
Rasgas mi seno y le muerdes,  
Tú, sierpe hoy, la que ángel fue.

Penas entonces de un modo  
Y de otro asaltarme vi;  
Luchaba empero, y vencí.  
Con amor se vence todo,  
Y amor y más hubo en mí.

Esperando la bonanza,  
Yo al turbión le sonreía,  
Con la serena osadía  
Del que males desafía  
Escudado en la esperanza.

La suya cumplida ve,  
Por fin, con delicia inmensa;  
Dios al cabo recompensa  
Al que opone por defensa,  
Con el infortunio, fe.

Mil veces en mi interior  
Me dije: «No lo mereces,  
Y Dios te da su favor,  
Mostrándotelo con creces  
Junto al lecho del dolor.»

En él mi esposa yacía;  
En él suplicaba fiel;  
-Yo con ella. -Y escribía  
Los Amantes de Teruel.

Allí guardo algún acento  
Que exhaló doliente y frío  
El labio del sufrimiento;  
De allí el arrepentimiento  
Me hizo arrancar algo mío.

ELLA

Pues hoy debes repetir  
Ese que es digno ejemplar,  
Y lo bueno dilatar:  
Circunscríbete a rezar,  
Y déjate de escribir.

Tu cabeza de contino  
Te da cien chascos al día:  
Tras afanosa porfía,  
Sales con un desatino  
Para que el mundo se ría.

Capricho terco avasalla  
Tu mente donde él preside,  
y opone a tus miras valla.  
¿Quieres que el mundo te olvide?  
Olvida primero y calla.

Fiel destello de razón  
Te infunda la reflexión,  
De que en silencio completo,  
Ganarás, si no respeto,  
Títulos a compasión.

Hombre a la razón sumiso,  
Cumplir el común aviso  
Debe cauto, al malearse.  
Entonces es ya preciso...

ÉL

Conocerse y anularse.

1876.

## LA REINA DOÑA ISABEL II EN LA DECLARACIÓN DE SU MAYORÍA

(Coplas en castellano antiguo)

Ley mal aguisada, traída de allende,  
Vedaba á la fembra sobir al dosel:  
Tú nascas, y en brazos Castilla te prende,  
É grita Castilla: «Que regne Isabel.»

Lid muévenos dura tu avieso cormano:  
Lid foé que de sangre la tierra fartó;  
Clamaba moriendo el fiel castellano:  
«Que regne Isabela; mi vida le dó.»

Asaz perezoso el tiempo venía,  
Non daban á España sus males vagar:  
Vos recia por ende levántase un día  
Diciendo a Isabela: « Comienza á regnar.»

Sabroso es oirse nombrar soberana,  
Non bien de la infanza salvando el confín;  
Sabor há tu sceptro de poma temprana,  
Que amagos de robo sofrió en el iardin.

Ya, pues, que en el trono te ves regidera  
É finca en tu mano la nuesa salud,  
De ti generosas albricias espera  
La gen que á fablarte sus cuitas acud.

Sey tú como el iris que en lúcida comba  
Señal de amistanza del cielo nos faz;  
Sey tú como aquella bendita palomba,  
Que troxo en el bico la oliva de paz.

Muy más que el acero de innúmera hueste  
Que fiere cervices de indómita grey,  
Muy más puede un labio con riso celeste  
Diciendo entre hermanos: «Concordia teney.»

Catar te conviene non yaga en oprobio  
La fe, nin los buenos que lievan su vos:  
Non membre afambrida allá en el cenobio

La casta sorora, la esposa de Dios.

Bien es que cuidosa tu regia auctoricia  
Mantengas exenta de mengua é revés;  
Mas seya delante de tu alta iosticia  
Igual del fidalgo el pobre burgués.

E síguese dende que débese pura  
Servar la ordenanza del fuero común:  
Franquicias donadas por ley é natura  
Non leixes que tengan desmedro ningún.

Farán en España firmísimo asiento  
La paz, abundancia é iúbilo ansí;  
É todo del tuyo sagaz regimiento,  
É todo, señora, vendranos de ti.

Estonce, al trabaio entrando cobdicia,  
Verás bienandante la puebla crescer,  
Trabaio que luce contenta é desvicia,  
Da pan á la boca, virtudes al cuer.

Estonce los yermos agora cerriles,  
Do apenas la bestia el paso conduz,  
De acuáticas vías, de férreos carriles  
Veránse do quiera taiados en cruz.

Estonce, de fructos con rico tesoro  
Bogante la nao de ardid mercader,  
Trayranos en trueque de América el oro,  
Que hoy ya non es nueso, mas fuéralo ayer.

Estonce (é tal día ¡que non seya lueñe!)  
Granada en dotrinas, haberes é honor,  
Alzarse veremos la nueva progeñe,  
Que torne á la España su antigo splendor.

Progeñe que inore los odios villanos,  
Causantes agora contino desmán,  
Progeñe en que todos se embracen hermanos,  
Legítima prole del Cid é Guzmán.

¡Oh! mueva de prerlo el tiempo su ruda  
É á nos, que nascimos á mala sazón,  
Catar las primicias la suerta conceda,  
Del sino que atiende la nuesa nación.

Que veyá, primero que el pie se le hunda,  
El vicio cercano del negro lindel,  
Que veyá en España por esta Segunda  
El siglo de aquella primera Isabel.

É sí: verá un pueblo sesudo, valiente,  
Que en torno á su Reygna bendizla é le diz:  
«Tú noble, tú libre, tú sabia é potente,  
Tú, en fin, á tu patria ficiste feliz.»

1843.

#### AL SABER LA NOTICIA DE LA MUERTE DE S.M.

La triste nueva de su fin recibo.  
¡Era flor de virtud, joven y bella!  
Yo, viejo inútil, vivo.  
¡Quién fuera digno de morir por ella?

26 de junio de 1878.

#### A LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES

Iba mirando la Fortuna un día  
La orilla del Genil,  
Y una perla encontró donde yacía  
El trono de Buabdíl.

Era la perla del Genil hermosa,  
De precio singular:  
Con otras fue por la voluble diosa  
Puesta en su mismo altar.

Llegose en tanto a la Fortuna un hijo  
De los que más amó.  
«¡Una corona para mí!» le dijo:  
La madre se la dio.

Rica, muy rica, pareciole al verla:  
Diadema era imperial;  
Mas faltaba en su círculo una perla

Para lucir cabal.

«Abrid vuestro tesoro soberano,  
Y haced completo el don.  
-Escoge entre mis joyas por tu mano,  
Según tu corazón.»

Solícito el Amor, libre de venda,  
Volaba por allí.  
«Mira (le dijo al Príncipe) la prenda  
Guardada para ti.»

Puso en la margarita de Granada  
Su dedo blando Amor,  
Y en la insignia del César engastada,  
La realzó en valor.

«¿Es (me decís) tu narración amena  
Fábula de otra edad?  
-Es (con robusta voz responde el Sena)  
Magnífica verdad.»

Esas dos palmas ved, que a gran distancia  
Juntan sus ramos hoy.  
A Granada escuchad: «Trono de Francia,  
Emperatriz te doy.»

Aún la flecha de Amor hace atrevida  
Conquistas al poder;  
Aún se ve repetir ennoblecida  
La exaltación de Ester.

Eras, Eugenia, tú, dulce ornamento  
De tu natal país;  
Ya resplandeces donde tuvo asiento  
La madre de San Luis.

Por ella el cielo pródigo te mande  
La luz de su favor:  
Deuda en el solio contrajiste grande;  
Tu espíritu es mayor.

Haz de satisfacerla empeño y gala:  
Digno es de ti ese afán;  
A tu hermosura tu virtud iguala;  
Tu sangre es de Guzmán.

Sangre del que en Tarifa puso freno  
Al sitiador cruel.  
Timbre glorioso mereció de Bueno:  
Sé su heredera en él.

A entrambos mundos con asombro tienes  
Mirándote los dos.-  
¡Flor del suelo andaluz!... ¡Mil parabienes!  
¡Emperatriz!... Adiós.

Cuando suene, de Francia bendecido,  
Tu nombre, en ecos mil,  
No sentiremos el haber perdido  
La perla del Genil.

Febrero de 1853.

## EN EL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE IMPERIAL DE FRANCIA

(Epístola)

Al Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga.

Marzo de 1856.

Llegó la nueva: rápida volando,  
Mensajera feliz, el aire cruza  
La fama, cuya voz pujante llena  
Los valles anchos y las hondas grutas.

Francia a la hermosa Emperatriz, que el suelo  
Granadino le dio, madre, saluda.  
Hierva en gozo París; desde sus muros  
Me manda la amistad... Tomo la pluma.

Deja, Salustio, que obsequiosos cerquen  
Egregios vates la cesárea cuna:  
Disonaría de sus arpas de oro  
La de tu amigo, destemplada y ruda.

Benignas otro tiempo visitaban  
Este humilde rincón plácidas musas;  
La paz de mi retiro las atrajo;

Las apartó de mí la desventura.

Falta aquí el ángel del consuelo mío.  
Llora una madre aquí; no ven la suya,  
Y la llaman a gritos, y no viene,  
Tres desafortunadas criaturas.

Partió con ellas de Madrid; contaba  
Tornar con ellas... ¡Esperanza ilusa!  
Con traje de orfandad los tres volvieron;  
No volverá la que a los tres enluta.

Casi a la hora que por vez primera  
Se oyó nombrar a la Consorte Augusta,  
Del placentero título adornada,  
Gloria y dulce temor de la hermosura;

A las trémulas manos de otra madre,  
Revueltas en montón, llegaban juntas  
Prendas que fueron juveniles galas,  
Despojos ya que desechó la tumba.

No me es dable cantar: piadoso el tiempo  
Reprime el llanto y el pesar endulza;  
Para la triste esposa de tu amigo  
Más crece con el tiempo la amargura.

No me es dado cantar. Estos borrones  
Destinados a ti, guarda y oculta:  
Parabienes, Eugenia, escucha gratos,  
No quejas de dolor inoportunas.

Tú, cuya voz tan elocuente fluye  
En el trato social y en la tribuna,  
Y a la Madre feliz de César nuevo  
Sus dichas puedes anunciar futuras;

Aprovecha el instante en que sus ojos,  
Bellos como la luz que nos alumbra,  
Los horizontes penetrar queriendo,  
Miren a España con filial ternura;

Y dile entonces que si Francia en ella  
Las esperanzas de su dicha funda,  
Españoles también por ella al cielo  
Votos dirigen de la fe más pura.



¡Logre ese Niño, que entre palmas nace,  
Ganar aquélla que jamás caduca!  
La de regir su generoso pueblo  
Con ley de paz y amor próspera y justa.

Padece aún su combatida patria  
De heridas viejas de azarosa lucha:  
Llegue su mano allí, y al blando toque  
Lesión no quede ni señal ninguna.

En la remota orilla del Euxino,  
Cuyos escollos baten furibundas  
Hinchadas olas que al chocar bramando  
Su enojo escupen en hirviente espuma,

Allí a la paz en lóbrega caverna  
Con hierros en los pies Marte sepulta:  
Cautiva lanza lastimeros ayes,  
Y el fragor de la mar los traga y burla.

Gruesos cañones de contrarias huestes  
Sobre la inmensa cárcel se sitúan,  
Y del rimbombe horrible de sus rayos  
El tormentoso piélago murmura.

Los férreos globos, que de entrambas partes  
El polvo estallador ardiendo empuja,  
Siembran la destrucción, llevan la muerte  
Do quier que llega su potente furia.

De las entrañas de la tierra salta  
Volcán labrado por fatal industria,  
Que armas, y combatientes, y defensas,  
Arroja por las diáfanas alturas.

Cada postrer suspiro del soldado,  
Vítima allí de su infeliz fortuna,  
Cuesta, sonando en el hogar paterno,  
Mísero lloro, devorante angustia.

Tenga ese azote fin. Cuando a la tierra,  
Mal de las aguas del Diluvio enjuta,  
Salir dudaba la familia indemne  
Generadora de la edad segunda,

Blanca paloma con el ramo vino,  
De perdurable paz señal segura:  
Traiga el Hijo de Luis la oliva santa  
Que a un diluvio de mal término anuncia.

Esto dirás a la Guzmanada madre,  
Que electa del Señor, planta fecunda,  
Vea en torno de sí ricos renuevos  
Donde amor sus encantos reproduzca.

Esto dirás en el lenguaje noble  
Que presta a la verdad gala y dulzura;  
Para plácemes tiernos hoy inhábil,  
Agria mi voz al corazón calumnia,

Siglos un español faustos desea,  
Gloria sin fin a la progenie augura  
Napoleón-Guzmán...-¡Oh Dos de Mayo!  
Dios no permitirá que vuelvas nunca.

Marzo de 1856.

## LA CASA DE LA MADRE

(A los serenísimos señores Infantes, Duque y Duquesa de Montpensier)

El suelo final dormía,  
Tendida en funérea caja  
Con blanca y negra mortaja,  
La joven madre María.

Y hallando el acceso franco,  
Un niño en la sala entró,  
Y muerta a su madre vio,  
Vestida de negro y blanco.

Miró el niño el cuerpo inerte  
Con infantil impiedad:  
Estaba en la tierna edad  
Que aun ignora que haya muerte;

Mas causáronle estupor  
Aquellas manos en cruz,  
Y aquel traje, y tanta luz

De su madre en derredor.

Le alzó en brazos por detrás  
Un mancebo con cariño:  
Sacaron de casa al niño,  
Y a su madre no vio más.

En un templo cierto día  
Dar vio reverente culto  
A un triste y hermoso bulto,  
Que blanco y negro vestía.

Cercábanle ardientes cirios;  
Las manos le vio cruzadas,  
Y en el pecho siete espadas  
Indicando sus martirios.

«¡Mirad a mi madre allí!»  
El niño al punto exclamó.  
Un joven le dijo: «No.»  
Le dijo una anciana: «¡Sí!

Lo es tuya de varios modos  
María, que allí se ve.  
-María mi madre fue.  
-María es madre de todos.»

Juntó con piadoso error  
El niño (y hombre las junta)  
La madre que vio difunta  
Con la Madre del Señor.

Y dulce interés despierta  
Oírle en voz conmovida:  
«Primer recuerdo en mi vida  
Fue ver a mi madre muerta.»

«Veloz el tiempo corrió:  
Si el bien alcanzo que anhelo  
Veré a mi madre en el cielo,  
Joven ella, viejo yo.»

A joven no era llegado,  
Y unas flores vio arrancar  
De tierra que fue solar  
De humilde albergue arruinado.

Y un hombre dijo sombrío,  
Suspendiendo su labor:  
«Donde esta campestre flor,  
Nació tu madre, hijo mío.»

«La casa materna, altar  
Debe para el hijo ser:  
¡Feliz, si viene a caer,  
Quien la puede levantar!»

Por más que al hijo desplace,  
Poco el suelo poseyó  
Donde su madre nació,  
Nunca el suelo donde yace.

Al muro que el tiempo arrasa  
Da tumba naturaleza,  
Ni aun deja ver la maleza  
Las ruinas de aquella casa,

Ruina era así la capilla  
Que, depuesto el rudo almete,  
Alzó sobre el Tagarete  
El Rey que ganó a Sevilla.

Morada en tiempos mejores  
Fue de la mística flor,  
Que es Madre del Redentor  
Y Madre de pecadores.

Ni el nombre más venerando  
Las iras del Tiempo ablanda;  
Mas vio por tierra Fernanda  
La fábrica de Fernando;

Y el digno Esposo la vio,  
Que es de Príncipes ejemplo;  
Y a la voz de entrambos, templo  
La ruina resucitó.

¡Bien haya el amor filial  
De la pareja querida,  
Que alza la casa caída  
De la Madre universal!

Aceptad la predicción  
De aquel hijo lastimado:  
Por su boca os ha enviado  
María su bendición.

La obra de piedad que hacéis,  
En sí el galardón encierra:  
Dad a Dios casa en la tierra,  
Y en el cielo la tendréis.

21 de septiembre de 1869

EPÍSTOLA DE DON QUIJOTE, EN RANCIO LENGUAJE CABALLERESCO,  
ADEREZADA AL MUY RESPECTADLE PÚBLICO MATRITENSE

Caballeros é donceles,  
Dotos rancios é noveles,  
Damas, ya grandes, ya chicas,  
Regalonas doncellicas,  
É vos, la de aguja y plancha,  
É tú, que adobas jigote:  
Vos escribe Don Quijote  
De la Mancha.

Honráis con farta razón  
Al perínclito varón,  
Cuyo bulto de metal  
Reverencian por igual  
Congreso é Medinaceli,  
Cuando, quitado el bonete,  
Saludan á Cide Hamete  
Benengeli.

Agora, si al caso faz,  
Yo vos demandara en paz  
Que, otra vegada, la fiesta  
Para Cervantes aquesta,  
Que noble intención descubre  
De que Madrid le remiembre,  
Se le ficiera en septiembre,  
No en octubre.

Cierto que hoy, día que es  
Nono del deceno mes,

Cervantes el afamado  
Fué en Alcalá bautizado;  
Mas, por negligencia grave  
(Que suplir quisiera yo),  
Cuál fué el día en que nació,  
Non se sabe.

Pero habedes certidumbre  
De que era estonce costumbre  
Cristianar á los infantes,  
Llevando ya en fajas antes  
Días, no en corta porción;  
Y de veintiocho fué  
Á la pila de la fe  
Calderón.

É como el santo del día  
En que el pequeñuelo abría  
Sus parpadicos al sol,  
Daba nombre al español;  
Y en el baptismal papel,  
Á Cervantes pertinente,  
Hay el nombre solamente  
De Miguel;

Veintinueve del pasado  
Debió ser el señalado  
Con el fausto nacimiento:  
Día en que el magín atento  
El nombre topa de aquel  
Santo Arcángel eminente,  
Que firió la impía frente  
De Luzbel.

É que non me llevo chasco  
Piensa el Bachiller Carrasco,  
É, demás del Bachiller,  
Sancho Panza, su mujer,  
Mi Cura, home gravadoso  
El rapista de mi aldea,  
É mi sin par Dulcinea  
Del Toboso.

Importa empero un ardite  
Que á Cervantes felicite  
La afición con que venís,

Hoy, día de San Dionís,  
Ú esotro, pasado ya:  
Como es del mérito paga,  
Cuando-quiera que se faga,  
Bien está.

Non cuenta España scriptor  
De lauro merescedor,  
Que á Cervantes aventaje;  
Non es de ninguno ultraje  
Proferir en noble canto  
Que la su gloria consigne:  
«¡Nadie cual el manco insigne  
De Lepanto!»

Por él en Orán é Flandes,  
En las lomas de los Andes  
É las playas de Luzón,  
Don Quijote y Sancho son  
Conocidos por do vamos:  
Nos nombran en el camino,  
Y al caballo y al pollino  
Que montamos.

El orbe señala entero  
Á mi Duque y mi ventero,  
Al bien malparado Andrés,  
Al bizco infame Ginés,  
Maritornes, tuerta é fea,  
El hábito de Luscinda,  
É las trenzas de la linda  
Dorotea.

Cervantes vida nos da,  
Que dura é perdurará  
Mientras fiel quede una mano  
Persignante en castellano;  
É quede ó no: -Bien lo fundo;  
Que si acontezce tal mengua,  
Ya nos ha dado su lengua  
Todo el mundo.

Mísero mi autor vivió,  
Y en mi figura pintó  
Su malandanza cruel:  
Por poco es dueño de Argel;

Y en la patria que fulgura  
Con luz por él encendida,  
Tuvo pobre, ya perdida,  
Sepultura.

Yo, pues, el famoso Hidalgo,  
Vos pido, por lo que valgo,  
Que al valiente en la campaña,  
Rey del ingenio de España,  
Digáis con voces amantes,  
Que en bronce la fama escriba:  
¡Eterno el renombre viva  
De Cervantes!

Leída en el teatro de la Zarzuela en la noche del 9 octubre de 1861.

## FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

(Romance)

En un humilde aposento  
De una posada en la corte,  
Forastero y forastera  
Se dicen castos amores.  
Mujer y marido son,  
Joven él, y ella más joven:  
Lágrimas vierte la dama,  
Y pide perdón el hombre.  
«Matábanme, Félix mío,  
Mis celosas aprensiones...  
Cuando aprensiones las llamo,  
Yerro a propósito el nombre.  
Sin avisártelo, vengo  
De Asturias a que me informes  
Qué tan cierto es que en Madrid  
Ofendes a tu consorte.  
No ha de amarte más que yo  
La que tu fe me soborne;  
Y algo por bella me debes,  
Y algo por discreta y noble.»  
Suspendió aquí la quejosa  
Las tiernas reconvenções,  
Porque en el rostro el deudor  
Le dio con la paga entonces.



Fatigada la viajera,  
Y siendo bien que repose,  
La lleva Félix en brazos...  
Dios les bendiga la noche.  
25 DE NOVIEMBRE DEL MISMO AÑO

Devoción me merece

San Lope obispo:

Lope quiero que sea

Nombre del niño.

-Ponle dos, ponle,

Por mi amor y tu gusto,

Félix y Lope.

1573

Bajo el rústico dintel

Del Corral de la Pacheca,

Cisneros el comediante

Habla con Félix de Vega.

«Pasmado (le dice) estoy

De que haya en edad tan tierna

Quien ya en sus cuatro jornadas

Componga en verso comedias.

Once años cuenta Lopico,

Y pasos encuentro en esa,

Que no los tiene mejores,

Viruéis ni Juan de la Cueva.

De amor y de celos hay

Dos asombrosas escenas:

¿Cómo adivina un muchacho

Lo que no es dable que sienta?

-De amor y celos nació

(Modesto el padre contesta),

Y amor y celos retrata

Por él su naturaleza.»

Llegaba Lopico en esto

Con los chicos de una escuela,

Cañas cabalgando todos,

Pisando recio en las piedras.

Por bandera en otra caña

Llevaba un cartel de iglesia,

Y al pasar por el teatro,

Batió Lope su bandera.

1635

«Úsase un dicho en Madrid,

Curiosa prima Dolores,

Que allá sin duda ignoráis

En las indianas regiones.

A lo más bello y mejor  
En cualquier género y orden,  
Ya no se llama excelente:  
Dicen todos que es de Lope.  
Cosas de Lope se llaman  
Libros, espadas, sermones,  
Joyas, telas, cuanto tiene  
Gran brillo, mérito y coste.  
De Lope son los tocados  
Que el gusto nuevo dispone,  
Las justas de ingenio dignas,  
Las ruidosas diversiones.  
Las villanas de Aranjuez  
Que venden ramos de flores,  
De Lope dicen que son  
Rosas y claveles dobles.»  
Así a una doncella linda  
Cortesanas instrucciones  
Daba, al entrar en Madrid,  
Cierta señora en su coche.  
De Cádiz la trae consigo,  
Para que a su lado goce  
Lo que en Méjico ganó  
Su padre, que Dios perdone.  
Tomar la calle de Francos  
Pretende el automedonte:  
Mas el paso le embaraza  
Tropel de gentes enorme.  
De las calles convecinas,  
Ya despacio, ya de golpe,  
Desembocan sin cesar  
Mozos, viejos, ricos, pobres,  
Placeras, dueñas, beatas,  
Soldados y sacerdotes:  
Sólo se ve luto, y manos  
Con amarillos blandones.  
No hay en la calle pared,  
En cuyos huecos no asomen  
Apiñadas las cabezas  
De compasivos mirones.  
La cruz de San Sebastián  
Por entre la turba rompe;  
Cánticos de muerte suenan;  
Claman las lenguas de bronce.  
No se ve féretro aún;  
Saldrá, si en marcha se pone

La muchedumbre que llena  
Puerta, zaguán y escalones.  
Hacia la iglesia, por fin,  
Se mueve la prieta mole,  
Revueltas las cofradías,  
Vacilando los pendones.  
Pasan, y pasan, y pasan  
Grandes, familiares, monjes,  
Cómicos, freiles, poetas...  
¿Quién hay a quien tantos honren?  
La primita mejicana,  
Diestra en aprender lecciones,  
Prorrumpe: «Si no es de rey,  
Entierro es éste de Lope.»

Acertaba la niña:  
Lope, el famoso,  
Va de ocho capellanes  
Llevado en hombros.-  
«¡Sánchez! ¡Maestro!  
Decid a esta indianita  
Quién era el muerto.»

El señor Sánchez, persona  
Muy conocida en Madrid,  
Zapatero es de aguadores  
Y de gente baladí.  
Aficionado a la farsa  
Desde la edad infantil,  
Con pan y comedia vive,  
Cómicamente feliz.  
Por jefe le reconoce  
La turba mosqueteril  
Que en el Príncipe y la Cruz  
Mueve a menudo motín.  
Más de un galán le ha doblado  
La engarrotada cerviz,  
Enviándole presentes,  
Que él desdeñó recibir.  
De un novel ingenio cuentan  
Que visitándole, a fin  
De que estrenándose en tablas,  
No se le mostrara hostil,  
«Mancebo (saltó el Maese),  
Justicia os haremos: id,  
Id en paz, si es tal la obra

Que yo la pueda aplaudir.»  
Entrose en el coche Sánchez  
Como en ganado país,  
Y al paso que el duelo siguen,  
Habla a las damas así:

-«Nace el hombre con deseo  
De ver y oír cuanto pueda;  
Lo que en propio ser no viere,  
Codicia verlo en comedia.  
Pide el escribirla bien  
Alto ingenio y muchas letras,  
Alma, inventiva y gracejo,  
Que Dios a pocos dispensa.  
Farsas en España, ya  
Divirtieron a mi abuela:  
Para entonces no eran malas,  
Para después no eran buenas.  
Salieron al fin a luz  
Dos, tres, seis y una docena,  
Que asombraron a Madrid,  
Sevilla y España entera.  
En paseos y en saraos,  
En las plazas y las tiendas,  
Nadie a la sazón trataba  
Más que de la farsa nueva.  
«¿Quién ha escrito El verdadero  
Amante? -Lope de Vega.  
-Y Las Amazonas? -Lope.  
-¿Y El molino y la Aristeia?  
-Lope. -¿Y la Abderite? -El mismo  
Lope, y el Vamba y la Angélica,  
La Melindrosa, El Maestro  
De danzar, La Montañesa,  
Lo cierto por lo dudoso,  
Psiques, Muza, El Turco en Viena,  
Los milagros del desprecio,  
El pleito de Ingalaterra,  
Amar sin saber a quién,  
La Danza boba, La siega,  
Los enredos de Celauro,  
La Serrana de la Vera,  
El mejor Alcalde el Rey,  
Peribáñez, Las Batuecas,  
El remedio en la desdicha,  
El cerco de Orán, La Estrella

De Sevilla... -¡Señor! ¿cuánto  
Escribe ese hombre? -Unas treinta  
Comedias al año...» Luego  
Compuso más de cincuenta:  
Cincuenta y cuatro nos daba  
Desde cuaresma a cuaresma;  
Y esto ¿cuándo! cuando ya  
Pasaba de los sesenta.  
Dos días, y en cada uno  
Doce horas de tarea,  
Veinticuatro de bufete  
Con otras tantas de huelga,  
Tiempo bastante le fueron  
Para llevar a la escena  
De La noche de San Juan  
La fábula placentera.  
Con prisa igual más de ciento  
Produjo su fácil vena,  
Y ha tres años que contaba  
Cabales mil y quinientas.  
Esto, amén de cuatrocientos  
Autos y de diez poemas,  
Y romances infinitos,  
Canciones y cantilenas,  
Los sonetos a puñados,  
Los epigramas por gruesas,  
Epístolas, no sé cuántas,  
Y ocho, en fin, o diez novelas.  
Y este hombre comió y durmió,  
Y santificó las fiestas,  
Y estudió filosofía,  
Cánones, historia y lenguas.  
Y este hombre trató mil gentes;  
Que no hay nación en la tierra  
Que no enviase a Madrid  
Persona que a Lope viera.  
Del Padre Santo en la corte,  
Del Gran Señor en presencia,  
Con vítores resonó  
El nombre del gran poeta.  
Grande, sí, porque de España  
Reprodujo la grandeza:  
Cuanto hay bello y grande aquí.  
Sus farsas nos representan;  
Y no con frase trivial,  
Ni en rima pobre y grosera:

Garcilaso y Castillejo  
Brillan a la par en ellas.  
¿Qué español no quiere ser  
Aquel galán, que él diseña  
En Las flores de Don Juan,  
Flores de oro, no de seda!  
¿Quién pudo sin llanto ver  
A la divina Isabela,  
Que allá en Irlanda padece  
La más lastimosa fuerza!  
Por templar al padre airado,  
Que un hijo de amor desecha,  
Esclava de su galán,  
Suspira celosa Elena.  
Corona Sol merecida  
Ciñe de cónyuge honesta:  
Porque un rey de amarla deje.  
Sus brazos al fuego entrega.  
Ley natural hace al hombro  
Amar a su compañera;  
Lope la pone en altar,  
Y al pie del altar nos lleva.  
Teatro español tuvimos  
Antes que Lope naciera;  
Mas era teatro en cuna,  
Y aun era español apenas.  
Él le dio forma y valor  
Y sello que nunca pierda:  
Si hombre como yo lo ve,  
Marcadas tendrá las señas.  
De Lope el arte aprendieron  
Cuantos en él se le hombrean,  
Tirso, Rojas, Alarcón,  
Y el que hoy su laurel hereda.  
De autores hablar no quiero,  
Que usando mi oficio medran:  
Zapatos remiendo yo,  
Y ellos a Lope remiendan.  
Pródigo maestro, a mil  
Cortada dejó la tela:  
Desperdicios de su pluma  
Son gala de ciento ajenas.  
El Fénix de los Ingenios  
Le han llamado; no lo aciertan:  
El fénix de sí renace,  
Y un Lope no se renueva.

No da Dios tan a menudo  
Tanto ingenio y tales prendas.  
Flaquezas en Lope vimos:  
Ejemplar vimos la enmienda.  
Galán, soldado con brío,  
Dulce humor y habla discreta,  
Gran defensor de las damas,  
Pagáronle el defenderlas.  
Dos veces casado fue;  
Dos hijas casadas deja,  
Una bien, otra mejor:  
Monja vive aquí a la vuelta.  
Hija de culpa nació  
La hermosísima Marcela;  
Dios ángel volverla quiso,  
Que gloria del padre fuera.  
Sacerdote él ventiséis  
Años, y en clausura estrecha  
Catorce ella ya, virtud  
A siglo y a claustro enseñan.  
Jamás de labios de Lope  
Salió palabra soberbia;  
Jamás la envidia en su pecho  
Vertió su ponzoña negra.  
Con su ingenio iban al par  
Su bizarría y modestia;  
Quien no le trató por gusto,  
Le buscó por conveniencia.  
Ved esos pobres que gimen,  
Siguiendo la turba densa:  
Padre era de todos él,  
Y pobre por ellos era.  
Mas ya se paran allí...  
Las Trinitarias son esas...  
De frente a una celosía  
Veis que el ataúd presentan...  
Sor Marcela de San Félix,  
Tras la celosía puesta,  
A dar a su padre va  
La despedida postrera.  
Las manos al ataúd  
Tiende amante una profesora.  
¡Ella es! ¡ella es! la hija santa  
Del gran Frey Lope de Vega.»

Silencio reinó profundo,

Mudas las campanas quedan,  
Beberse quieren los ojos  
El eco flébil que esperan.  
«¡Santos del Señor (se oyó),  
Cuyas virtudes excelsas  
La fe celebró de Lope  
Con rima imperecedera!  
¡Vos, Apóstol de las gentes,  
Penitente Magdalena,  
Roque, Diego, Nicolás,  
Casilda, Julián de Cuenca!  
¡Vos, Cardenal de Belén;  
Vos, Ángel de las escuelas,  
Brígida, Isidro, Agustín,  
Y vos, mi Madre Teresa!  
Con vosotros ha vivido  
El alma de Lope tierna:  
Recibidla en brazos, hoy  
Que al pie del Eterno vuela,  
Recibe tú, padre mío,  
De este mi dolor la ofrenda:  
Sin corazón para el mundo,  
Me mata por ti la pena.  
¡Padre! ¡Adiós! Del viaje largo  
Descansas en paz perpetua;  
Y en vez de laurel caduco,  
Ciñes corona de estrellas.  
¡Yo lloro, y eres feliz!  
¡Bendita la mano sea,  
Que gloria te da en el cielo,  
Tras gloria tanta en la tierra!

Febrero de 1562.

A 25 de noviembre de 1860 se inauguró el sencillo monumento mural que se ve en la fachada de la casa donde Lope murió. Leyó en aquella solemnidad este romance, años antes escrito, mi querido amigo el Sr. D. Manuel Cañete.

CARTA que escribe desde el otro mundo el peor poeta cómico del siglo pasado en España, con motivo de representarse hoy la mejor comedia española de su época. Por las señas dadas se comprenderá que la carta no puede menos de ser de Don Luciano Francisco Comella

Yo, Comella, aquel fatal



Comella, que daba a luz  
Un disparate mensual  
Para el Príncipe, o la Cruz,  
O los Caños del Peral;

Yo, que los campos Elíseos  
Habito al fin, desde que  
Mis pecadillos purgué,  
Tiempo ha, madrileños, quíseos  
Decir lo que hoy os diré.

Escribiendo mal y pronto,  
Al público traje tonto  
Con mi Teresa en Landau,  
Mi Federico en Torgau,  
Mi Esclava de Negro Ponto.

Padres bobos de familias,  
Madres de familia bobas,  
Dieron prez a mis vigiliás,  
Aplaudiendo mis Ceciliás,  
Llorando con mis Jacobas.

La sociedad alta y fina,  
Como la gente común,  
Se pasmó de mi Cristina,  
Mi Natalia y Carolina  
Y mi Escocesa Lambrún.

Cómico lírico al par,  
¡Cuánto no hicieron ganar  
Mis óperas españolas!  
Ellas se cantaban solas:  
Señores, no es ponderar.

Pródigamente aplaudido,  
Y mal pagado, según  
Costumbre de España ha sido  
(La cual, dicen, ha seguido  
Sin alteración aún),

Señaló a mis glorias fin  
Un mozuelo botarate,  
Narigordo y chiquitín,  
Que fue joyero y abate:  
Don Leandro Moratín.

Éste, sin hacer misterio,  
Me retrató ce por be  
Con superior magisterio  
En aquel Don Eleuterio  
De su comedia, El Café.

Púseme yo furibundo  
Al verme tratar así.  
Me desquité... me morí...  
Él también salió del mundo,  
Y encontrámonos aquí.

Como todo lo miramos  
Ya sin pasión los difuntos,  
Pronto nos reconciamos.  
Lo que es ahora, tomamos  
Los dos chocolate juntos.

Unión tan rara y tan bella,  
Que quien ponga duda en ella  
Debe dejarse enterrar,  
Y venir a merendar  
Con Moratín y Comella.

En el Diario leí  
Que hoy en escena ponéis  
La hermosa comedia, El Sí  
De las niñas, que yo vi  
Estrenar el año seis:

Obra de gusto exquisito,  
Si no de sublime genio,  
Proclamada a voz en grito  
Como la mejor que ha escrito  
El buen Inarco Celenio;

Obra que por el autor  
Fue y es a la vez mirada  
Con júbilo y con dolor,  
Como que le fue inspirada  
Por un malogrado amor.

Esa hechicera Paquita  
Se llamaba y era así,  
Bella, amable... regordita...

Ya con nosotros habita:  
La tengo en frente de mí.

También la tal Doña Irene  
Retrato al natural es,  
Y ¡qué semejanza tiene!  
Mas esto ya no conviene:  
Voy a la comedia, pues.

Sin bautizo y sin entierro,  
Sin mono, urraca ni perro galán;  
Que haga de primer galán;  
O madre y niño en encierro  
Transidos de hambre y sin pan,

Con una decoración  
De bien poco relumbrón;  
Sin trajes ricos, vejete,  
Versitos de sonsonete  
Ni chistes de bodegón;

Entusiasmo sin igual  
Excitó en las jerarquías  
Todas de la capital,  
Durando veintiséis días,  
Parando en el Carnaval.

Éxito inmenso, inaudito,  
Que de un revés fue ocasión:  
Vedó su continuación  
Aquel tribunal bendito  
De la Santa Inquisición.

Muy bien hecho, ¡voto a san!  
¡Tizonazo al perillán  
Que, horrorizando almas pías,  
Dijo que eran chucherías  
Los santos de mazapán!

Pero después ocurrió  
Lo que ya la historia escribe.-  
La España se transformó;  
La Inquisición pereció,  
Y El Sí de las niñas vive.

Porque así triunfa el talento;

Así al error da castigo  
El tiempo justo, aunque lento:  
Yo escribí cien obras; ciento  
Se sepultaron conmigo.

No así Moratín: su nombre  
Cada vez cunde mayor.  
¡Loor, eterno loor  
Al que tan bien pinta al hombre,  
Para volverle mejor!

Él enseñó a la vejez,  
Él honró la ancianidad,  
Él condenó, recto juez,  
A eterna ridiculez  
La pedante vanidad.

El estafador tembló  
De su voz grave y severa.  
Y de sí se avergonzó  
La hipócrita zalamera  
Cuando su imagen miró.

Él al paterno poder  
Línea trazó decorosa,  
Él defendió a la mujer:  
-Su misión no pudo ser  
Más noble ni más hermosa.

Duramente me trató;  
Mas (con orgullo lo digo)  
Mi honradez reconoció.  
Le alabo, y fue mi enemigo:  
Pocos hacen lo que yo.

Modelos de arte y buen gusto  
Dejó; pero con derecho  
Le dirá el crítico adusto  
Que no es útil siempre y justo  
Seguir su camino estrecho.

Con poetas de otra edad  
Moratín sus glorias parte;  
El ingenio, aunque es verdad  
Que necesita del arte,  
Vive de la libertad.

Y gloria de su nación  
Será el insigne varón,  
Que logre juntar al fin  
El genio de Calderón,  
El arte de Moratín.

Leída en el Teatro del Instituto.

ANTÓN BERRÍO, poeta de la corte de Juan II de Castilla, al muy excelente scriptor Don Manuel Josef Quintana

*Onorate l'altissimo poeta.*

Señor, mucho amado, mío:  
Dé convusco en hora buena  
La trova que vos envió  
Yo el coplero Antón Berrío,  
Compadre de Joán Baena.

Del vueso coronamiento  
Fízosenos relación,  
É saltamos de contento  
Nos, é fasta el fundamento  
D'aquesta elisia región.

É segund prístina usanza,  
Solenidad fue dispuesta  
Súbito en vuestra alabanza,  
É tócame aquí en la danza  
Ser el yoglar de la fiesta.

Cierto cuento asaz galano,  
Romanzar por ende quiero,  
D'un pastorcico insulano  
É un sculpidor palanciano,  
Muy sutil imaginero.

El pastor Andrés Llorente,  
Que es subjeto de la frasi,  
Vivía entre pobre gente  
En la Insula Escura, casi  
Fuera del mundo yaciente.

Los insulanos Escuros

Alzaron una capiella  
De flacos é humildes muros,  
Do plañir en sus apuros  
Á la Madre sin manciella.

Un bulto labrarse hía  
De Doña Virgen María:  
Non hí habiendo entallador,  
Juró que el bulto faría  
Nueso Llorente el pastor.

Omne era d'engeño noto;  
Mas nunca estrumentos viera  
Del arte cinceladera,  
É con un cuchillo boto  
Decentaba la madera.

Fué asín, que el tallado leño  
Tosquilla sacó la faz  
Del santo, fermoso Dueño;  
Mas tod' el vulgo insuleño  
Contentóse dél asaz.

É vedes, por aventura,  
Que aporta en la Insula Escura  
Bajel que aventó é lievol  
Fasta allí tormenta dura,  
De tierras de claro sol.

En la nao derrotada  
Un entallador veníe  
De maestría muy sonada,  
É una imagen hi trafe  
De la sola Inmaculada.

Pasmóse cada insular,  
É la efigie, decernieron  
Ser maravilla sin par,  
Fueras ende que quisieron  
Ver al maestro labrar.

Él sacó formón é gubia  
É lima de recorrer  
Fasta el hoyuelo postrer,  
Pintura azul, blanca é rubia,  
É todo su menester.

É trasteando con ello,  
É dejando a todos vello,  
Dijo el Maese a la fin:  
«Con aquesto faz aquello  
Quien sabe facerlo así.»

Un lenguaraz le arguyó  
(Ca de mandrines tales  
Nadie en la vida escapó):  
«Con estrumentos iguales  
Ficiera otro tanto yo.»

«Non ficieras, mal tu grado,  
Respuso el pastor honrado,  
É nada tu dicho val:  
Con fierro bien aguzado  
Mano torpe labra mal.»

«Yo adelgacé cuanto pud;  
Mas mi obra non es de prez;  
De la d'este no hay quien dud:  
Fuera, pues, ingratitud  
Non le dar lo que merez.»

«Con rico lauro de honor  
Premien al entallador,  
É digan los sabidores:  
«Si éste usó medios mejores,  
Fizo también lo mejor.»

Tal ha judgado de ti,  
Perínclito, buen Quintana,  
La poetal familia hispana,  
Que leda conmora aquí,  
Libre d'afición mundana.

Hobo antes del tú nacer  
Poetas de grand valer;  
Mas poco antaño prestaba  
Voz que tartamudeaba  
Con pequenuelo saber.

Fabla é dotrina mejor,  
Aun en edad posterior  
Alzó más la poetría;

Fincaba empero vacía  
La siella de más altor.

Tú fuiste a sazón venido  
Para ser enaltecido  
Rey del castellano metro:  
Mil corrieran tras tu cetro;  
El s'es a tus manos ido.

Ca tú, superno Cantor,  
Sublimaste cual ningún  
Virtud é sciencia é valor  
É tierno gemiste aún  
Trances de mortal dolor.

Tú al toledano Moisés,  
Tú al español Abrahán,  
Tú al campeón burgalés  
Luz díste con que después  
Fulgir eternals han;

Tú al que en Villalar cayera,  
Suerte derrocando fiero  
Su generoso pendón,  
Trocaste en laude honradera  
El malsinante padrón.

Tú el mar pintaste furente,  
Tú la blanda fermosura;  
Grande tu cor é tu mente,  
Loaste cuanto ha excelente  
El omne é Palma Natura.

Noblescidos en tus cantos  
Grandes fechos é quebrantos,  
El feliz é non feliz,  
De las coronas de tantos  
Una para ti se fiz.

Luengos años de alegranza  
Goces esa bienandanza  
Que al tu mérito convién,  
É troven en tu membranza  
Omnes, é damas también.

Vítors de alegre afán



Te envían de nueso albergue  
Pelayo, el Cid é Guzmán,  
É con Lauria é Gutembergue  
El privado de don Joán.

É tod' un pueblo en tropel,  
De Pirene a Lusitaña,  
Glorifique ese laurel  
Que te da en nombre d'España  
La magnánima Isabel.

Marzo de 1855.

Al Excmo. Señor D. Manuel Bretón de los Herreros

(Romance)

Más de un siglo se contaba  
Desde que el gran Calderón,  
El cetro de nuestra escena  
En su tumba sepultó.

De allí su genio seguía  
Reinando sin sucesor;  
Que a serlo Bances en vano,  
Zamora en vano aspiró.

Y el fecundo Cañizares,  
Conociéndose mejor,  
Intentaba y resistía  
La arrogante pretensión.

Pasaba el tiempo, trocando,  
Con movimiento veloz,  
Usos, doctrina y costumbres  
En el imperio español.

Y entre aplausos, a La dama  
Duende, y La banda y la flor,  
España un Molier pedía,  
Sin pensar en Alarcón.

La musa de Inarco entonces  
Las tablas avasalló,

Desde Madrid a donde antes  
El inca adoraba el sol.

¡Caro triunfo, que pagaron  
Luengos días de dolor!  
Sin ser la victoria crimen  
Se le exige expiación.

Así a la patria tuvieron  
Que decir doliente adiós,  
Otros genios que ahuyentaba  
Sañuda la proscripción.

El gran cantor de Pelayo  
Y aquél que inmortalizó  
De la viuda de Padilla  
El indomable tesón;

El que supo devolver  
A Lanuza vida y voz  
Para esforzar la defensa  
De los fueros de Aragón;

Y aun aquél que para todos  
Indulgencia reclamó,  
No la hallaron bajo el cielo  
Fulgente con su esplendor.

Entonces fuerte poder,  
Con los vencidos feroz,  
De la diestra de un soldado  
El noble acero arrancó.

Y Talía en ella puso  
Arma de alcance mayor,  
Y la pluma de Menandro  
Fue en desquite el rico don.

Y corren ya nueve lustros,  
Y de Valencia al Ferrol  
Llenan el teatro el nombre  
Y el gracejo de Bretón.

Le dio Celenio su tino  
De sagaz observador;  
Tirso y Moreto en el chiste

La encantadora dicción.

Y en el rústico labriego  
Y el atildado señor,  
Y bajo el techo de juncos  
Y el esculpido artesón,

Vicio persiguió y flaqueza,  
Y juez igual con los dos,  
En rimas de oro les hizo  
Ser pública diversión.

Cien fábulas, grande el número  
Y el mérito no menor,  
Ya regocijadas, ya  
Con gravedad en sazón;

Fallos de benigna ley,  
Victorias contra el error,  
La España toda corriendo  
Hasta el último rincón,

Lograron no hubiese en ella  
Noche sin alto loor  
De Marcela y sus hermanas  
A la hermosa exposición.

¡Bien haya el plácido ingenio,  
Bien haya el diestro censor,  
Que acusa, y la risa mueve  
Del mismo a quien acusó!

Los horrores y torpezas  
Del crimen aterrador,  
Y la más aterradora  
Para el íntegro varón,

Ingeniosa o petulante  
Rebozada o sin rubor,  
Apoteosis del vicio,  
Tósigo moral atroz,

Jamás cabida encontraron  
En la mente del autor,  
Gloria de Quel y Rioja,  
Gloria del pueblo español.

Quede a la posteridad  
La fácil declaración  
Que a los cantos de su lira  
Lugar señale y valor;

Y si Góngora y Quevedo  
Deben con él, en razón,  
De sátiras y letrillas  
Partir el jovial honor;  
Y si desde Vega (Lope)  
A Vega (Ventura), oyó  
Sonar sus gracias Talía  
Con más regalado son.

Los que aparecer le vimos  
Astro de luz superior,  
De la escena desterrando  
La tiniebla en que yació;

Y le admiramos ayer,  
Y le veneramos hoy,  
Gratos discípulos, sí,  
Dignos del Maestro, no.

Vida y gloria, bien sin tasa,  
Pedimos por él a Dios,  
Y este don le consagramos  
De fe, gratitud y amor.

Madrid 26 de mayo de 1869.

EPÍSTOLA gratulatoria del Marqués de Villena  
al Conde de Sant Luis por la erección del Teatro Español

Recibid con buen talante,  
Nuevo é perínclito Conde  
De Sant Luis,  
Letra de ánima habitante  
Otro mundo que ese donde  
Vos vivís.

É catad que non vos tome,  
Porque vos fable un finado,

Susto é pena;  
Non de facer miedos home  
Fué nunca el Marqués cuitado  
De Villena.

Sepades que, no embargante  
Que aquí los muertos vivamos  
Bien felices,  
Á esa tierra malandante  
Por vegadas asomamos  
Las narices.

Cierta noche, discurriendo  
Por las calles de una villa  
Principal,  
Casa vi de mucho atuendo,  
Que antes de ornalla é pulilla  
Fué corral.

Rumores oí de dentro  
Jubilosos, é por puntos  
Aflictivos:  
Cuélome, cato et encuentro  
Una tropa de difuntos,  
Vuelos vivos.

Allí Pelayo furente  
Con su hermana contendía  
Por el moro;  
É tapándose la frente,  
La triste sólo decía:  
«Yo le adoro.»

Allí con sus cuitas vino  
Aquel pagano Jesté,  
Rey de Creta,  
É Megara, el numantino,  
Et el prisionero de  
Joán de Urbieta.

Allí salieran Guzmán,  
Camila, Rui Calderón,  
É Macías,  
Edipo, Bruto, Abrahán,  
Et el que libró a Sión  
De Golías.

É los que en Martos cayeron,  
Enjiemplo duro de estrella  
Muy cruel,  
Et esos de quien dijeron  
Que fué en morir tonta ella,  
Tonto él.

É Malvina, é Joán Pascual,  
É Manrique, el malhadado  
Trovador,  
É aquel Cenón al igual  
De fortuna gasajado  
É de amor.

Leiva, Quevedo, la brava  
Joanica, el Alonso amante  
De Raquel,  
Alonso el pintor, la Cava,  
É aun el tesaurizante  
Don Samuel.

Esquilache, el de Alba, Hernán  
Cortés, é la de Molina,  
La prudente,  
É Berenguela, et el gran  
Cogedor de mies divina,  
Fray Vicente.

Esos é otros personados  
Vi en aquella y otras tales  
Trasnochadas,  
Allí por arte ayuntados  
De péñolas poetales  
Bien tajadas.

É plúgome asaz la cosa,  
Ca yo ansimesmo capricho  
Tuve desto,  
É una farsa fiz donosa  
Para el rey Fernando, dicho,  
El Honesto.

Antojóseme saber  
Quiénes los auctores fueran  
Desas fablas,

Do escribiendo á su placer  
Miraclos así fecieran  
En las tablas;

É siguiendo uno, que vi  
Con desusado alborozo  
Coronar;  
Sobióse a un zaquizamí,  
É acostóse el pobre mozo  
Sin cenar.

Gimiendo fugí yo dende,  
Por non ver en tanta prez  
Tal desdoro...  
-É juego mi vista ofende  
Palacio do resplandez  
Plata é oro.

Rica mensa é pulcro lecho  
Dentro víanse, é preciados  
Atavíos,  
É tales que me sospecho  
Que aún fueran avantajados  
Para míos.

É supe que dueño fues  
De la morada tan mucho  
Relumbrante,  
Non perlado nin marqués,  
Sinon sólo cierto ducho  
Comediante.

«¿Cómo, dije, al estrumento  
Merced se faz, é a la mente  
Se la amengua?  
¿Non val el poetal invento  
Lo que el dalle ante la gente,  
Bulto é lengua?

»¿Por qué, pues, desigualar  
a dos que del claro Apolo  
Fijos son?  
El mayorazgo, ¿ha de estar  
Á fucias del que es tan sólo  
Segundón?

»Mejor al ingenio Grecia  
Tener en estima supo,  
Supo Roma.  
Mientras usanza tan necia  
Ture, acójome y ocupo  
Mi redoma.»

Por vos, Conde ilustre, fina  
El de tratar al scriptor  
Feo modo:  
Corona cingisle dina:  
Non ya de Febo el cultor  
Vive en lodo.

Mil quisieron ayudalle,  
Mil ahorralle pretendieron  
Días tristes:  
Vos supistes sólo honralle;  
Vos lo que tantos dijeron,  
Lo fecistes.

¡Gloria a vos, bien meresciente  
De las apacibles artes,  
Gloria á vos!  
Grato á los homes se cuente  
Vueso nombre en todas partes,  
Grato á Dios.

Él vos done la grand paga  
Que vuestos graciados non  
Pueden bien;  
Él vida luenga vos faga,  
Con la su bendición  
Sancta, amén.

1849.

DESPEDIDA A LAS SEÑORAS Dña BÁRBARA Y Dña TEODORA LAMADRID.

Biarritz, 4 de septiembre de 1863.

La tarde va de vencida,  
Sin viento se agita el mar,  
Y el sol entre nubes de oro



Desciende con prisa ya.  
Parece que arroja el día,  
Cansado de caminar,  
Su rojo escudo a las olas,  
Que húmedo lecho le dan.

Toman desde lejos ellas  
Carrera para asaltar  
Escollos, que sobre el agua  
La frente elevan audaz.  
Embravecidas embisten,  
Y vuelven gimiendo atrás,  
Y salta del golpe al aire  
Rota en lluvia la mitad.

Avanzan otras, que quieren  
Las orillas inundar:  
Igual confianza loca  
Lleva desengaño igual.  
Orgullosas amenazan,  
Cuando lejanas están,  
Creyéndose con empuje  
Sobrado para llegar.

Pierde bulto a cada giro  
El arrollado cristal,  
Y en hoja líquida leve  
Se desdobra al acabar.  
Retrocede, presumiendo  
Volver con mayor caudal,  
Y cada vez que lo intenta,  
Ve la margen más allá.

Espumas escalonadas  
Quedan por el arenal,  
Que atestiguan de su empeño  
La burlada vanidad.  
Puso a la naturaleza  
El Ser que siempre será  
Leyes de límite fijo,  
Que es imposible pasar.

Esto vio y esto pensaba,  
Melancólico además,  
Un viajero de la vida  
Con poca ya que viajar.

Asiento le da un peñón,  
Carcomido por la edad,  
Socavado por las olas,  
Que le minan sin cesar.

Al sol, que del horizonte  
Pronto desaparecerá,  
Contempla en su brillo escaso,  
Que deja el disco mirar.  
La fuerza del mar contempla.  
Y nota que es incapaz  
De extenderse más adentro  
Del humilde valladar.

Limitación, decadencia,  
Término fijo fatal,  
En el mar ve y en la roca  
Y en el grande luminar;  
Y en sí, criatura débil,  
Quisiera no ver jamás  
El forzoso cumplimiento  
De la ley universal.

«El hombre (exclamó) se encuentra  
En el campo de la vida,  
Sin saber a su venida  
Con qué condiciones entra.  
Mudo en sí se reconcentra  
El día que ve llevar  
Un cadáver a enterrar,  
Y voz funesta le advierte  
Que en aquello, que es la muerte,  
Cuanto vive ha de parar.

«Conozco sobrado bien,  
Si atento al origen subo,  
Que lo que principio tuvo,  
Fin debe aguardar también  
Mas ¿por qué nevar la sien  
Que rizos de oro ha lucido?  
¿Por qué torpe y dolorido  
Volver el añoso brazo?  
Muriera el vicio a su plazo,  
Sin morir envejecido.

«Suframos que la vejez

Luche con el cuerpo y vengza;  
Pierda la dorada trenza  
Venus y la fresca tez;  
Mas, con el rostro a la vez,  
¿Por qué el alma se ha de ajar?  
¿Por qué el tesoro agotar  
De sus nobles facultades,  
Cuando alcanza eternidades  
La carrera que ha de andar?

«Lleve el hombre su razón  
Hasta la tumba; conserve  
Llama el fuego con que hierve  
Su vaga imaginación;  
Su memoria en la ocasión  
Dígale siempre «heme aquí;»  
Mande yo en mi ser, y, así  
Mi fin me hallará resuelto,  
Aunque la edad me haya vuelto  
Caricatura de mí.

«Mudanza tan lastimera  
No a todos nos es común:  
Ver quiero si soy aún  
Lo que ha pocos años era.  
Pensamientos, la frontera  
Cruza al vuelo, y decid  
En Toledo y en Madrid  
A dos que el sepulcro habitan:  
«Fe y valor os resucitan,  
Segunda vez existid.»

«Fuiste, Isabel, por tu mal,  
Hija y víctima de amor;  
Tú, Juana, el timbre mayor  
Del estado conyugal.  
Heroína sin igual,  
Salvaste al esposo infiel:  
Cuchillo amagó cruel  
Por una dama su vida,  
Y tú, consorte ofendida  
Te echaste grillos por él.

«Fiadme, Isabel y Juana,  
Vuestros gozos y amarguras;  
Vuestras hermosas figuras

Ponga yo en la escena hispana.  
Ciña mi cabeza cana  
Un laurel vuestro, y en pos  
A las Musas el adiós  
Postrero daré sin pena:  
Cierre para mí la escena  
Una de vosotras dos.»

Calló el poeta: la noche,  
Para su giro triunfal,  
Adelantaba en Oriente  
Su alfombra de obscuridad.  
Niebla cayó de la altura,  
Niebla se alzó de la mar,  
Y envuelto el viajero en ella,  
Dónde se halla ve no más.

Un globo de luz en frente  
Comenzó luego a brillar,  
Y a crecer entre la niebla,  
Rompiendo su densidad.  
Iris vario en anchas zonas  
Orlábale circular;  
Dos sombras volaban dentro,  
De figura celestial.

Velo y hábito la una  
Vestía con majestad:  
Era una hermana del Rey,  
Primer en Castilla Juan.  
La segunda era la esposa  
De aquel privado falaz,  
Que la patria de Lanuza  
No recuerda sin pesar.

Cadenas llevaba y luto;  
Y, para bien de un mortal,  
Infanta y matrona vienen  
Del mundo de la verdad.  
DOÑA ISABEL  
«Años ha que me llamaste,  
Y años que, llegando a ti:  
De mi pecho, que te abrí,  
La pura fe celebraste.  
Aquél a tu afán le baste,  
Canto ajeno de ambición:

No viene una inspiración  
Dos veces; y, aunque lo llores,  
Pasó de cantar amores  
Ya para ti la sazón.»

Dijo, y en la niebla fría  
Desapareció fugaz  
La ilustre infeliz amante  
De Gonzalo de Guzmán.  
DOÑA JUANA COELLO  
«Temiste, años ha, cobarde,  
Mi aparición generosa;  
Y hoy, que llamas a mi losa,  
Turbas mi sosiego tarde.

Para otro es bien que se guarde,  
Cantor de más corazón,  
Poner mi vida en acción  
Sobre las tablas un día:  
Comprende la alegoría  
De la muerte de Milón.»  
Dijo, y en la turbia esfera  
Se desvaneció fugaz  
La sublime salvadora  
Del cónyuge criminal.

Ancho hueco al partir abrió en la nube  
La encarcelada heroica,  
Y a mis ojos por él se descubrieron,  
Los campos de Crotona.

Aquel membrudo, que a la selva guía  
La planta perezosa,  
Es el fuerte Milón, atleta viejo,  
Pasma de Grecia toda.

Cuando en cerviz de toro la cerrada  
Mano exterminadora  
Descargaba Milón, la res caía  
Muerta, la nuca rota.

Mástil robusto quebrantar le vieron  
Barqueros de la costa;  
Rodó movida del potente brazo,  
La corpulenta roca.

Del tiempo ya la inevitable carga  
Los hombros hoy le agobia;  
Garra su mano de sañuda fiera,  
Muévesele temblona.

Un árbol halla, que aun ayer ufano  
Mecía su alta copa,  
Y a talla le redujo de pigmeo  
La sierra mordedora.

Fuerte segur al derribado tronco  
Robó su verde pompa,  
Y en el corte del pie de frente hiriendo,  
Hizo hendidura angosta.

Rajar el tronco por el hacha herido  
Milón a empeño toma:  
Los dedos logra hincar, el leño cruje,  
La grieta se prolonga;

Y porfía Milón en el destrozo  
De la columna tosca;  
Y, joven en el ánimo el atleta,  
Son ya sus fuerzas otras.

Cede un instante...-y al cerrarse el tronco  
Para cobrar su forma,  
Coge las manos del valiente dentro  
La despiadada boca.

Al grito del dolor, honda caverna  
León hambriento arroja,  
Y a la presa lanzándose cautiva,  
Rugiendo la devora.

Con el ay del moribundo,  
Con el rugir de la fiera,  
Se unió el rayo que en la esfera  
Serpenteó furibundo.

A la luz que vino a dar,  
El negro peñón dejé,  
Que temblaba por el pie  
Con los golpes de la mar.

Y dije con aflicción,

Abatiendo la cabeza:  
«Me da la naturaleza,  
Me da el cielo alta lección.

»Tentativa era insensata  
La mía, según contemplo,  
Enseñado en el ejemplo  
Del anciano crotoniata.

»Nunca el débil más allá  
De cautos límites ande:  
Un esfuerzo suyo grande  
Mezquino y vano será;

»Y cuando ruda tenaza  
Sus flacas manos oprima,  
Verá lanzársele encima  
Fiera que le despedaza,

»Porque necio desoyó  
De sus años el aviso,  
Y fuerte mostrarse quiso  
Donde nadie le obligó.»  
Madrid 7 de septiembre.

No pretendáis obligar  
Vosotras, dulces amigas,  
A peligrosas fatigas  
La mano que os vengo a dar.

Para empresas de mancebo  
Ya inútil se experimenta.  
Dejadle ajustar mi cuenta  
Y hacerme ver lo que debo.

Al impulso del destino  
Viajando hacia donde voy  
Quiero ir pagando desde hoy  
Las deudas de mi camino;

Y dando a todas lugar,  
Si logro mi honrado intento,  
Manda el agradecimiento  
Por vosotras principiar.

Tú abriste, BÁRBARA mía,

Para el obscuro artesano  
El alcázar castellano  
De Melpómene y Talía.

Sublime intérprete fiel  
Tú de la pasión más bella,  
Devolviste al mundo aquella  
Mártir de amor en Teruel,

Que mintiendo al desdichado  
Que supo mejor amar,  
Le mató con un pesar,  
Y a ella el de haberle dado.

Madrid admiró en su día,  
Junto en ruidoso tropel,  
Tu firme no de Isabel,  
Tu delirio de Mencía:

Si por ellas en verdad  
Ganó algún nombre mi Musa,  
Yo te debo sin excusa,  
Yo te rindo la mitad.

Tú, mi TEODORA, después,  
De tu Hermana sucesora,  
Tú eres la que fue y ahora  
Vida de mis obras es.

Por tu aliento sostenidas,  
Fundan en ello blasón:  
Pequeñas de ingenio son,  
Grandes como agradecidas.

Tus pies queriendo tocar,  
Se atropellan a tu puerta  
La coronada Heriberta,  
La humilde obrera Pilar,

Matilde, predilección  
De un César y un docto amantes,  
Y la que engendró Cervantes  
Y el ángel del Buen Ladrón.

«Vivimos por ti, señora»  
(De rodillas te dirán);



«Muertas hijas de Don Juan,  
El alma nos da TEODORA.»

Y yo solamente digo,  
Mientras tú su frente besas:  
«Contigo escudadas esas,  
No perecerán conmigo.»

Acecha el tiempo voraz  
Mi vida y su dura mide:  
La escena ya me despide;  
Separémonos en paz.

BÁRBARA... TEODORA... no,  
No más ya; las tablas dejo:  
Aún vive el amigo viejo;  
Pero el poeta murió.

Ya mis ojos el nadir  
Por entre la huesa ven...  
¡Ay! el amigo también  
Se tendrá que despedir.

EPITAFIO para la Rafaelita Tirado

A los diez años, el laurel de Talma  
La frente me ceñía;  
Puso a los diez y seis funérea palma  
Dios en mi mano fría:  
¡Papel fue breve la existencia mía!

1859.

A JACINTA

Alma envidiada al suelo,  
De conocerte indigno,  
Consorte que perdida  
Para mi triste amigo,  
Dichosa resplandeces  
En solio de zafiros:  
Vuelve los bellos ojos,

Luceros matutinos,  
Al valle donde gime  
Quien fue tu regocijo.  
En ese de delicias  
Inmensurable abismo,  
Donde en perpetuo goce  
Vivís los elegidos,  
¿En qué puede un recuerdo  
El bien disminuirs,  
Que brota, fuente viva,  
La faz del INFINITO?  
¿Será que hasta vosotros  
Cerrado esté el camino  
Al ay del que padece  
Al ruego del cariño?  
¡Oh! no cabe en el cielo  
Ingratitud ni olvido.  
Aquel afecto dulce,  
De las virtudes hijo,  
Alma del universo,  
Rayo del sol divino,  
Que trueca en serafines  
A dos amantes finos,  
Aquél es el que debe  
Formar el lazo pío,  
Que inseparables una  
La tierra y el empíreo.  
Tú en el excelso coro  
Cantas gloriosos himnos;  
Solloza solitario  
Tu esposo de continuo:  
Mengua es del amor vuestro  
Tan desigual destino.  
Cuando en la noche miras  
Que bañan hilo a hilo  
Sus lágrimas el lecho  
Que dividió contigo,  
Tálamo dulce un día,  
Ya potro de martirio;  
Vuela a su cabecera,  
Y aplica de improviso  
La cariñosa mano  
Al pecho dolorido:  
La mano que otro tiempo  
Contole los latidos,  
En él derrame ahora

El bálsamo de alivio.  
Pesares nos aquejan  
En tanto que vivimos:  
Inspírenos el cielo  
Valor para sufrirlos.  
Corran placer y pena  
Por ley igual regidos;  
No sea el mal eterno,  
Y el goce fugitivo.  
Cual tierna flor ajada  
Por aquilón impío,  
Lució tu abril, Jacinta,  
Con instantáneo brillo  
Contaste, caminando  
Entre ásperos espinos,  
Años de vida pocos,  
De sufrimiento siglos.  
¿Y quién en la ardua senda  
Fue tu constante arrimo,  
Partícipe en los males,  
Igual en los peligros?  
Tus labios no gustaron  
Gota de amargo absintio,  
Que al seno de tu esposo  
No hubiese descendido.  
Mas tú ves tus afanes  
En dicha convertidos;  
Los suyos cada día  
Crecen con doble ahinco:  
¡Mísero del que vive!  
¡Feliz quien ha vivido!  
¡Ah! logra del Eterno  
Que separaros quiso,  
Y a cuyo trono asistes  
Alado paraninfo,  
Que ya que en su presencia  
Dilata el reuniros,  
De aquella paz guardada  
Para el celeste asilo  
Luzca un reflejo débil  
Al hombre que has querido,  
Y aun lícito le sea  
Días gozar tranquilos:  
No diga, blasfemando  
De tu inmortal cariño,  
Que hasta en el cielo caben

Ingratitud y olvido.

A LA SEÑORA DOÑA ATHENAIS IRULETA DE PASTOR,  
EN LA NOCHE DE SU DESPOSORIO

Según noticias que dan  
Libros en que docto afán  
Usos raros averigua,  
Fecha tiene muy antigua  
La verbena de San Juan.

Conformes todos en esto  
De lo antiguo, y no en el cuanto,  
Cada cual sigue su texto;  
Mas la función, por supuesto,  
No es más antigua que el Santo.

Desde antaño celebrada  
Con más o con menos ruido,  
También es verdad sentada  
Que esta noche siempre ha sido  
Noche al amor consagrada;

Pues con fe cándida y pía,  
Por todos nuestros mayores  
Dos siglos ha se creía  
Que esta noche decidía  
La suerte de los amores;

Y con deseo impaciente,  
Y dando motivo a riñas  
De mamá, padre o pariente,  
Practicaban muchas niñas  
La ceremonia siguiente.

Tendida la cabellera,  
Del cuello bajando al talle,  
Pasaban la noche entera  
En cuarto donde se oyera  
Lo que hablaban por la calle.

Gran estruendo en ella había,  
Y era artículo de fe  
Que, al oír la vocería,

Tener en agua debía  
La niña el izquierdo pie.

Quietas como inerte leño  
En el puesto convenido,  
Se estaban allí sin sueño,  
La patita en el barreño,  
Y muy atento el oído,

Repitiendo sin cesar  
Cada cual con gran fervor:  
«Yo me quisiera casar,  
¿Qué novio me piensa dar  
San Juanito el Precursor?»

En esto, en conjunto vario  
De cuerdos y de beodos,  
Por las calles en rosario  
Iban mil, gritando todos  
Los nombres del calendario;

Y epítetos a la par  
De vituperio o loor,  
Como Fernando, Gaspar,  
Mozo, viejo, hombre de mar,  
Feo, rico, jugador.

El primer nombre que oía  
La curiosa que escuchaba  
Con el pie en el agua fría,  
Por de cónyuge aceptaba,  
Y acaso acertar solía.

Según era mala o buena  
La condición del nombrado,  
Tal era por de contado  
La noche de la verbena  
Para la del pie mojado.

Alguna pegaba un brinco,  
Viendo frustrado su ahínco;  
Y alguna con sencillez  
Casarse creyó con cinco,  
Pregonados a la vez.

Esta noche sin reposo

Tú acabas de oír aquí  
El nombre ya de tu esposo;  
Pero ese nombre amoroso  
No era nuevo para ti;

Ni en tu oído ha resonado,  
Casualmente abandonado  
Al eco repetidor;  
Oístele de un Prelado  
Que invocaba al Redentor.

La mano de tu elegido  
Juntó con la tuya hermosa,  
Y de Dios os ha traído  
Bendición para la esposa,  
Bendición para el marido.

Mi parabién admitid,  
Y el de todos, él y tú,  
Y que sienta, permitid,  
Que entristeciendo a Madrid,  
Te nos vayas al Perú.

Prospédeos nuestro Señor  
En éste y país extraño,  
Y prendas tengáis de amor,  
Que compongan un rebaño,  
Delicia de su Pastor.

23 de junio de 1858.

#### PARA EL ÁLBUM DE JULIA

Vienen volando y pasan  
Las horas, y en su rápida carrera  
Llevan consigo a perecer entera  
Una generación.

Tras aquélla sepultan  
Otra, y sin descansar devoran ciento.  
Polvo han de ser, de que se burle el viento,  
Los hombres todos que serán y son.

Las fábricas alzadas

Por ese polvo que vivió, y un día  
Leyes a tierra y mares imponía,  
Sobre él se arruinarán.

Quizá en siglos futuros  
Abismada Madrid, nueva Herculano,  
La ciudad reina del imperio hispano  
Se oculte de los doctos al afán;

O bajo las raíces  
De antigua ya y enmarañada selva  
La hallen, y a ser pisado el suelo vuelva  
Donde vagamos hoy.

Y al descubrir los senos  
Que avariento guardaba aquel abismo,  
Se abra un hueco y arroje el libro mismo  
Cuyas páginas yo manchando estoy.

Podrá existir entonces  
Un sabio que solícito trabaje  
Para entender los signos y el lenguaje  
Abandonados ya;

Y al recorrer las trovas  
A ti, divina JULIA, dedicadas,  
Rudas las hallará y desaliñadas,  
Que ruda entonces nuestra edad será.

Si al papel trasladado  
Por maestro pincel tu rostro mira,  
Justamente dirá que nuestra lira  
Tu belleza ultrajó.

Sentirá de tus ojos  
El seductor, el mágico embeleso:  
Yo siéntolo también; mas no por eso  
A cantar tu hermosura basto yo.

Lectores de otro siglo,  
Que conocer queráis el alma y mente  
De la beldad que postra dulcemente  
Hoy el mundo a sus pies;

Si visteis una hermosa  
Que en ingenio y virtud brilla y descuella;

Si todos la adoráis... no es JULIA aquélla:  
Bosquejo débil de sus gracias es.

### EN EL ÁLBUM DE ELADIA

Cada vez, Eladia hermosa,  
Que esos tus luceros dan  
Una mirada a las rejas  
De la casa donde estás,  
Que de Esposas del Señor  
Claustro fue treinta años ha,  
Y escuela es hoy de mancebos  
Que a niños han de enseñar,  
¿No ves un jardín, que, ahora,  
En este mes de San Juan,  
De bellas flores te ofrece  
Riquísima variedad?  
Pues bien; si las flores amas,  
Como las debéis amar  
Las que sois, cual eres tú,  
La flor de la humanidad,  
¿Cuándo a entretejer guirnaldas  
Al vergel descenderás?  
Irás en el verde mayo,  
No en la yerta Navidad.  
Vendrá el adusto diciembre,  
Y el triste enero vendrá,  
Y arrebatará esas galas  
El soplo del vendaval.  
Cubierto el rosal de nieve,  
Sepultado el arrayán,  
No irás a pedir entonces  
Flor al mirto ni al rosal.  
«No es tiempo de flores éste  
(Cuerda para ti dirás):  
No exijamos de Natura  
Lo que ella no ha de prestar.»  
-No exijas, Eladia bella,  
De mí flores de otra edad:  
Mi ingenio, jardín helado,  
No produce flores ya.  
Ricos ramos te daría  
Mi rendida voluntad  
En la florida estación,



Que ya miro muy atrás.  
Tarde vienes: mustias hojas  
Quedan sólo por acá,  
Y aunque pocas y marchitas,  
Cuesta el cogerlas afán.  
Mas no hacen falta a la frente  
Que ostenta con majestad  
Guirnalda cuyo verdor  
Inmarcesible será.  
La puso en tu frente bella  
Quintana, el vate inmortal,  
Y flores por él cogidas  
No se marchitan jamás.

#### PARA EL ÁLBUM DE PEPITA GONZÁLEZ ACEVEDO

Hay una plaza en Madrid,  
Que es la plaza del Progreso,  
Cuyo espacio antes llenaban  
Tres calles con un convento.  
Una de las calles era  
(Bastante mala por cierto)  
Impropia llamada  
La calle de los Remedios.  
Estrecha, sucia y sombría,  
No sé con cuál fundamento  
Le dieron tan dulce nombre  
Los antiguos madrileños.  
Treinta y seis años hará,  
Treinta y cinco por lo menos,  
Que en la calle susodicha  
Se hablaban dos muchachuelos.  
Era el uno alto y delgado,  
Chico el otro y nada recio,  
Estudiantes de latín  
Entrambos en un colegio,  
Condiscípulos también  
En la escuela de diseño  
Que a la Merced ocupaba  
Parte de sus aposentos.  
Con la bolsa de los libros  
Debajo del brazo izquierdo,  
Conversando gravemente  
Iban los dos compañeros.

«¿Qué vas a ser tú?» los dos  
Se preguntaron a un tiempo.  
«Yo cura,» contestó el alto.  
«Yo pintor,» dijo el pequeño.  
Viven, Pepita, en Madrid  
Los dos mocitos aquellos;  
Tú los conoces: con todo,  
No acertarás quiénes fueron.  
No esperes oír al uno  
Entonar Kiries y oremus,  
Ni cuadros del otro busques  
En el salón del Museo.  
El padre de almas futuro  
Trocase en padre de cuerpos,  
Y el pintor sólo ha pintado  
Peñascos de nacimiento.  
El uno, en fin, era Don  
Juan González Acevedo;  
El otro es el que te escribe  
Este romance de ciego.  
Sin pensar siquiera entonces  
Si Dios criaba copleros,  
Estaba en mis glorias yo  
Mis mamarrachos haciendo;  
Y eso de la poesía  
Era oficio, en mi concepto,  
Que no se usaba en el mundo  
Desde Virgilio y Propercio.  
Más adelante leí  
Con dulcísimo embeleso  
Del bendito de Comella  
Cinco o seis pobres engendros.  
¡Qué asombro, Pepita, el mío,  
Cuando, a propósito de ellos,  
Me dijo tu padre un día  
Que era Comella un camello!  
Aquel aviso piadoso,  
Y algunos más que le debo  
A mi antiguo camarada  
De idioma latino y griego,  
Me guiaron del Parnaso  
Al escabroso sendero,  
Cuando al cerrárseme todos  
Halleme con ese abierto.  
Recibe, Pepita hermosa,  
Recibe grata el recuerdo

Que a la amistad con tu padre  
Leal consagra mi pecho,  
Y disculpa el desaliño  
De estos rasgos que atropello,  
Hoy, que es el séptimo día  
Del actual pronunciamiento.

1854.

## VERSOS PARA UN ÁLBUM

Emprendió con fanática porfía,  
Pintor que quiso eternizar su fama,  
Copiar del sol la esplendorosa llama  
Y a ruda tela trasladar el día.

¡Bien su intento pagó desacertado!  
Pues de clavar con insensato arrobo  
Tenaz mirada en el ardiente globo,  
Ciego vino a quedar el desdichado.

Y exclamaba después con desconsuelo,  
Su cuadro al explicar: «Del sol impropia  
Toda imagen será; del sol no hay copia;  
No le busquéis aquí: mirad al cielo.»

Laura, sol eres tú; yo receloso  
De que, si dócil tu mandato escucho,  
Deje de verte por mirarte mucho,  
Me niego a bosquejar tu rostro hermoso.

Superior al pincel como a la lira  
Tu mágica hermosura indefinible,  
Es retratarte bien tan imposible,  
Como que no te adore quien te mira.

## LOPE DE VEGA

(Soneto)

Único en el ingenio y en la fama,  
Fecundidad pasmosa fue su dote.

Amó seglar y llora sacerdote  
Dos esposas, tres hijos, una dama.

Huella el Parnaso, y el hispano drama  
Se alza del suelo con pujante brote,  
Y el inmortal autor de Don Quijote  
De nuestra escena rey a Lope aclama.

Su labio miel, su corazón ternura,  
Nadie juntó más cándidas y bellas  
Las gracias del amor y la hermosura.

Claro sol entre pálidas estrellas  
Que ofuscaba su luz inmensa y pura,  
Sólo cuando él faltó brillaron ellas.

#### A CALDERÓN

(Soneto)

Con voz clamaste de pesar profundo,  
Al contemplar la pequeñez humana:  
«Sombra es la vida, como el sueño vana;  
Y es fantástico bien el bien del mundo.»

Pero brillando tú claro y fecundo  
Sol en los cercos de la escena hispana,  
¿Cómo ilusión te pareció liviana  
La fuerza de tu ingenio sin segundo?

Tú, desde el envidiado Manzanares  
Al Arno, al Rhin y al Plata, mereciste  
Respeto, admiración, lauros y altares;

Y pues eterna vive tu memoria,  
Con más justa razón decir debiste:  
«Sueño todo será; verdad mi gloria.»

#### EL PINTOR CIEGO

(Soneto)

*A Esquivel*

Faltó la luz al genio peregrino,  
De la gloria de Aquiles instrumento;  
Mas sin la luz quedole el pensamiento,  
Y a la inmortalidad libre el camino.

Vendad los ojos con doblado lino  
A Filias y Arïon: Fidias a tienta  
La cera esculpe, y Arïon el viento  
Suspende con su cántico divino.

¿Qué le resta al discípulo de Apeles  
Cuando, sin ver, con lágrimas de artista  
Riega desesperado sus pinceles?

«Para que yo, Destino, te resista,  
Dame (dirá) que olvide mis laureles,  
Y arráncame a la par talento y vista.»

A LA PREMATURA MUERTE DEL VIRTUOSO JOVEN Y EMINENTE ARTISTA  
DON LEONARDO ALENZA

Para el mortal, en cuya sien fulgura  
Del genio creador la ardiente llama,  
Tiene el mundo un laurel, clarín la fama,  
Y mármoles y bronce la escultura.

Para premiar a la virtud obscura,  
Flor que en la soledad su olor derrama,  
Tiene el Padre común su seno, que ama  
Con inefable amor, que siempre dura.

Genio en ti, Alenza, con virtud se unía:  
Consiguió tu pincel famoso hacerte:  
Ya este mundo te dio cuanto podía.

Dios hoy te llama a su celeste gremio;  
Pero es adelantársete la muerte  
Anticipar a tu virtud el premio.

1845.

## A UNA ROMÁNTICA

(Soneto)

Mujer: hazles la cruz de Caravaca  
(O tu juicio va a andar de ceca en meca)  
A tanto libro de palabra hueca,  
Merecedores de cruel matraca.

Borda, en vez de gemir, una petaca,  
O cósele un vestido a una muñeca,  
O si te cansan almohadilla y rueca,  
Diviértete en cuidar tiestos de albaca.

Tu traje en forma de villana alcuza,  
Sólo puede agradar a algún mostrenco,  
Que te juzga salmón y eres merluza.

No leas: cuando comas, llena el cuenco,  
Y haz por trocar tu cara de gazuza  
En colorado rostro de flamenco.

## A LA BATALLA DE WATERLOO

(Soneto de pies forzados)

Ea, quien tenga de valor un cacho,  
Dijo Napoleón, sígame al cerro  
Donde fuego nos hace tanto perro,  
Y del pendón inglés no quede hilacho.

Yo a vuestra frente montaré en un macho  
Que paci6 solamente flor de berro;  
Y de esa hueste el enemigo hierro  
Quebrará cual juguete de muchacho.»

Dijo: pero el soldado se hace el sordo,  
Y aunque le ofrecen de oro un cucurucho  
El miedo de morir habla más gordo.

Cede el gran general a otro más ducho,  
Y mientras huye en su caballo tordo,  
Quema la guardia el último cartucho.

EL VIAJE AL PINDO

Viaje al Pindo, tonadilla  
Propia de la Navidad,  
Compuesta para teatros  
De casa particular.

Personas, las nueve Musas  
Antiguas, y veinte más,  
Hijas de las dos hermanas,  
Fantasía y Novedad;

Un Poeta, una cuadrilla  
Pastoril o pastoral,  
Y otros varios individuos  
Que no es preciso nombrar.

Decoración, el Parnaso,  
Casa pobre; hay un corral  
Con bardas de cambroneras,  
De que falta la mitad:

Asnos que dentro se meten,  
Las derriban al brincar.  
Es de noche, y hace un frío  
De exquisita calidad;

Olor a besugo asado  
Perfuma el aire glacial,  
Y de liras y zamponas,  
Que resuenan a la par,

Un majadero de almendras  
Lleva majando el compás.  
Las Musas, como es ya tarde,  
Tienen gana de cenar,

Y la hambrecilla entretienen  
Cantando en la soledad:  
«¡Gloria a Dios en las alturas  
De la esfera celestial,  
Y paz en la tierra al hombre

De piadosa voluntad!»

Llaman. -¿Quién es? -Un poeta.

(Sobresalto general.)

-Si dice que no ha cenado,

Que no pase del zaguán.-

Coro de silencio, pieza

Fácil de vocalizar.

-¿No abren aquí? -Somos niñas,

Y no está en casa papá.

-Pero oigan siquiera ustedes.

-Pues diga con brevedad.

-En Madrid esta noche

Soy convidado,

Casa antigua de Abrantes,

Calle del Prado.

¡Ay, Musas mías!

El convite me cuesta

Mil agonías.

Musical academia

Forma el convite,

Y al que no musiquiza,

No se le admite.

De esta manera,

Si no canto ni toco,

Me quedo fuera.

De tañer la zambomba

Tomé lecciones,

Para entrar en aquellos

Ricos salones.

Un compañero

Me ha birlado la plaza

De zambombero.

Dicen que entre las nuevas

Obras de Apolo,

Un rabel se distingue

Que toca solo.

Dadle alquilado,

Y esta noche se estrene

Cerca del Prado.



Duda, confusión, consulta.-  
¿Se le da o no se le da?-  
¿Se le alquila o se le presta?  
-Señoras, determinad,  
Que son ya más de las once,  
Y tengo mucho que andar.-  
Erato, dásele tú.

-Voy por él... Mas ¿dónde está?  
-Yo no le tengo. -Tampoco  
Yo.-¿Si no lo encontrarán?  
-¡Si Apolo se lo ha llevado!!!  
-¡Hay mayor fatalidad!  
Bastaba que yo viniera,  
Para que echara a volar.

-Consuélese usted, buen hombre,  
Que todo se arreglará.  
De instrumentos desechados  
Hay lleno en casa un desván;  
Para usted, de los mejores  
Henchiremos un costal,  
Y usted verá si consigue  
Que alguno llegue a sonar.

-Pague Dios, castas doncellas,  
a ustedes la caridad.  
-Vaya enhorabuena usted  
a su función musical.

(La Musa Talía entrega al poeta un saco de márraga lleno mes, que suenan como talega de sartenero. Éntrese Talía en la casa, y quédase acechando por un ventanillo. El poeta desata el costal, saca una trompeta, y le toma felizmente la embocadura: como estaba el instrumento bien enseñado, las primeras notas salen magníficas. Los Faunos y las Ninfas del bosque (o sean los gañanes y las mozuelas de por allí) acuden al son, trayendo numerosa comitiva de perros, que no han hecho colación todavía. Toca el poeta y declama alternadamente, a usanza de comedia antigua o deregonero: dos estilos que se parecían bastante. Dice, pues, el poeta:)

#### POETA

Esta es, noble Caliope, la trompa  
Con que los grandes hechos preconizas:  
Cobre en ella mi voz fuerza que rompa  
Las columnas del aire movedizas.  
Dice un refrán sin elocuente pompa

Que más días habrá que longanizas...  
(Aquí aúlla un mastín y ladran diez.)  
¡Longanizas! ¡Jesús! ¡Vienen a cuento!

LOS PASTORES. (Caritativamente.)  
Vuelva usted al costal ese instrumento.  
(Obedece el poeta con resignación, y en seguida coge y prueba una flauta, y dice:)

POETA

Dulce avena de Erato,  
Ven a mi labio tú, que los amores  
En son difundes grato;  
Y consagra al Señor de los Señores,  
Y orna en ofrenda pía,  
El reverente amor del alma mía.  
Dejad vuestros ganados,  
Los que moráis en el repuesto ejido;  
Dones de fe colmados  
Al Rey llevad en el portal nacido  
Entre el buey y el jumento...

TALÍA (Desde el ventanillo.)  
Costal pide también ese instrumento.

POETA

Talía, por compasión,  
Aunque siempre me rehúsas  
Tu festiva inspiración...

TALÍA

No la implores de las Musas;  
Haz que hable tu corazón.

POETA

Dios niño, vos que venís  
A salvar a los mortales,  
Poned término a los males,  
Que padece este país.  
Por sus culpas le afligís,  
Y las llora con afán:  
Los que lloran, cerca están  
De volver a la virtud:  
¡Niño Dios! ¡pan y quietud!  
Virgen Madre! ¡paz y pan!

23 de diciembre de 1856.

## ELLAS Y ELLOS

(Romance)

Años ha que hay en el mundo  
Reñidísima cuestión  
Sobre cuál, de hombre y mujer,  
Es en lo moral mejor.  
Cada uno defiende el pleito  
Pidiendo sentencia en pro;  
Y a falta de juez que pueda  
Fallar sin apelación,  
Uno y otro litigante  
Se proclama vencedor.  
Satisfechos de este modo  
Entrambos con su opinión,  
Viven en tregua apacible  
Hombres y mujeres hoy,  
Y para el día del juicio  
Se aplaza la decisión  
Que a ellas y ellos manifieste  
Quién acertaba y quién no.  
Pero como a cada riña  
Que tienen hembra y varón,  
La suspendida contienda  
Se renueva con calor,  
Y es en circunstancia tal  
La salida de cajón  
Decirse ambos al sacarse  
Todos los trapos al sol:  
«Ustedes son los peores,-  
Ustedes sí que lo son;»  
Yo, sin ánimo de hacerme  
De ninguno defensor,  
Quiero agregar a los autos,  
Por vía de ilustración,  
Unos apuntes históricos,  
Obra de ignorado autor,  
Que hallé por casualidad  
En un viejo cronicón.  
Cuando la alta Omnipotencia  
La obra del mundo acabó,

Al poner a hombre y mujer  
En su plena posesión,  
Árbitro de su destino  
Hizo al hombre el Criador.  
Todos los vicios y males  
Encerrados se los dio  
En una caverna horrible,  
Segurísima prisión,  
De cuya puerta de acero  
La llave al hombre fió.  
Las virtudes y placeres  
En tanto a su discreción  
Dueños del orbe quedaron:  
Edad venturosa, ¡ay Dios!  
Y tanto más envidiable  
Cuanto más breve pasó.  
Tuvo una vez la mujer  
El deseo tentador  
De ver qué clase de gente  
Guardaba aquella mansión;  
Pues conociendo de trato  
La paz, el gozo, el amor,  
Quiso conocer de vista  
Y oír un rato la voz  
A la tristeza, la envidia,  
La cólera y la ambición.  
Cogió por desgracia un día  
Al hombre de buen humor;  
Cogiolo luego la llave,  
Y sin más meditación  
Fue a la gruta, y para abrirla  
La osada mano tendió.  
Los firmes ejes del mundo  
Se estremecieron al son  
Que hizo la llave al girar  
De su punto en derredor,  
Abrió la puerta; los vicios  
Salieron en pelotón,  
Y tropezando de golpe  
Con la mísera que abrió,  
Hicieron en ella presa  
Sin ninguna compasión.  
El hombre, que estaba lejos,  
Mejor al pronto libró,  
Porque al fin sólo pudieron  
Entrar en su corazón

Los vicios que, por salir  
Con ligereza menor,  
No hallaron en la mujer  
Desocupado rincón.  
Pero esta desigualdad  
Pronto desapareció;  
Pues llorando la curiosa,  
Aunque algo tarde, su error,  
En busca de su consorte  
Guió la planta veloz:  
Abrió el esposo los brazos;  
Ella en ellos se arrojó,  
Y al seno del hombre entonces  
Pasaron sin dilación  
Las demás calamidades  
Con que la mujer cargó,  
Heredando al abrazarla  
Cuanta humana imperfección  
Cifró en la naturaleza  
La ley del Sumo Hacedor,  
De esta memoria secreta  
Infiere el que la escribió  
Que, a vivir hombre y mujer  
Con total separación,  
Quizá el hombre en ese caso  
Fuera de ambos el mejor;  
Mas como ella y él se tienen  
Invencible inclinación;  
Como es, a pesar de todo,  
Ese sexo encantador  
La maravilla que puso  
Término a la creación,  
Busca el hombre a la mujer,  
Copia de ella lo peor,  
Y así junta en su persona  
Los vicios de ambos a dos.

1839.

## LA COMPOSICIÓN PARA EL LICEO

(Romance)

Vaya usted con Dios, patrona;

Rosita, abur: anda, Bruna.-  
Ya se marcharon, ya estoy  
Libre de que me interrumpa  
La vieja con sus regaños,  
La niña con sus diabluras,  
Y la zafia Maritornes  
Con sus rondeñas de Asturias.  
¡No tener para este jueves,  
Que es mi turno de lectura,  
Por más que haga en mis legajos  
Escrupulosa rebusca,  
Ni una imprecación al sol,  
Ni un madrigal a la tumba!  
¡Dar equivocadamente  
Para empapelar azúcar.  
Ayer mi romance esdrújulo  
Sobre el ósculo de judas!  
Por fin, dos horas me quedan;  
Y si me sopla la musa,  
Saldré airoso del empeño  
En que me miro sin culpa.  
¿Por qué pecado, Señor,  
Mereció mi triste pluma  
Que para escribir en verso  
No pueda cogerla nunca,  
Sin que al momento a mi puerta  
Cien importunos acudan?  
Ya el alcalde de mi barrio  
Para un informe me busca;  
Y cuando ve que no puedo  
Responder a su pregunta,  
Me encaja la historia entera  
De Don Gaspar Buena-púa.  
Ya los que suben a ver  
Cierta vestal andaluza,  
Llamados desde el balcón  
Con gitanas guiñaduras,  
Trocando su alegre cuarto  
Con mi tétrica zahúrda,  
Mi campanilla quebrantan  
Que suena como una zumba.  
Ya un Calderón de diez años  
Largamente me consulta  
Sobre el efecto que espera  
Que en el teatro produzcan  
Los gemidos de la dama

Cuando la hieren a obscuras,  
Si se remeda a lo lejos  
El canto de la lechuza.  
Ya un vecino que padece  
Fiebre tercianaria turca,  
Regala a su cara cónyuge  
Con la más tremenda zurra:  
Vuelan los pucheros, se oyen  
Maldiciones tremebundas,  
Alborótase el cotarro,  
Cunde en la calle la bulla,  
Y al gritar un alguacil:  
«¡Favor a Isabel Segunda!»  
Tengo a fuer de miliciano  
Que danzar en la trifulca.  
Hoy hay paz: aprovechemos  
Tan dichosa coyuntura.-  
¿Qué asunto para escribir  
Tomaré? Mas ¿quién lo duda?  
¿Qué objeto para mis versos  
Mejor que mi dulce Curra?  
Una letrilla a sus ojos,  
Su lunar o su cintura.  
Principiemos. «Ángel bello  
Que la Providencia suma...»  
Adiós, ya llamaron. Llamen;  
Que aunque la casa confundan,  
No me muevo del asiento.-  
¡Pues la cachaza me gusta!  
¿A qué porfía ese bárbaro  
Cuando ve que no le escuchan?  
Señor, ¿quién será? Lo voy  
a ver por la cerradura.  
Sea por Dios: es el mozo  
De la compañía. -Lucas,  
¿Qué quieres? -Que pague usted  
Sin dilación esa multa.-  
¿Por qué? -Por haber faltado  
Antes de anoche a la junta.-  
Bien: toma. -¿Quiere usted dar  
Ahora lo de la música?-  
Lo de la música. -El cabo  
Don Hilarión Sanahuja  
Está enfermo hace tres meses;  
Y a los gastos de la cura  
Se le añaden los de madre,

Abuelo, la hermana viuda,  
Diez hijos, y un sobrinito  
Que le enviaron de Osuna.  
Se ha abierto una suscripción  
Para socorrer su angustia,  
Y... -Para Don Hilarión.  
¿Hay otra jorobadura?-  
No, señor- ¡ah! que esta noche  
Le toca a usted de patrulla.-  
Anda con mil de a caballo,  
Y mira si te desnucas  
Esta vez en la escalera,  
Para que otra no la subas.  
¡Por mi fe que el privilegio  
De lucir las fornituras,  
Es ganga que va a llevarme  
Al hospicio en derechura!  
Paciencia y bolsa me gastan,  
Tiempo y voluntad me usurpan:  
Un santo con charreteras  
Voy a ser, como lo sufra.  
¡Tierno Garcilaso! tú  
Celebrabas la hermosura  
En medio de los horrores  
De marcial hórrida lucha;  
Y yo no agarro el fusil  
Sin que envidie la fortuna  
De quien usa un guante menos,  
O anda en un pie como grulla.-  
Una pobre. -Dios la ampare.-  
Por la Virgen... -No me aturda.  
Soy poeta. -Ya escapó.  
Tal razón ¿a quién no asusta?-  
Esto es mejor: ¡que si quiero  
Chorizos de Extremadura!  
No se come cerdo en casa.-  
Moros son aquí, sin duda.-  
Me parece que es preciso  
Ir a buscar quien me supla,  
Porque pensar hoy leer  
Yo en el Liceo, es locura.-  
¡Cielo santo! en la escalera  
Ya suena la voz aguda  
De mi patrona, que vuelve  
Riñendo como acostumbra,  
Y sube también con ella



Don Sempronio de Larruga,  
El hijo más hablador  
De la playa de Sanlúcar.  
Ya se colaron en casa:  
¡Bendiga Dios la cordura  
De la vieja que les dice  
Que no vuelvo hasta la una!  
Pero ¿cuántos han entrado?  
¡La curiosa doña Justa,  
Paco Mochuelo el manolo,  
La filarmónica Julia,  
Y el gangoso Don Tomás  
Y Blasa la tartamuda!  
No sabiendo que hay aquí  
Un pobrete a quien le turban,  
Ríen, corren, gritan, charlan  
En infernal baraúnda.  
Uno al piano se pone,  
Otro la guitarra pulsa,  
Este silba, el otro baila,  
Quien aplaude, quien se burla.  
Pide Don Tomás silencio;  
No le hacen caso: se atufa;  
Vuelve a instar: no le aprovecha;  
Pero le ocurre ¡oh ventura!  
Apostrofarles en verso,  
Dando voces furibundas:  
Y mientras él se enronquece,  
Y no le oyen o le bufan,  
Sus versos le copio y cumplo  
Con mi turno de lectura.

Charlatanes sempiternos,  
Que al mundo servís de estorbo,  
Lléveos el cólera morbo  
Por la posta a los infiernos;  
Y el suplicio con que allí  
Os castigue Radamanto,  
Para que os abrume tanto  
Como vosotros a mí,  
Sea oír siempre leer  
Versos ramplones y fríos,  
Tan malos como los míos;  
Peores, si puede ser.

## A LOS REFORMADORES DEL SOMBRERO

Sí, ya de paciencia basta:  
Por vano, tramposo y feo,  
Debe marcharse a paseo  
El sombrero que hoy se gasta.

Escandaliza y asombra  
Que el guardapolvo del hombre  
Sombrero tenga por nombre,  
No dando a la cara sombra.

¡Guerra incesante y cruel  
A ese trastucho embustero!  
Rinda el nombre de sombrero,  
O cumpla mejor con él.

¡Sombrero, sin ton ni son,  
Por excelencia se llama!  
Todo hace sombra: una rama,  
Un abanico, un bastón;

Y ¡él solo usa un distintivo  
En que, la impudencia brilla!  
Más sombra da la sombrilla,  
Con ser un diminutivo.

Tan loco y tan altanero  
Nuestra indolencia le puso:  
Se viene al postrer abuso  
Por tolerar el primero.

No bien domados los potros,  
Burlan al jinete así:  
Se ha puesto muy sobre sí,  
Porque está sobre nosotros.

Al principio, sin las galas  
Que al fin por soberbia trajo,  
Era el sombrero, un sombrajo  
Con anchas, redondas alas;

Después, con atroz demencia,  
Digna de suplicio horrendo,  
Fue por arriba creciendo,

Menguando en circunferencia;

Bote, chistera, marmita,  
Colmena, olla de campaña,  
Jamás se le vio en España  
Como aquí se necesita.

Nada de esto hubiera habido,  
Según imagino yo,  
Si, cuando él se alicogió,  
Se le hubiese alitendido.

¡Gloria a la presente edad  
En que germinó la idea  
De hacer que en España sea  
El sombrero una verdad!

No abundan mucho las tales,  
Por nuestra mala fortuna:  
Siquiera tengamos una,  
Que es de las más capitales.

Otra, y otra, y otra, y mil  
A ésta seguirán después:  
Todo en estas cosas es  
Entrar en el buen carril.

Aunque Débora y Barac  
Dijesen que es elegante,  
¿Quién usará en adelante,  
Con hongo o chambergo, frac?

Nadie: incompatibles son;  
Si hay chambergo, el fraque cesa:  
Libres nos veremos de esa  
Doble cola de gorrión.

Ánimo, no desmayéis:  
Caiga y nunca se levante  
El sombrero insombreante;  
Pero mirad lo que hacéis.

A gusto y razón, ultraja  
Hoy el sombrero a ojos vistas:  
Cambiádnosle, reformistas;  
Mas cámbiese con ventaja.

Id con tiento; ved, probad,  
Y no deis en balde un paso;  
No sea el remedio acaso  
Peor que la enfermedad.

1859.

#### EL PEOR, EL ÚLTIMO OLVIDO

Dio Perico Muñoz en olvidar  
Hasta el comer a veces y el dormir:  
Sólo una vez se le olvidó el vivir,  
Y nunca más lo pudo recordar.

1874.

#### LA VIDA DEL HOMBRE

Hoja en que estampo mi nombre,  
Tú me sobrevivirás:  
¿Qué vale ¡ay! el ser del hombre  
Cuando un papel dura más?

#### EN UN ÁLBUM

Te vi en un baile, me miré al espejo:  
¡Ay, qué rabia me dio de verme viejo!...

#### EPIGRAMA

«Para dos perdices dos,»  
Dijo allá el del Castañar;  
Y así lo dejó pasar  
Gente a la buena de Dios.

No lo escuchará ninguno  
De estómago fuerte hoy día.

Sin replicar: «No, García:  
Para dos perdices... uno.»

#### LA DICHA

Tras la dicha corremos  
Y ella se esconde,  
Y jamás en la vida  
Sabemos dónde.  
¡Qué, triste suerte!  
¡Ser la dicha dudosa,  
Cierta la muerte!

1859.

#### EPIGRAMA

Llamó tocaya un chulo  
A una manola:  
«Barbarita me llaman,»  
Dijo la moza;  
«Y usted, buen hombre,  
Será, como es rollizo,  
Un barbarote.»

1869.

#### EPIGRAMA

Cuando veo una boda,  
Verla me carga;  
Cuando miro un entierro,  
Doy a Dios gracias.  
Rabio y me alegro,  
Porque no soy el novio  
Ni soy el muerto.